



PO4683

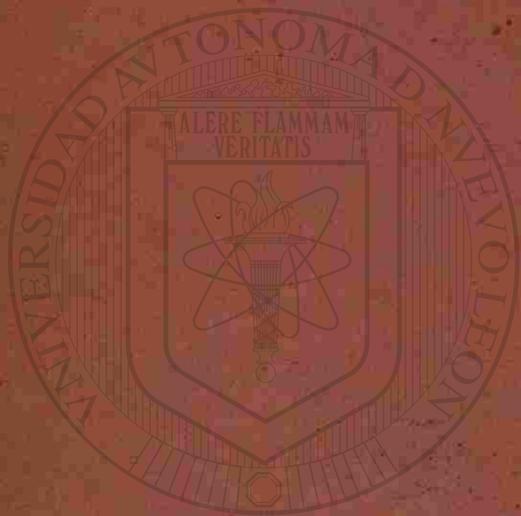
.A3

A48

v. 1



1020027095

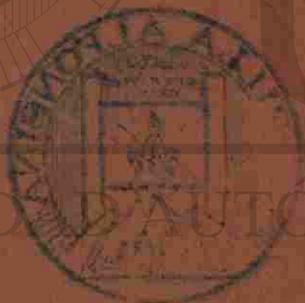
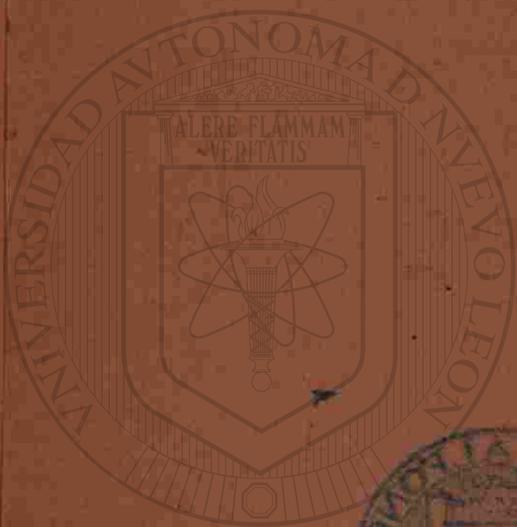


UANL



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS  
FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS



UNIVERSIDAD AUTONOMA DE NUEVO LEON

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD AUTONOMA DE NUEVO LEON

LOS AMIGOS

177.60¢  
A519a  
31039  
- 8 -  
Precio \_\_\_\_\_  
Fecha \_\_\_\_\_  
Clasificó \_\_\_\_\_  
Catalogó \_\_\_\_\_

*leg*

OBRAS DE D. H. GINER DE LOS RÍOS

EN LAS PRINCIPALES LIBRERÍAS

- El Colegio de Bolonia, (en colab.), obra ilustrada, ptas. 6,50  
 Filosofía y Arte, con un prólogo de D. N. Salmeron, 3,50  
 Elementos de Filosofía moral, para la 2.ª enseñanza.—(Agotada)  
 Biología y Ética, (2.ª ed.), para la 2.ª enseñanza, 3.  
 Programa de Filosofía moral.—(Agotada).  
 Programa de Psicología, Lógica y Ética, 1.  
 Programa de Biología y Antropología, 1.  
 Proyecto para el ingreso en el Profesorado libre, etc.—(Agot.).  
 Teoría del Arte e Historia de las Bellas Artes en la antigüedad,  
 con un Programa de Arte y su historia, 1,50.  
 La Enseñanza obligatoria, trad. de Tiberghien (2.ª ed.), 2,50.  
 Moral elemental para las escuelas, id. de id., 2,50.  
 Krause y Spencer, id. de id., con una biografía del autor, 2.  
 Mendelsshon, id., con una Historia abreviada de la música, 1.  
 París en América, por Laboulaye, id. (2.ª ed., Gaspar), 1,25  
 Discordia entre la Iglesia y la Italia, trad. del italiano, 2,50.  
 Pio IX y su sucesor, por Bonghi, trad. del italiano, 3.  
 Leon XIII y la Italia, por el mismo, id. id., 3.  
 Poesías de Rios Rosas, publicadas por H. G.—(Agotada).  
 Fragmentos, retazos y traducciones, por H. G.—(Agotada).  
 Amicis.—1870 y 1871, Recuerdos; un vol., ptas. 3.  
 Amicis.—Constantinopla; 2 tomos, 5.  
 Amicis.—Holanda (en colaboración), un vol., 4.  
 Amicis.—La vida militar, Bocetos; un vol., 3.  
 Amicis.—La vida militar, Nuevos bocetos; un vol., 3.  
 Amicis.—Novelas; un vol., 3.  
 Amicis.—Páginas sueltas; un vol., 3.  
 Amicis.—Retratos literarios; un vol., 3.  
 Amicis.—España; un vol. 3,50.  
 Amicis.—Italia; 2 tomos 6.  
 Rios Rosas, Poesías (2.ª ed.)—Un vol.  
 Amicis.—Los Amigos, 3 vol.

- Milton, drama en un acto, original y en verso, 1.  
 Historia de un crimen, drama en tres actos y en prosa, 2.  
 A tiempo, comedia en un acto y en verso (en colab.), 1.  
 El último sacrificio, drama en un acto y en verso (id.), 1.  
 Los parientes del difunto, sainete lírico y en verso (id.), 1.  
 En busca de protección, juguete original en verso (id.), 1.  
 Fiera domada, diálogo en un acto y en verso (id.), 1.

EN PRENSA

Amicis.—Poesías.

EN PREPARACION

Estudios.—Fiambrés.—Crítica.  
 Lógica, para la 2.ª enseñanza.  
 Obras completas de Rios Rosas.

OBRAS DE AMICIS

LOS AMIGOS

TRADUCCION DEL ITALIANO

DE

H. GINER DE LOS RIOS

TOMO 1.º



MADRID

IMPRENTA DE A. J. ALARIA

15, Estrella—Cueva, 12

98005

31039

PQ 4683

A3  
A48  
v.1



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

Es PROPIEDAD. — 1885.

CAPILLA ALFONSINA  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
U. A. N. L.



LA AMISTAD

UANL



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

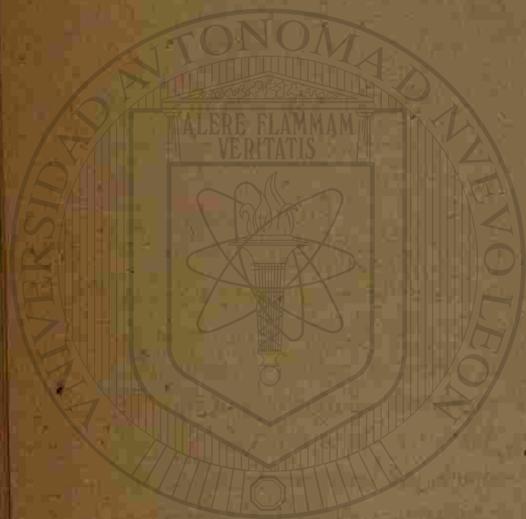
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

TO.—OB. DE AMICIS.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO"  
Rdfo. 1625 MONTERREY, MEXICO

853

A.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
 "ALFONSO REYES"  
 FONDO RICARDO COVARRUBIAS

## LA AMISTAD



UANDO todo se nos presenta bajo su aspecto más agradable en nuestras horas felices, la palabra *amistad* evoca en nuestro espíritu el recuerdo de amigos célebres, que la historia y la poesía ofrecen al mundo como ejemplo de grandeza de ánimo, y cuyas imágenes se destacan en tropel de sentimientos levantados y benévolos pensamientos. Cuando luego, los años van secándonos el corazón, conservamos siempre una admiración viva hacia aquellos grandes afectos de almas gemelas que vivieron una sola vida; sabiendo por experiencia que la amistad, en la que no influye el impulso del instinto, como en otros afectos más vivos, es el más difícil de los sentimientos.

Querer bien á un hombre con quien no nos unen

los vínculos de la sangre, que tiene nuestros defectos y nuestras debilidades, que no hace nada por nosotros, sino confiar su afecto, quererlo como se quiere á un padre ó á un hijo, serle fiel desde la juventud hasta la muerte, y hacer por él todos los sacrificios, incluso el de la vida, nos parece un prodigio inexplicable de nobleza; y que semejante fenómeno se halla, aunque rara vez, en el mundo y es para nosotros una de las mayores glorias de la humanidad. Consuela pensar que entre las muchedumbres sobre las cuales se destacan dos á dos como estatuas triunfales, las gloriosas figuras de los héroes de la amistad, otras mil desconocidas se suceden y se sucederán constantemente, no ménos grandes que aquellas reconocidas por el mundo; séres puestos al acaso el uno junto al otro, que recorrieron el camino de la vida unidos en estrecho lazo, inseparables en la próspera y en la adversa fortuna, como ligados por un pacto ó por un secreto parentesco; jóvenes que mueren entre las llamas, ó su mergidos en las aguas, por un hermano de eleccion que no han logrado salvar; padres de familia que recojen y guardan como propia sangre, en sublime sacrificio, los huérfanos del amigo perdido; hombres dichosos que arriesgan la vida á la cabecera del amigo moribundo, descuidando todo otro afecto,

sordos á los ruegos, obstinados heroicamente en su tenaz apego hasta el último momento; viajeros cansados ya que retrocen en su camino, en medio de grandes obstáculos y peligros, atravesando las nieves y las selvas de inmensas regiones desconocidas, para buscar al compañero extraviado, cuya imágen arranca á sus varoniles corazones sollozos de niño y plegarias de santo.

Uno solo de estos ejemplos, que llega de tarde en tarde á nuestra noticia, nos hace olvidar las miserias de la humanidad, y pone de manifiesto, como cosa digna de nuestra adoracion, la *amistad* que soñábamos en nuestros entusiasmos juveniles: la amistad de las grandes almas, la hermana del heroísmo y del amor, que vive entre los hombres, bella como una diosa y dulce como una madre, derramando consuelos y haciendo florecer sobre la vida las más nobles virtudes de la naturaleza humana.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA GENERAL DE BIBLIOTECAS  
"ALFONSO"  
Abdo. 1623 MONTAÑEY, MEXICO

Pero no es esta la amistad que intentamos describir. Esta pertenece á la lírica y al poema.

Queremos hablar de aquella pobre amistad de todos los días, incierta como el tiempo, móvil como el aire, de continuo atormentada por pequeñas y bajas pasiones, hoy dulce y cariñosa, mañana irritada y vengativa, generosa á veces, habladora á menudo, casi siempre ligera y engañosa, juzgada de diversas maneras por nosotros mismos, puesta al servicio de distintos fines, tomada en burla ó tomada en serio, ya dejada á un lado, ya buscada con amor, alternativamente concedida, recobrada, negada, prodigada, disipada, implorada segun nuestro humor, nuestras necesidades y nuestros caprichos; eternamente varia como el amor y compleja, profunda y maravillosa como el mismo corazón del hombre.

Y así, entendemos por amigos, no solamente los que merecen este nombre, sino aquellos á los que

sabemos dárselo, y con quienes sostenemos apariencia de amistad; toda aquella série de personas íntima ó superficialmente conocidas, amadas, odiadas, queridas, desagradables, odiosas, simpáticas, olvidadas, acariciadas, fugitivas, próximas ó lejanas, que se ven todos los días ó una vez al año, conocidas desde la infancia ó desde ayer, unidas á nosotros por distintos lazos y en diversos modos; de cada una de las cuales decimos sin pesar la frase: *Es un amigo mio.*

Estos son los amigos que pensamos analizar y pintar.

No tienen todos poesía ni quizá uno solo es heroico; pero no son ménos dignos de estudio que los Pilades y los Orestes.

Porque en suma, cualquiera que sea el concepto que tengamos de la amistad, ellos son el mundo en que vivimos, un pequeño mundo que está á nuestra vista y á nuestro alcance, del cual oímos todas las voces y vemos todos los aspectos; poca gente, escogida al acaso, para representar á nuestro alrededor la inmensa humanidad, los primeros que conocemos de entre la multitud y más allá de los cuales solo vemos un mar turbio, sin fisonomía y sin nombre.

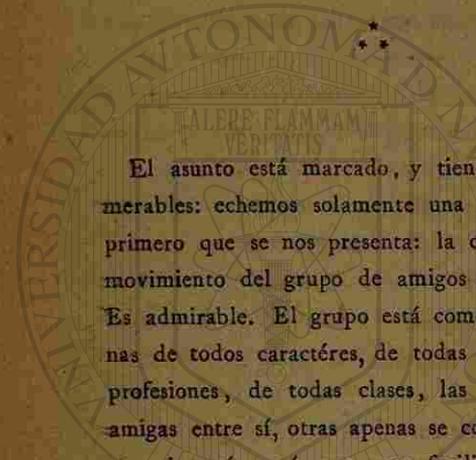
Cada uno de ellos nos parece el tipo de un órden

innumerable de hombres: la ciencia del corazón humano la aprendemos de su trato; con ellos adquirimos la experiencia de la vida; por ellos juzgamos á nuestra especie; casi todos los placeres y los dolores de nuestra vida ordinaria, provienen de sus actos y de sus palabras; estamos contentos del mundo, cuando de ellos estamos contentos, y lo odiamos si nos son odiosos; á ellos les comunicamos una gran parte de nuestras ideas y otra parte de las ideas nuestras germinan de la semilla de sus conversaciones: muchas de nuestras cualidades intelectuales y morales no nos esplicariamos ni con mucho ni podriamos esplicarnos; irresistiblemente buscamos su sonrisa cuando nos sonrie la fortuna; estrechamos su mano cuando nos hiere la desgracia; somos conocidos ó pasamos desapercibidos en el mundo, ellos son nuestros jueces más autorizados, nuestros más fieles pintores y nuestros más acertados biógrafos.

En nuestra casa, en nuestros pasos, en nuestros quehaceres, en nuestras meditaciones, en nuestras lecturas, en nuestros sueños y en todas y en cada una de las relaciones de nuestra vida los encontramos y tenemos que tratar con ellos, estudiarlos y juzgarlos; nos precisa, en fin, discurrir con ellos, que ellos nos sirvan y servirlos tambien á ellos.

Ellos son el objeto de la mayor parte de nuestras acciones y de nuestros pensamientos.

Estudiándolos, estudiamos la sociedad, nuestro tiempo, nuestro país, todas las pasiones, y á nosotros mismos.



El asunto está marcado, y tiene aspectos innumerables: echemos solamente una mirada sobre el primero que se nos presenta: la composición y el movimiento del grupo de amigos en que vivimos. Es admirable. El grupo está compuesto de personas de todos caracteres, de todas edades, de todas profesiones, de todas clases, las cuales unas son amigas entre sí, otras apenas se conocen, y forman por simpatía recíproca, por facilidad de reunirse ó por la atracción que algunas ejercen en torno suyo, varios pequeños grupos contráctiles que entran constantemente, los unos dentro de los otros, como los círculos que forman las gotas de la lluvia sobre la superficie de un estanque.

Esta gran familia de amigos está en continuo movimiento de transformación. Salen de ella antiguos, se agregan nuevos, vuelven los que se fueron; los cambios de fortuna, los matrimonios, las desgracias, dejan cada año sus vacíos que vienen á

llenar los elementos desprendidos de otras familias, produciéndose nuevas combinaciones entre los antiguos amigos; de estos cambios resultan variaciones de lugar y de forma en las reuniones, las que mudan de sitio, separando á los que estaban próximos, acercando á los que estaban lejos, convirtiendo los conocimientos en amistades, y estrechando los vínculos de las amistades íntimas.

Las personas autorizadas ó simpáticas que no salen, se rodean de sus adictos; otras que entran, se forman poco á poco su círculo, agrandando el de sus émulos; algunos van saliendo á los primeros puestos, otros decaen y otros, en fin, dejan de pertenecer al círculo.

Los nuevos defectos y las virtudes nuevas que nacen en todos en el trascurso de los años, y la acción que ciertas naturalezas ejercen sobre otras, á la larga, modifican continuamente la índole y las formas de las recíprocas relaciones.

Las diferencias de caracteres y de educación entre personas que hacen una vida íntima, produce necesariamente rencillas y choques de toda la familia.

Corrientes de odios y envidias, pasan, se cruzan y se extinguen; nacen y mueren simpatías; amistades llenas de entusiasmo se estrechan, duran años

y, despues, se rompen; los pequeños grupos de amigos íntimos se esparcen; surgen y caen tiranías, brillan y se apagan glorias, y sus rayos no salen del círculo de la amistad. Cada familia tiene sus opresores, sus párias, sus bufones, sus intringantes, sus conciliadores, sus aventureros, sus *venerables*, sus *esperanzas de la patria*, sus rivales y sus enemigos irreconciliables; y un número de personas que constituyen el núcleo inmóvil, muchos que van y vienen de una á otra familia, algunos que tienen en aquélla los amigos íntimos seguros y en otra los compañeros de paseo; otros que tienen en otra parte las amistades sólidas y no buscan en aquélla más que los placeres; personas que están fuera, que se conservan en correspondencia regular con el cuartel general de sus antiguas amistades; cadenas de amigos extendidos en varias direcciones, cuyos eslabones extremos unen desde la plebe hasta los potentados, para los cuales toda la familia tiene cierta fuerza orgánica de corporacion, cuyas ventajas explotan en provecho propio, los unos y los otros.

Bajo las relaciones de pura amistad, se enlazan los hilos de otras relaciones de intereses, estudios, profesiones y negocios, y sobre toda esta trama se extiende el tejido más sutil de las amistades de la

familia, de las más elevadas y de las más íntimas. Y no se puede decir cuáles sean los confines de este pequeño Estado, como no se pueden señalar los contornos de una mancha de color que vá gradualmente desvaneciéndose en sus límites; pero cada una de estas partes se dá cuenta de su relacion con el centro y de su dependencia en el organismo total. Un cierto número de pensamientos comunes circula con regularidad; las nuevas ideas toman determinados giros en ciertos grupos, impugnadas ó combatidas por los que llevan la iniciativa y, como consecuencia de ello, aceptadas ó rechazadas por las inteligencias adocenadas; la crónica del día se comenta y se propaga casi constantemente por las mismas personas y de la misma manera; la noticia circula por los derroteros marcados de antemano.

El pequeño Estado, tiene sus guerras civiles, sus escándalos, sofocados de comun acuerdo, sus fiestas, su contingente de tradiciones, sus muertos notables, su literatura volante, y casi todos los que viven en él llevan en el fondo de su alma un vago sentimiento de orgullo de familia, en el cual no reparan estando entre los propios amigos; pero se despierta á veces en medio de otras gentes y con admiracion de los mismos, sobrevive á veces el espíritu de cuerpo en un simple licenciado del ejército.

Para cada uno de nosotros, el grupo de los amigos representa una continua ocupacion. Trabajamos todos sin descanso, puede decirse, para mantenernos en medio de ellos en aquel puesto que nuestro amor propio reclama y para obtener de su amistad, cualquiera que ella sea, toda clase de placeres y de ventajas, segun la multitud de esfuerzos y de artificios delicadísimos, de una gran parte de los cuales no tenemos apenas conciencia. Ya es una amistad que se escapa y queremos retener, ya una pequeña sinrazon que reparar, ya una mala impresion que corregir, ya una desavenencia entre dos amigos que concluir, cuya buena armonía nos es necesaria, ya un nuevo amigo que entra en el círculo patrocinado por nosotros y amparado luego, ya otro, poco convencido aun á quien se somete á una pequeña prueba en ocasion oportuna. A este se le señala una nueva línea de conducta, por haber dado mal resultado la primera; á aquel, nos esforzamos en

persuadirlo de algo sin lo cual nuestra amistad será un peligro; á otro debemos mostrarle un lado del carácter ó hacerle apreciar una de nuestras cualidades, que nos acomoda que conozca.

Tenemos que escoger, entre nuestros pensamientos, aquellos que podemos espresar á ciertos amigos, que debemos callar á otros; preparar la forma más eficaz para hacer entender á algunos determinadas cosas, y buscar el camino de leer en el corazón de otros los sentimientos ocultos que nos conviene conocer.

Debemos estudiar las combinaciones más adecuadas que pueden obtenerse de nuestros amigos; cuáles deben excluirse de ciertos grupos, por ser notas discordantes, cuya presencia quita la libertad en las conversaciones; cuáles deben interponerse entre los peligrosos, haciendo el oficio de jurados breves que se interponen y completan el sentido de otros más largos; cuáles son las ocasiones, los lugares, las disposiciones de ánimo en las que puede sacarse más partido de la amistad de cada uno.

El trabajo es complicado y difícil, porque nuestro juicio de ellos varía constantemente.

En un tiempo determinado, uno es el primero de nuestros amigos; y despues viene otro que relega al primero á segunda fila. Un nuevo orden de

ideas aproxima á aquellos que habíamos olvidado antes; el cambio repentino de opiniones ó de gustos, aleja á aquella de que hemos sido adictos durante mucho tiempo.

Para cada uno de ellos presentamos distinto aspecto.

Para cada uno de ellos, tenemos no solo una manera determinada de discurrir, sino una entonación de voz, risa, gesto y hasta movimientos distintos de cabeza para escucharles.

Cada uno corresponde á una tendencia particular de nuestro espíritu y de nuestro corazón. Tenemos para unos y para otros ciertos días más propicios, y hasta ciertas horas con disposición de ánimo más favorable, como respondiendo á determinados estados del espíritu.

Reunirse con una docena de amigos un día, es como correr la mano sobre el teclado de un piano: cada uno dá su sonido y estamos estudiando toda la vida para aprender á tocar la sinfonía sin desafinar. Sin quererlo y sin apercibirnos de ello estudiamos de continuo á nuestros amigos: su diversa manera de pensar, de sentir, de hablar, de reír, de andar, de saludarse, de dar la mano: de tal manera que podríamos imitarlos con una facilidad admirable.

Es este un estudio útil y ameno. Veamos solamente la manera de dar la mano.

En el trascurso de veinticuatro horas, pasan por nuestras manos las de amigos de buena fé, que nos hacen sentir claramente que en toda nuestra vida no las estremecerá nunca un sentimiento de rencor contra nosotros; finas manos de aristócratas, frágiles como su amistad, que dan y reclaman, se las estrecha delicada y respetuosamente; manos inquietas de artistas que expresan con sus repetidas y nerviosas sacudidas, una amistad fugaz y caprichosa; manos cortas y gruesas de amigos fornidos y toscos, que prometen un afecto rudo, pero franco y tenaz; manos parecidas á las nuestras en tamaño, en forma y aspecto, de tal manera que parece al estrecharlas que cogemos nuestra mano izquierda y que nuestra amistad se funde en cierto modo, en aquella semejanza.

A cada momento tenemos ocasión de observar algo nuevo que nos deja alguna huella en la mente: una sonrisa casi desconocida, una voz que rueda, un resorte del alma, nuevo para nosotros, una palabra que nos hace modificar un juicio, una frase original que nos apropiamos, una noticia, un rasgo de ingenio, una imágen, una idea, ménos que una idea.

¡Todos son maestros de alguna cosa. Son otros tantos libros vivos, constantemente repasados, varia-

dos y reconocidos, que podemos ojear y consultar. La gran cadena de los amigos pasa á la escuela, al ejército, al comercio, á las letras, á la administracion, á la sociedad elegante, á la política, y por cada uno de sus anillos, vemos un pequeño mundo ignorado ó desconocido que interrogamos y aprendemos costumbres, personajes, cosas nuevas, ideas generales de doctrina y nociones diversas de arte y de ciencia, que ensanchan los horizontes de nuestro pensamiento.

Y así, en el terreno de la moral, cada uno de nuestros amigos, es un maestro involuntario, ligero ó pesado, fino ó tosco, que poco á poco, nos corrige de un defecto, nos cura de una vanidad, nos libra de una costumbre ridícula, ó nos suaviza al menos las asperezas del carácter. El arte de la vida que poseemos en la edad madura, con el cual evitamos tantos peligros y conseguimos tantas cosas imposibles en la juventud, se lo debemos en gran parte á ellos.

Muchos de nuestros esfuerzos é investigaciones intelectuales, de conocimientos varios para perfeccionar ciertas dotes recomendables, las violencias que nos hacemos para soportar con dignidad, ciertos dolores ó para afrontar con valor ciertos peligros, no los hacemos más que por un sentimiento de ambicion ó de emulacion que ellos solos nos inspiran, y que de ellos solos parten. Cada uno de ellos nos dá un poco de

fuerza, de gracia, de audacia, de alegría, de prudencia, de bondad ó de indiferencia.

Hombres de negocios, tenemos en el grupo nuestros consejeros; escritores, encontramos en ellos los rasgos más expresivos y los más vivos colores de nuestros personajes; pensadores, hacemos en ellos el primer experimento de nuestras ideas; hombres políticos, recogemos en sus filas los primeros secuaces de nuestros principios; padres de familia, buscamos en nuestros amigos los primeros protectores de nuestros hijos.

En suma, ellos son nuestra pequeña pátria que palpita y que habla; y cuando un capricho de la suerte, nos arroja á mil leguas de donde estamos, y nos condena á vivir desterrados en un pueblo desconocido, casi toda nuestra tristeza proviene de su falta, y en la gran alegría del regreso nos sonrío preferentemente la idea de volverlos á ver.

Nada de esto verdaderamente es la amistad, son simpatías, sentimientos pasajeros de benevolencia, cambio de servicios: no es recíproco afecto constante y activo entre dos personas.

Si nos preguntamos cuáles son nuestros verdaderos amigos, casi toda esta multitud se desvanece y no quedan más que cuatro ó cinco, respecto de los cuales podíamos repetirnos aquella pregunta y si la repitiéramos, no quedaría más que uno solo y este no siempre. ¡Fobre amistad!

Ha sido objeto en todo tiempo de los epigramas más sangrientos y los más desconsoladores dictados. Tenemos todos tan incierto nuestro juicio respecto á ella, que no solo no nos atrevemos casi á espresar nuestro afecto á un amigo en los momentos de emoción sincera, sino que hasta nos avergonzamos entre amigos de considerar seriamente la amistad como una entidad real.

En efecto, ¿qué es, pues, la amistad que tenemos

para nuestros mejores amigos? ¿Se puede llamar verdaderamente un afecto? Pero si con los más íntimos dejamos correr meses enteros sin experimentar la necesidad de verlos ni de tener noticias de su existencia; si no damos un paso por encontrarlos, cuando no tenemos que esperar de su encuentro más que una pequeñísima y transitoria satisfacción de amor propio; si de la falta del amigo más querido, de la cual nos parecía no nos podíamos consolar, nos consolamos con una facilidad asombrosa, hasta el extremo de que en cuanto se presenta otro representa para nosotros la misma amistad, de igual forma y al mismo tiempo; cuando estamos seguros de la discreción del que nos escucha, emitimos acerca de nuestros amigos más íntimos, juicios que, sabidos, les hieren mortalmente en el corazón; si apenas entra una sombra ligerísima de emulación, sentimos pasar á través de la más afectuosa amistad, arranques de odio salvaje; si cuando el más íntimo de nuestros amigos viene á pedirnos, no un gran sacrificio sino solamente una prueba difícil, nos creemos obligados á volver sobre nosotros mismos y á disimular nuestra sorpresa, el despecho y la confusión que nos asaltó y permanecemos al mismo tiempo asombrados del extraordinario egoísmo que se despliega en el alma, nos contristamos

al ver derrumbarse así, al primer empuje, todo aquel edificio de palabras y de ilusiones que creíamos una amistad verdadera. ¿Qué es esta amistad? ¿Sobre qué se funda? No está en la Naturaleza. Es una ilusión nuestra; un afecto de nuestro invencible afán de engrandecer y embellecer todos nuestros sentimientos, para ostentarlos en nosotros como plumeros colosales, desproporcionados á nuestra altura; uno de tantos fantasmas de poder sobrenatural que creamos nosotros mismos para dolernos despues de que no sean más que fantasmas cuando descamos sean realidad.

Que haya habido y que haya verdaderas amistades, no quiere decir nada; son pasiones sobrehumanas de almas privilegiadas, raras y excepcionales como el génio.

Pero la amistad ordinaria, la amistad de todos, es lo que ha dicho un gran escéptico: "una relacion en la que el amor propio de dos personas que encuentran más útil favorecerse que hacerse daño, se propone siempre algo que ganar." Nada más que esto.

Todo lo demás es ilusión.

\*  
\* \*

Y, sin embargo, este fantasma de la amistad nos atormenta de continuo. Todos los epigramas irónicos de que la hacemos objeto, no expresan otra cosa que el despecho y la vergüenza que experimentamos por no sentirla dignamente.

El ideal de dos hombres que se estrechan la mano en el mundo llenos de odio y juran y mantienen el pacto de apreciarse y de defenderse es tan noble, es tan bello, que no podemos sustraernos á su atractivo.

Es inútil.

Nosotros sentimos que en nuestro corazon, además de los afectos de familia y amor, hay un puesto vacío para otra clase de afecciones; que la familia sin amistad, no es más que un vacío en medio del desierto; que el mismo amor á la patria, no es más que un vago concepto, si fuera de nuestra casa, en esta patria tan amada, no queremos verdaderamente á nadie; que no podemos hablar de bondad

ni de delicadeza, si no sabemos conquistar ni conservar amigos verdaderos.

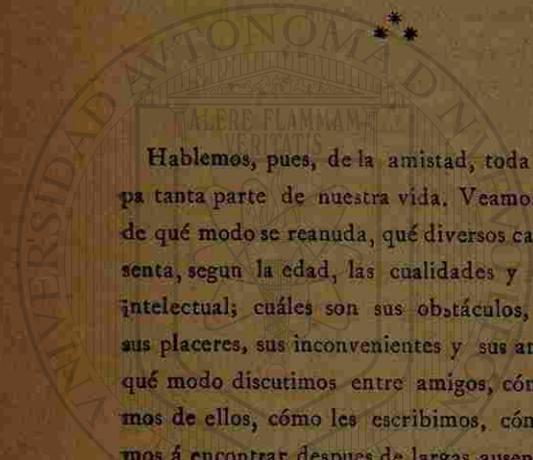
Y de no creer en la amistad, tenemos una buena disculpa; en realidad nos conducimos todos como si creyéramos en ella abiertamente, porque nos esforzamos siempre en inspirarla, nos maravillamos de que no nos sea correspondida, nos hacemos la ilusion de haberla encontrado, la prometemos sinceramente, la concedemos y nos lamentamos cuando tenemos un desengaño.

Su dulce nombre viene de continuo á nuestros oídos, á nuestros labios, á nuestra pluma; suena eternamente dentro de nosotros como el eco de un desengaño ó la expresion de una esperanza, confundándose con los más bellos ensueños de la juventud, con el recuerdo del primer amor, con las primeras satisfacciones de la inteligencia y con los primeros esfuerzos viriles de la conciencia.

Y seamos justos; tambien nuestra pobre y raquítica amistad tiene sus encantos. Arrancaríamos á nuestra vida la mayor parte de sus más bellas emociones si le quitáramos todo el período de tiempo en que hemos creído ser y tener verdaderos amigos. Seamos mezquinos, malvados, mudables; pero ciertos días, al estrechar la mano y cambiar las palabras, cambiamos tambien algun efecto del corazon; á ve-

ces nos miramos con los ojos bañados de nobles lágrimas y podremos descubrir en otras, con orgullo, lo más recóndito del alma. Podremos pensar tambien en nuestros más íntimos amigos, que nos volverán la espalda en la desgracia; lo pensamos casi siempre no estando en su presencia; pero cuando sentimos su mano junto á la nuestra y oímos sus palabras sentidas y benévolas, una voz del corazon nos grita que es imposible, y nos avergonzamos de haberle calumniado. No, despues de haber dicho que no hay amistad en el mundo, no podemos concebir la vida sin ella.

En todo sueño de felicidad, aun en la soledad en que imaginamos refugiarnos por cansancio ó por desprecio de los hombres, en los últimos años de la vejez, junto á nuestro lecho de muerte, detrás de nuestros hijos arrodillados, nos representamos siempre con el deseo, la figura de un amigo, sin saber cuál sea quizá uno de los actuales, trasformado en otro hombre, tal vez uno que no conozcamos todavía, una excepcion, un milagro, pero un verdadero amigo, una cara y un corazon de hermano, un ejemplo de aquella santa amistad.



Hablemos, pues, de la amistad, toda vez que ocupa tanta parte de nuestra vida. Veamos cómo nace, de qué modo se reanuda, qué diversos caracteres presenta, según la edad, las cualidades y la educación intelectual; cuáles son sus obstáculos, sus peligros, sus placeres, sus inconvenientes y sus amarguras; de qué modo discutimos entre amigos, cómo murmuramos de ellos, cómo les escribimos, cómo los volvemos á encontrar después de largas ausencias, cambiados de aspecto y de decoración, qué parte tiene la familia en nuestras amistades, qué valen los amigos en la desgracia, qué son los amigos de la infancia, los amigos extranjeros, las amigas y los enemigos, qué luchas surgen dentro de nosotros por la amistad, por qué transformaciones pasan nuestros amigos en nuestro concepto, en qué variedad de condiciones, delicadas, tristes, cómicas, difíciles, raras, encontramos respectivamente los unos de los otros. Discurriremos así, como hacemos entre amigos íntimos, cuando nos

colocamos fuera de la amistad para raciocinar con independencia de juicio, con una mezcla de ironía y de indulgencia. No haremos ciertamente un trabajo inútil escudriñando los más recónditos pliegues de nuestro corazón; evocaremos recuerdos de amigos lejanos, emociones de la infancia, de nuestra adolescencia y casi olvidadas, recuerdos de debilidades y de injusticias nuestras ha tiempo huidas de nuestra mente, y que hacen que nos conozcamos mejor á nosotros mismos.

Trayendo á nuestra memoria nuestros despechos y nuestros rencores, analizando nuestras diarias contrariedades, en algunos aparecerá la ruindad y la insensatez de las que haremos un esfuerzo para librarnos; y de otras en el momento mismo descubrirse *uno* su ridículo y nos encontraremos libres de ellas sin trabajo. Mil caminos nos llevarán á reflexionar con la mayor atención sobre las menores vicisitudes de nuestra vida diaria, á conocer más claramente cuáles de nuestros defectos nos hacen más difícil la amistad ó descubrir lo más íntimo de nuestros amigos; á buscar con más insistencia el mejor modo de vivir con cada uno, evitándonos penas y remordimientos; á procurarnos, al fin, placer ó alguna emoción más delicada y quizá encontremos en nuestro camino flores inesperadas de poesía que nos parecerán más be-

llas porque se destacan en medio del polvo. Dejando la amistad ideal á los poetas, para ocuparnos de aquella amistad positiva y realizada que encontramos en la vida, acaso nos suceda lo que al fisiólogo, que avanzando sucesivamente de análisis en análisis, de secreto en secreto en el estudio interminable de la Naturaleza, pierde el entusiasmo por la antigua fé religiosa; pero encuentra en su ciencia un nuevo entusiasmo, el cual no levanta su espíritu ménos que el primero, sobre la vulgaridad de la vida.



LOS AMIGOS



llas porque se destacan en medio del polvo. Dejando la amistad ideal á los poetas, para ocuparnos de aquella amistad positiva y realizada que encontramos en la vida, acaso nos suceda lo que al fisiólogo, que avanzando sucesivamente de análisis en análisis, de secreto en secreto en el estudio interminable de la Naturaleza, pierde el entusiasmo por la antigua fé religiosa; pero encuentra en su ciencia un nuevo entusiasmo, el cual no levanta su espíritu ménos que el primero, sobre la vulgaridad de la vida.



LOS AMIGOS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE ESTUDIOS DE GRADUACIÓN

## LOS AMIGOS



NTE todo, veamos quiénes son nuestros principales enemigos, y cual es nuestro trato con ellos en la vida ordinaria. Hay un número de amigos típicos á los cuales encontramos diversa, pero ligeramente modificados en casi todos los grupos, como los elementos que forman parte de una compañía dramática. Formémoslos y pasémosles revista. Reconoceremos quizá en cada uno de ellos, alguno de nuestros amigos pasados y actuales y todos juntos nos mostrarán una gran parte de nuestra historia psicológica en la vida comun.

Podremos clasificarlos fácilmente agrupándolos bajo diversas denominaciones, como los amigos intelectuales, los amigos del corazón, los amigos ridículos, los dominadores, los sietemesinos, los incier-

tos, los invisibles, los ásperos, los bruscos, los intruidos, los decaídos y los irascibles. Pero vale más examinarlos sucesivamente, tales como surgen á nuestra mente, con el mismo desórden que representan en la vida.

Hé aquí la compañía.

El primero que se nos presenta es el más temible de todos. Lo podríamos llamar el amigo dominante.

Nos domina naturalmente, sin quererlo y sin abusar de su superioridad lo más mínimo, creciendo al par nuestra sumisión y su dominio, el cual suele ser mucho tiempo un enigma para nosotros.

No conseguimos descubrir, sino despues de una larga esperiencia, la razon de su superioridad. ¿En qué nos es superior? No tiene más inteligencia, no tiene más cultura, no tiene más corazon, no tiene más astucia, no tiene más audacia, no tiene más fortuna que nosotros. Tiene una sola cosa: es rigurosísimamente lógico en todos sus actos y en todas sus palabras. Podemos atacarle por todos lados; su organizacion es tan firme y sólida que no se encuentra punto vulnerable por donde descubra una flaqueza. Entre una docena de amigos que se burlan de un ausente, el amigo *dominante* es el único que no se ríe; y aquel rostro impassible que al mismo tiempo

expresa y disimula una desaprobacion, queda, por algun tiempo, en nuestra mente y nos hace más efecto que una censura franca y manifiesta.

Podemos decir mil cosas buenas y oportunas que cautivan la atencion de nuestro auditorio; pero si en aquel torrente de palabras se nos escapa alguna puerilidad ó una frase aventurada, él la corrige prudentemente, sin malicia, como quien cumple un deber, con una simple observacion á la cual nada tenemos que oponer, pero que entibia toda nuestra satisfaccion.

Hablando con él, las sutilezas de la palabra y los sofismas no sirven de nada; nos encontramos como desarmados y reducidos casi siempre á defendernos en vez de atacar.

Yéndose continuamente á fondo en nuestras conversacion, nos obliga, á veces, á mostrar la pequenez de nuestro ingenio y descando más saber que mostrar lo que sabe, como hombre concienzudo y modesto, nos coloca en una situacion embarazosa y humillante á cada momento, con ciertas preguntas claras y discretas que cierran al amor propio y á la ignorancia toda salida falsa.

En una hora de conversacion, no dice ni veinte palabras, afanándonos nosotros, con mil charlatanerías para hacernos valer, descubrimos con tor-

peza nuestros puntos flacos, de los cuales, viéndolos todos de un golpe, aunque demasiado tarde, quedamos avergonzados y corridos.

No hay manera de cogerlo desprevenido, de sorprenderlo en una ridiculez ó en una indiscrecion. Está siempre en su puesto, en guardia y seguro de sus actos. Lo poco que diga, por sencillo que sea, valdrá algo; y aunque divague, jamás se encuentra en contradiccion.

Si alguna vez cae en error y nos complacemos en mostrárselo, para humillarlo, nuestro placer se frustra al instante, al ver que rectifica espontáneamente, sin esfuerzo, sin una sombra de vergüenza ó de disgusto, y acabamos por avergonzarnos nosotros en vez de él, apercibiéndonos de que no se le ha escapado nuestra maligna complacencia; nuevo indicio de nuestra inferioridad, á la que no sabemos resignarnos.

Mil veces nos proponemos vencerlo, lo asaltamos impetuosamente con armas preparadas y sobre un terreno escogido de antemano; pero él recibe nuestro ataque, sin descomponerse, no sospechando nuestras intenciones, y en vez de aceptar la batalla, permanece en actitud expectante viéndonos combatir solos, con una sonrisa indulgente que nos desarma por completo.

Un día, finalmente, exasperados de su tranquila persistencia en una opinion justa, en la cual hemos cometido la imprudencia de salirle al encuentro, le dirigimos de pronto una palabra ofensiva. ¡Ah, esta vez lo hemos hecho de veras! Alzando los ojos para consultar su cara, reparamos que hemos herido su bondad y no su orgullo; y que en vez de lanzarle una provocacion de caballeros, le hemos dirigido un grosero reto.

Su rostro, que esperábamos ver montado en cólera, no expresa más que una sorpresa desagradable y una censura benévola y triste, que nos hace bajar la cabeza.

Entonces nos sentimos aun más forzados á reconocer que él ejerce su dominio sobre nosotros, y nos decimos á nosotros mismos:

—Sí, tendrá, es verdad, el ingenio y la fortaleza, la ciencia y el vigor, el talento y la superioridad, la reputacion y la astucia; pero el verdadero hombre está por encima de todo esto. Está en carácter. Él es más hombre que nosotros.

Otro tipo de amigo: es *el amigo diplomático*.

Somos diferentes por muchos conceptos: nos une una sola relación, ó, más bien, un hilo sólo, sobre el cual nuestra amistad se sostiene en equilibrio, como un funámbulo sobre la cuerda.

Fuera de esta relación no nos entendemos ni es posible inteligencia alguna entre nosotros, que nos salgamos por la tangente con una de esas frases de cajón que no dicen nada, y así salimos del paso siempre que ocurra.

A todo lo que dice el uno asiente el otro por deferencia; pero de pasada, para no comprometer su opinión, cruzándose entre nosotros miradas de inteligencia.

Nuestras conversaciones van intercaladas de cumplimientos, de cortesías frívolas, de exclamaciones de fingida admiración ó de complacencia fingida, y acompañadas de un diálogo unido de miradas que continuamente desmienten ó rectifican el senti-

do de las palabras, mientras las muestras de aquiescencia que hacemos con la cabeza contracen las negativas y rectificaciones.

Y, sin embargo, estamos juntos con gusto; nos satisfacemos ambos con aquel ejercicio gimnástico al que nos obligamos, á veces útil para la inteligencia y para la palabra.

Abandonándonos á esta queja quedamos satisfechos de nosotros mismos porque nos prueba que sabemos vivir en el mundo. Viéndonos de lejos, nos saludamos con un movimiento de mano muy expresivo.

Cuando nos encontramos nos queremos dejar la derecha mutuamente y nos cuesta una *contradanza*, seguir cada uno nuestro camino.

En invierno, somos objeto de las maldiciones de los concurrentes al café, cuando, por cedernos mutuamente el paso, dejamos la puerta mucho tiempo abierta.

Los hechos de nuestra vida, poco ó nada nos importan reciprocamente; pero á la noticia de la menor contrariedad, él no acaba nunca de expresarnos su aflicción y la noticia de su más pequeña ventura, nos alegra vivísimamente manifestánselo así repetidamente; sobreentendiendo uno y otro la exajeración de nuestros sentimientos por temor de que manifestán-

dolo moderadamente, resultara pálida para una refinada cortesía.

En suma, somos amigos, exigiendo nuestro trato este trabajo de acomodación, así como dos tuerkos tienen que volverse ambos la cabeza para mirarse.

Y pasan así los años, sin que se cambie el mecanismo de nuestra enemistad.

Pueden acentuarse nuestras diferencias de ideas ó carácter; pero esta misma causa hace que nos perfeccionemos también en el arte del disimulo y se hace, por otra parte, más sólido el único vínculo que nos une.

Para tener un choque nos falta la primera condición, que es el terreno.

El no trata á nuestros enemigos, que á su vez, no conocen á los suyos; vive en su esfera que nos es, cordialmente antipática, como la nuestra le es á él; encontrándonos y tratándonos, como cortesés embajadores en la frontera de estados enemigos.

Una sola vez estuvimos á punto de chocar; pero nos retiramos ambos á tiempo espantados ante la idea de ver derrumbarse en un momento, el edificio levantado con tanta habilidad y trabajo tanto, y nos pusimos precipitadamente de acuerdo, fingiendo habernos equivocado. En fin, es una amistad que tiene también sus encantos; uno es siempre para el

otro un personaje nuevo, medio oculto en las sombras y rodeado de nebulosos misterios que despiertan el sentimiento de la amistad, y conservan su frescura.

Nos llamamos mutuamente con el nombre de nuestra profesión; el uno tiene un gran concepto, de la dificultad, de la nobleza y de la importancia de la profesión del otro; nos cambiamos alabanzas que nos satisfacen, rechazándolas vigorosamente y desenvolviéndolas casi con las mismas palabras; cada uno de nosotros habla bien del otro en el círculo de los amigos con términos respetuosos y correctos; no tenemos que recordar de él una palabra agria; la nave de nuestra amistad, corre suavemente en un agua tranquila como balsa de aceite, sin dejarnos nada que desear.

Cuando nos ponemos malos, nuestro amigo manda diariamente á preguntar por nuestra salud; á nuestra muerte, no llorará ciertamente; pero llevará la mano á sus ojos con deseo sincero de poderla retirar humedecida.

Este otro amigo, es una copia nuestra reducida; un hermano menor que tiene todas nuestras cualidades y todas nuestras tendencias, ménos marcadas; pero proporcionadas entre sí con la misma armonía, de donde nace una semejanza admirable de afecto, de simpatía, de costumbres y de maneras; pero siendo de una índole más suave y más flexible que la nuestra, la dominamos. Nuestra amistad no solamente lo liga sino que lo absorbe.

Encuentra en nuestros actos tan exactamente reflejada su voluntad, en nuestras palabras sus pensamientos, sus sentimientos en nuestras expansiones, que su personalidad se pierde en la nuestra y parece que su alma, si pudiera, la infundiría en la nuestra, para que viviésemos nosotros por cuenta suya. Goza en nuestras satisfacciones como en las suyas propias, se atempera á las alternativas á nuestro humor, habla un lenguaje intercalado de frases y palabras nuestras y el fondo de sus conversaciones, está casi todo formado

de materiales nuestros que poco á poco, se ha ido apropiando.

Desde que lo conocimos, no nos ha contradicho una sola vez, porque si expresamos alguna opinion de la cual discute, calla ó aprueba contra su conciencia, ó porque le parece increíble que le engañemos ó porque quiere evitar la menor contradiccion. Ocupamos para él el lugar de cien amigos. Nos sigue como la sombra al cuerpo, se encuentra en nuestra casa sin darse él cuenta de ello como impulsado por un instinto.

Mientras le hablamos, su mirada fija y penetrante, llena de simpatía, se fija en la nuestra con una sonrisa fija y creciente, y toda su persona, sus movimientos todos, su alma entera, dan señales de asentimiento. No hay, sin embargo, una sombra de adulacion en sus palabras ni en sus maneras. En su rostro brilla una expresion tan afectuosa, hay una claridad tan serena en su mirada, sus palabras brotan tan expresivamente del corazon acudiendo á los labios, inspiradas en una delicadeza tan sincera y tan franca, que parecería una ingratitud sospechar en él segunda intencion. Y despues de todo ¿qué intencion?

El no quiere otra cosa que nuestro afecto y el que nos tiene es casi un segundo amor de sí propio.

Nuestros enemigos son los suyos, y le causan

31039

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO CASTRO"

1625 MONTAÑEY, M. COX

más lástima que cólera, y aun más admiracion que lástima, pues no comprende que podamos tener enemigos.

Su cariño es ciego é indomable.

Sus alabanzas, en nuestra ausencia, son tan exageradas que provocan la risa de nuestros más íntimos amigos; y él ni se aflige ni se enfada.

En cualquiera ocasion que lo necesitamos lo encontramos propicio para los más humildes servicios y para los mayores sacrificios.

No exige, en compensacion, más que familiaridad y amistad íntima; se ha colocado por bajo de nosotros voluntariamente y no quiere moverse de su sitio.

A veces esta amistad tan fácil, tan suave, que nada nos cuesta y que disimula nuestros defectos, nos fastidia, y cuando queremos provocarlo con la contradiccion, cuando nos ingeniamos para irritarlo y exasperarlo, la tristeza que muestra su semblante nos obliga á desistir de ello, ántes de conseguir nuestro intento.

Otras veces probamos, con maliciosa complacencia, decaer de su estimacion revelándole y exagerándole nuestros defectos, que él ignoraba; pero su sonrisa incrédula y benévola nos hace renunciar á la empresa.

Otras veces aun, porque es así nuestra condicion, porque necesitamos que se nos contrarie hasta en el trato más íntimo y el alma se relaja con esta libertad ilimitada, llegamos á ser verdaderamente duros y fríos con él y lo rechazamos como un adulator ó un enemigo. Pero él es constante, nos perdona, se vuelve á acercar lentamente, esperando, en silencio, que le tendamos la mano.

Y finalmente, esta constancia nos vence, hace que nos arrepintamos, volviendo á él con más afecto que ántes, y sucede, á veces, que conociendo y experimentando todos los tesoros de cariño y de bondad que hay en su corazon, acabamos no sólo por quererlo, sino hasta por admirarlo y sentir por él una gratitud y un respeto que nos hace prorrumpir, en ocasion dada, en palabras afectuosas, á las que no está acostumbrado, que lo dejan admirado, confuso y reconocido.

Pero esto puede decirse que no es ya una amistad; el cariño que nos liga entra casi en el orden de los afectos de familia; viene á ser un cariño filial que se corresponde con las más tiernas demostraciones.

Hay otro amigo que tiene muchas buenas cualidades de inteligencia y de corazón y que nos ha dado más de una prueba de buena amistad; pero esta hermosa fruta está roída por un gusano.

Una especie de fatalidad hace que todo suceso nuestro, por pequeño que sea, que nos produzca honra ó provecho, aunque sea poco, aunque lo debamos á nosotros mismos y solo él lo conozca, le hace el efecto de un golpe en la cabeza ó una herida en el corazón.

No tiene remedio. La enfermedad es profunda, congénita en él, infundida en su sangre y en sus huesos, como una polilla, y no hay virtud humana capaz de anunciársela.

Esta pasión de la envidia no tiene límites; está igualmente celoso de los amigos y de los desconocidos, de los superiores y de los inferiores, de los jóvenes y de los viejos, en todas las esferas del pensamiento y de la actividad humana, es rival

de toda la humanidad; siente como una humillación ó como una desgracia propia, todas las glorias y todas las fortunas; desde la gloria del artista célebre que obtiene medalla de honor en la Exposición, hasta la del estudiante que obtiene el primer premio en su clase; desde la fortuna del que sólo se conoce de vista que ha heredado millones, á la del amigo conocido que obtiene una aproximación en la Lotería.

En medio de la más cordial conversación, una indicación que hacemos de un mérito nuestro, ó de una alabanza recibida le hace cambiar de semblante; es superior á sus fuerzas prorumpir en una expresión de enhorabuena.

Se comprende que hace un esfuerzo poderoso para acallar este sentimiento; se ve que se avergüenza y que sufre inútilmente; no puede dominarse ni fingir, y precisado á mostrar el semblante natural, su fisonomía se dilata.

Si rebajamos en la conversación la importancia de tal mérito, se rehace; si oponemos ciertas restricciones que destruyan aquellas alabanzas, toda su cara manifiesta gratitud; respira, vuelve á hablar con franqueza y con soltura y se queda tan satisfecho.

Sin que nos diga una sola palabra adivinamos

todas las luchas y los tormentos todos de su alma.

Si nos sobreviene una contrariedad pública, en nuestro amor propio, al día siguiente es el primero que viene á buscarnos, no contristado por lo que nos ha ocurrido, sino impulsado por un afecto más vivo que el que nos tenía antes, como si aquel contratiempo hubiese quitado un obstáculo á nuestra amistad y las palabras delicadas y generosas que nos dice precipitadamente apretándonos la mano son verdaderas y sinceras.

Al día siguiente de un triunfo, es el primero en venir, pero marcando en su rostro la expresion de la envidia; viene como el miedoso que se arroja al peligro para tomar de una vez en nuestra presencia la pocion amarguísima que lejos de nosotros debería tragar gota á gota.

Fuera de estas pequeñeces, es un excelente amigo y es bueno á pesar de su envidia; no es capaz, jamás, de cometer ninguna accion baja por quitar á alguien algo que le envidia.

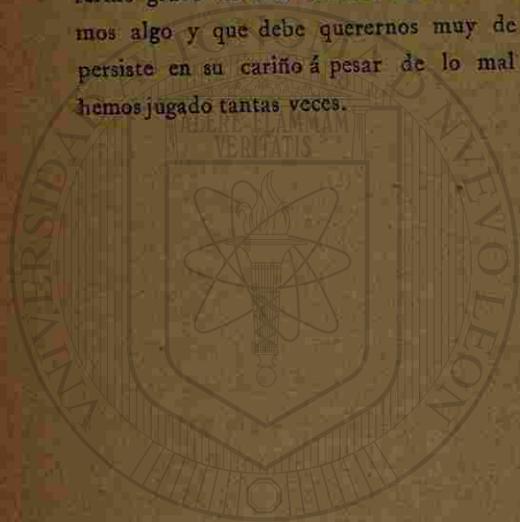
Poco á poco concluye por perdonársele su defecto, del cual él solo es la víctima, y está bastante castigado con sus sufrimientos propios.

Mientras al principio nos complacíamos en atormentarle, despues ocultamos con cuidado todo lo

que pueda molestarle, callando escrupulosamente cuanto pueda redundar en nuestra honra. Y él viene en nuestra ayuda, por su parte, procurando desviar la conversacion cuando se dirige por ese camino y la lleva las más veces á objetos tristes; la muerte de una persona querida, una pena propia, las calamidades de la vida, con lo cual indirectamente dá á entender cuán vanas y fugaces son nuestras satisfacciones, ó sale de un golpe celebrando con palabras entusiastas á un hombre verdaderamente grande, famoso y afortunado, al lado de cuyas glorias las nuestras deben aparecer tan mezquinas que no nos atrevemos ya á hablar de ellas?

Alguna vez viéndolo aguzar la imaginacion y atormentarse, no para ofendernos, sino para defenderse á sí propio, sinceramente persuadido de que no nos apercibimos del juego, experimentamos hácia él un sentimiento de verdadera compasion que aumenta el cariño y sentimos impulso de echarle el brazo por cima y decirle mirándolo con fijeza, con la intimidad que á un hermano;—amigo, cúrate de este defecto tan pequeño y tan mezquino que tanto atormenta, tú que tienes este defecto solo. ¡Te falta tan poco para ser mi amigo perfecto! Pero no; sería inferirle una herida mortal y no tenemos valor para hacerlo.

Y continuamos tratándolo tal cual es, considerando que después de todo, no es más que un enfermo grave de una dolencia de la cual todos tenemos algo y que debe querernos muy de veras si persiste en su cariño á pesar de lo mal que se la hemos jugado tantas veces.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

\*  
\* \*

Hay el amigo dulce, el amigo acre, el amigo expresivo, el amigo tibio y hay también el amigo *helado*.

De qué modo hemos conseguido sacar la forma de un amigo de esta masa de hielo, en torno de la cual tantos otros se han quedado con las manos yertas, no lo sabemos decir. Pero más bien que una forma que él nos ofrezca ya dada, hay aquí una forma que él ya tenía y que veíamos nosotros solos mirándola desde un determinado punto de vista.

El hecho es, que lo prueba á su manera un cierto afecto hacia nosotros: le hemos advertido á veces, en el momento de partir para un largo viaje en un estremecimiento de su labio inferior, mientras nos decía *adios* con su acostumbrada cara de piedra.

Nos quiere de veras; no buscaría nuestra compañía si no fuese así y no estaría horas enteras á nuestro lado como lo está, sin jamás dar muestras de cansancio; pero él detesta más aún que todas las

cosas detestables, las demostraciones de afecto. Para él son miserias vergonzosas, vilezas, lascivias del corazón, indignas de un hombre; negaciones del sentimiento que quieren expresar imposturas, cortesanas de la amistad que repugnan á su estómago.

Esconde el sentimiento de la amistad con el mismo pudor salvaje con que el adolescente llegado á la pubertad, oculta sus primeros afectos y sus primeros deseos amorosos. Más aún, no quiere ni dar el nombre de cariño al sentimiento que le une á nosotros; dentro de sí rechaza aquella palabra, ó más bien, no quiere ni escudriñar ni definir el propio sentimiento; está con nosotros porque necesita estar con alguien y nos prefiere á los otros porque nos encuentra mejores á su juicio: una mayor conformidad de ideas, una más amplia tolerancia á su forma, una compañía, en suma, que lo toma tal cual es, sin hostigarlo con las pretensiones del corazón.

Y nos es fidelísimo. Todas las tardes á la misma hora le encontramos allí, sentado á su acorumbada mesa, con el mismo periódico, con el cual se aburre todos los días; y desde el umbral de la puerta lo saludamos con una sonrisa que espera para devolvérsela con un ligerísimo movimiento de los labios cuando estemos sentados á su lado.

En todo nos dá la <sup>mirada</sup> amistad, una media mirada por la calle, medio período en la conversacion, la punta de los dedos al despedirnos, una carta de tres renglones cuando está fuera, un saludo con un movimiento de cabeza; la desaprobacion con una mirada de asombro, el pésame con un pequeño y forzado suspiro; en sus momentos de mayor expansion, llega hasta aparentar que nos vá á dar un golpe en el pecho con el índice de su mano derecha que retirará sin tocarnos volviendo á tomar su seriedad habitual.

Nos paseamos juntos muy á gusto á cualquier hora sin decirnos nada, un poco distantes el uno del otro, bamboleándonos como dos colegiales enfadados, obligados á ir próximos en las filas de la seccion en el paseo de los domingos.

Algunas veces, sin embargo, irritados por aquella frialdad, lo cogemos por un brazo y le damos una sacudida, apretando los dientes como para decirle: "avíate en nombre de Dios." Pero él se deja sacudir como un cuerpo muerto y nos dirige una mirada que quiere decir que es inútil y que desea le dejemos en paz.

A veces siente de pronto una especie de gratitud hácia nosotros y se fija con una mirada larga que expresa cierta admiracion entre burlona y benévola por la singularidad de nuestro carácter en

obstinarnos en parecer bien á un ente tan original. Pero no expresa jamás este sentimiento con palabras.

Vive en una fingida niebla de indiferencia y de aburrimiento en la cual nuestra amistad se le aparece vagamente como una sombra que rompe un poco la monotonía del infinito horizonte que lo circunda.

Bueno en el fondo á pesar de esto, es incapaz de un sentimiento triste y vulgar; pero no tanto por verdadera virtud, como porque teniendo los mismos sentimientos que otros muchos, no quiere tomarse el trabajo de abrir las puertas de su corazón.

Si le pedimos un sacrificio por nosotros, lo hace sin esfuerzo, casi sin darse cuenta de ello y molestado por un solo pensamiento: tener que sufrir después las demostraciones de nuestra gratitud.

Y así nuestra amistad sigue su marcha, muda, oculta, en un estado de dormi-vela con la cabeza baja y los ojos medio cerrados.

Si una desgracia nos ocurre en cuarenta y ocho horas, nuestro amigo, recibida la noticia, permanece media hora inmóvil en la mesa con la mano en la frente y los ojos fijos en el suelo y esta sería la más cariñosa oración fúnebre que hubiera hecho en su vida.

\*  
\* \*

Hay también el amigo *explosivo*, un buen hombre, de condición buena y generosa, pero una fiera cruel é indomable cuando se le sube la sangre á la cabeza; y se le sube á cada momento. Es como aquellos vegetales rodeados de una atmósfera gaseosa, la cual al acercarle azufre, se inflama y centellea como un castillo de fuego.

Por la más mínima cosa nos hace entrever la amenaza de un duelo.

Hablando con él, vemos siempre flotar sobre nuestra cabeza la enorme arma del espadachín; de repente, en una conversación tranquila, se siente la explosión de una mina; es él que ha tomado una palabra en sentido ofensivo. Pero con la misma facilidad que se enfurece, se aquieta y el arrepentimiento sigue casi siempre al pecado inmediatamente.

La historia de sus amistades, es una serie no interrumpida de ofensas y reparaciones, de amenazas y de excusas, de desafíos y reconciliaciones; pero aquellas

son siempre hechas por primer impulso y estas son siempre nobles y generosas.

Saliendo con él una noche de casa de un amigo donde delante de muchas gentes, en el calor de la discusión, nos habla lanzado al rostro una insolencia que exigía buscar padrinos en el acto, de pronto, ya por la escalera, en la oscuridad, sentimos que nos dá un apretado abrazo de reconciliación.

Se avergüenza de sí y se golpea la cabeza con los puños, pero ¿para qué? Con nada que haga consiguie corregir su endiablada naturaleza.

Hay algo dentro de él que salta al menor rozamiento como un muelle de acero y lo levanta un palmo sobre la silla con dos saetas en los ojos y la ira de Dios en la garganta.

Y su carácter suspicaz dá continuo pasto á sus iras relampagueadoras y tempetuosas.

Siempre tiene abierto un registro para ajustarle las cuentas á su amigo.

A uno tiene que decirle en su cara cuatro verdades que nunca le han dicho; á otro, piensa devolver puntualmente en la primer ocasion un solemne desaire que le tiene guardado desde hace un año; para un tercero, tiene un pinchazo, que le dejará un recuerdo para mientras viva; á un cuarto tiene abso-

luta necesidad de esperarlo mañana á la salida del teatro para pedirle una explicación.

En la tertulia de la tarde mientras se habla de todo ménos de su persona, sospecha alusiones secretas, conformidades misteriosas, burlas sobreentendidas, y gira sus ojos de uno en otro sacudiendo la cabeza y esperando impacientemente el momento de dar fuego á la pólvora.

Pero todo esto, acaba casi siempre pacíficamente. Una palmadita amistosa que se le dá en la espalda en ocasion oportuna disipa en un momento todas aquellas nubes cargadas de tempestad: él no tiene sobre su conciencia más que tres duelos y tres rasguños por los cuales hace quince visitas de pésame. Pero una hora después estamos como al principio; tiene necesidad de cojer á alguno y llevarlo al terreno.

Nada hay tan gracioso como los días que se levanta con el propósito de dominarse á sí mismo. Entonces mira á todos, amigos y enemigos, con un aire benigno de pastor evangélico y deja oír inflexiones nuevas de voz curiosísimas que semejan á ciertos sonidos infantiles de viejos que quieren gritar, y en la tertulia acostumbrada, cuando alguien le contradice, se propone oírlo en silencio, con los ojos fijos en su taza de café, con una sonrisa forzada, haciendo crujir los huesos de su mano sobre la mesa; pero la ira comprimi-

mida ya en un fondo hirviente y murmurador, le sube á la cabeza en ondas de sangre que le hinchan los ojos y le bañan la frente de sudor, tanto, que dan ganas de gritarle: "¡desahógate, desgraciado, ó revienta como un perro!"—Y al fin, es menester que se desahogue.

Nuestra amistad con él se mantiene á fuerza de equilibrios, como Dios quiere, pero no podemos odiarlo nunca aún cuando nos haya ofendido.

Después de un mes de estar renidos, una mañana nos busca en casa, humilde, confesándonos que era un bruto, y entonces le tendemos la mano conmovidos y reconcuviéndonos por no haber ido nosotros á buscarle.

Y él nos jura y perjura alzando la voz estentórea y amenazando romper la mesa con sus puños, no dejarse vencer ya más de su naturaleza brutal..... que lo vence en aquel momento.

\*  
\*  
\*

Hay también *el amigo ingénuo*.

Es bueno, cariñoso con nosotros, lleno de ingénuo, un poco mal humorado; tiene un sólo defecto: el de ser atrozmente sincero; de decir todo lo que piensa de nosotros, hasta los más íntimos pensamientos, cualquiera que sean, ó de aquellos que nos hacen dar un salto, no sabiendo si darle las gracias por su sinceridad ú ofendernos por su insolencia.

¿Qué queremos? Está acometido del furor de decir la verdad.

¿Cómo ha llegado á este extremo por nosotros? No lo recordamos ya; un día, debe haber dicho por primera vez una verdad desagradable, contra la cual no nos hemos atrevido á revolvernos, porque nos hervía un consentimiento tácito en la mirada; y desde aquel día estamos en su poder.

¡Ah, es verdaderamente un hombre terrible!

Con todos los amigos hay un cierto convenio.

oculto. Algo sobreentendido que no se dice y que otros aparentan creerlo, aunque el rostro del que lo diga nos haga dudar de ello; ciertos defectos que se echan en cara; un ligerísimo velo necesario para salvar ciertos delicadísimos lados del amor propio, se extiende aun ante los amigos más íntimos y sinceros.

Pero con él, no hay ni siquiera este velo.

Están fijos en los nuestros sus ojos traviosos, á los cuales no se les escapa nada, y si la expresión de nuestra mirada no corresponde al sentido de la conversacion nuestra, nos interrumpe para decirnos una palabra clara y redonda, la que verdaderamente querríamos y deberíamos decir, censurándonos bruscamente nuestra doblez aun en la cosa más inocente.

Nos sondea hasta lo más profundo del alma con la mirada, y con la pregunta nos saca á viva fuerza pensamientos innobles, malignos sentimientos, vanidades pueriles, pequeñas hipocresías y vergüenzas raquílicas que creíamos ocultar en una oscuridad inexcrutable.

Hace todas estas observaciones con tal seguridad de juicio y de palabra, que es inútil intentar negar ni defenderse; el rubor nos hace traicion y el despecho nos paraliza la lengua, en suma.

Él no nos estima ménos que los otros; pues no hace otra cosa que decir lo que otros piensan.

Y habla tambien de sí propio con la misma franqueza.

Pero, por esto mismo, quiere que nosotros hagamos lo que él: lo muestra todo, y todo quiere verlo, no se presta á hacer comedias, no reconoce secretos ni pudores; en una hora de conversacion se vacia á sí mismo como un saco y vuelve del revés al amigo como á un guante.

Pero, por mucho tiempo, es una amistad bastante dura; á veces nos deja desconcertados, humillados, indignados contra nosotros mismos; furiosos contra él, encolerizados, con mil propósitos de venganza y de enemistad, y acompañándolo á la puerta de nuestra casa, mientras va delante, nos sentimos acometidos de una tentacion violenta de echarlo á puntapiés.

Pero, de aquí en adelante, es demasiado tarde para romper esta amistad, sería una pusilanimidad de niño: por otra parte, teniendo estos motivos de resentimiento nos sentimos obligados á estimarle. Lo que le hace desagradable como amigo, en el fondo le honra como hombre.

Sabemos quien es, tenemos en la mano todos sus secretos y estamos seguros de él.

Después, poco á poco, nos habituamos á aquella ingenuidad; advertimos que nos causa bienes, que nos mejora interiormente y que nos hace más puros y más francos, acabamos por experimentar, después de haber estado con él, un sentimiento de alivio en la conciencia, como si hubiésemos confesado alguna grave falta á alguien de quien nos pesara perder la estimación.

No es esto sólo, sino que sentimos un placer en prevenirlo enmascarando espontáneamente nuestras faltas, presentándonos para él por lo que valemos; y gozamos entónces en su compañía una libertad y una tranquilidad de espíritu, tanto más agradable cuanto más penosa é irritante era la sumisión en que nos tenía al principio.

Tenemos en él al amigo maestro, al amigo confidente, al amigo conciliador; es él el amigo médico que nos cura con hierro y con fuego, sin interés, solo por amor al arte.

Y para tener esta misma sinceridad con otros amigos, basta su imagen, la cual se nos presenta de repente con los ojos fijos y con el dedo apuntando hácia nosotros en el momento de decir:

—¡Mira que te oigo, impostor!

\*  
\* \*

Este otro es una copa de oro, pero llena de ópio. Nos ha hecho muchos servicios, es un modelo de cortesía, no podeis ménos de mostraros agradecidos á él; pero ¡qué remedio! empalaga al estómago. Su compañía nos hace sufrir por lo regular la presión de 300 atmósferas.

Todo lo que hay más trillado, más flojo, más desagradablemente insípido en los varios objetos de las conversaciones de los hombres, es el material ordinario de sus palabras.

No es una inteligencia enteramente nula; tiene precisamente aquellas ideas que son indispensables para ser pesada una criatura, pues hasta los verdaderamente tontos nos divierten.

No dice ninguna tontería ni despropósito; es constante y cruelmente razonable, pero teneis que comprimiros las mejillas con ambas manos para sofocar los continuos bostezos que os salen de lo más profundo del alma, cuando con un tono de voz sordo y mo-

nótono expone ordenadamente la historia de un resfriado suyo, las alternativas de su reloj ó la interminable biografía de un primo alcalde de una barriada desconocida, más insípido y soporífero aún que él.

Las noticias más ruidosas, las más chistosas anécdotas, las relaciones más dramáticas, todo pierde su color, todo se hace pesado, todo llega á ser fúnebre en sus desventurados labios.

El terrible hombre gusta del sonido de su voz; sobre la más pequeña cosa, lanza un río de períodos de plomo, no dejando en paz ni á los muertos de su familia.

No nos valen las escapadas precipitadas, ni las invasiones repentinas en el estanco ó en la lotería al verlo aparecer á lo lejos por la calle; nada podrá jamás hacerle nacer la sospecha de que su palabra no sea ardientemente deseada por nosotros. Y no nos busca solamente por simpatía, sino que se nos pega á las costillas por gratitud, porque somos uno de los pocos, quizá el único que no huyamos de él, y ocultamos la violencia de su admiración, bajo una apariencia de atención benévola.

¿Y con qué corazón le arrancaríais una de las ilusiones más dulces de su vida?

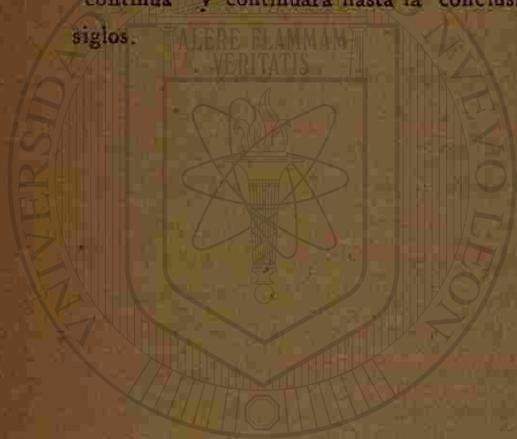
Su amistad no tiene exigencias, no pide más que ser escuchado.

Aquella persuasión suya, firme, de tener la conversación discreta y la voz agradable, proviene de una ingenuidad de ánimo que os dá compasión y el gran aburrimiento que causa su conversacion se deriva en gran parte de la falta absoluta que hay en él de todos los defectos morales que divierten y de todas las pasiones malignas que nos hacen elocuentes y es la manifestación diabólicamente cruel, de una bondad angelical.

Su amistad, podéis estar cierto de ello, no cambiará con las mudanzas de nuestra fortuna, porque no desaparecen con esta, las poderosas fuerzas de vuestra antigua paciencia.

El día en que os hiera la desgracia, él se encontrará infaliblemente á vuestro lado para haceros sentir la cadencia uniforme de sus consuelos, los cuales sonarán á vuestro oído como al ruido de las paletadas de tierra sobre la caja de un difunto, ó distraerá vuestros pensamientos dolorosos aplicándoos á la cabeza la cataplasma de una de sus amenas anécdotas. Y, sin embargo, alguna vez que el se extiende en sus consideraciones más que de costumbre, con una expresión de satisfacción particular, sentís de un golpe aflojarse vuestros nervios y subir la sangre á la cabeza y abrir la boca para gritarle en su cara que es un verdugo sin entrañas y que habeis acabado pa-

ra siempre; pero el tono apresurado con que él os pregunta si os sentís malos y os dice que reanudará su conversacion otro dia, sofoca el delito en vuestros labios y entonces bajais la cabeza en ademan de resignacion diciéndole con una larga mirada: "continúa" y continuará hasta la conclusion de los siglos.



\*  
\* \* \*

Este otro es un corazon bordado con hilo de seda, como dice el poeta chino, un jóven todo alegría y benevolencia, el cual ejerce entre los amigos el oficio del placer, con el ardor y la constancia de un apóstol.

Considera el círculo de sus amigos como una especie de instituto del cual le está confiada la direccion moral y se esforzará continuamente en que todo marche bien en lo cual pone todo su amor propio como si de todo desórden por pequeño que sea hubiera de recaer en él la culpa.

Una desavenencia que ocurra entre dos amigos suyos, le aflige como una desgracia doméstica y no está tranquilo hasta que los ha reconciliado.

Por medio de ingeniosas combinaciones estratégicas largamente meditadas, hace que dos enemigos se encuentren frente á frente en un lugar dado, de modo que no puedan escapar y arroja al uno frente al otro. Se ofrece de intermediario en las contiendas, trata

de disipar las antipatías nacientes; refiere á uno las buenas ausencias que otro hecho de él añadiendo algo de su parte; desvía las discusiones peligrosas con un chiste, publica en todas partes las ocurrencias felices de cada uno, frecuenta todas las casas del grupo, conoce á cien niños por sus nombres, acompaña á las familias á las estaciones; se apresura á dar las buenas noticias; anima las conversaciones frías, poniendo sobre el tapete asuntos en los cuales estén todos de acuerdo; resucita antiguas amistades, disipa sospechas; atenúa censuras; fija convenios; concierta comidas; excusa á todos; á todos quiere y elogia á todos; y cuando ha llegado á reunir una docena de amigos alrededor de su chimenea, todos de buen humor y en buena armonía, se encuentra tan contento como si hubiera unido en alianza á todas las potencias de Europa; allí está en su puesto, allí está feliz y radiante, extiende por todas partes su espíritu de amor y de paz y aparece verdaderamente como la encarnación de aquellos ideales de concordia y de tranquilidad universal á los cuales tienden todos sus deseos y sus esfuerzos todos.

En sus alegres expansiones, entre uno y otro sorbo de café, se manifiesta todo el fondo bueno y honrado de su naturaleza.

Para cada uno encuentra en el momento oportuno

la palabra que ataje su amor propio, saca á todos uno detrás de otro á la conversacion en que tienen más campo para hacerse valer; recuerda servicios más imaginarios que reales que le han hecho en otro tiempo por esto ó por aquello, para expresarles su gratitud; confiesa, y pide perdon por ellas, todas las sinrazones en que ninguno había pensado más; dá palmadas cariñosas en el hombro de los que están más próximos, aprieta la mano á otros por detrás de los respaldos de las sillas, aprueba con una sonrisa los razonamientos de los que están más léjos, y acompaña á todos á su casa despues de media noche; y el día despues, está de mal humor por la sospecha de si habrá dejado escapar en el calor de la conversacion alguna palabra poco delicada.

Los amigos son su familia, les dedica todos sus ratos perdidos y quisiera obligarlos á estar á todos en una sola casa, y tenerlos á docenas por su cuenta; llega á ser provocativo é intachable cuando fuera de su círculo hablan mal de alguno; teje biografías fantásticas, pone en cuadro las fotografías, hace circular las cartas; organiza expediciones; hace las cuentas; sirve de agente electoral, de alabardero en el teatro, y dice: "mi amigo" con un sentimiento íntimo de placer y de ternura, como el propietario dice: "mis tierras" y el poeta "mis versos."

No es el amigo á quien queremos más, porque es igual con todos y porque su carácter no tiene puntos salientes que engranen con los del nuestro, te- niéndonos unido el uno al otro.

Pero nos es querido como el símbolo vivo de la amistad cariñosa, indulgente y alegre; en todas nues- tras fiestas parece si él falta que falta algo más que el amigo, y lo mismo en los días felices que en los días tristes, lo buscamos porque su buen cora- zon siente igualmente las alegrías y los dolores de todos.



Hé aquí el amigo *ordinario*.

En el fondo es un buen hombre, tiene exce- lentes cualidades y os quiere bien; pero es ordi- nario desde la punta del pié hasta la coronilla de la cabeza; rebelde por indomable instinto y por costumbre invencible á todas las leyes de urba- nidad.

Es un tipo bastante frecuente, anguloso, áspero y desigual de tal modo, que es imposible tocarlo sin sentirse lastimado: os habla continuamente como un carretero enfadado: toda su mímica consiste en con- torsiones, sacudidas de hombros y vueltas de espal- das; os deja con la palabra en la boca; os interrump- pe en la conversacion; os contradice en cada opi- nion; os quita el periódico para leerlo él, y cuando le causais fastidio, os echa á un lado empujándoos con el codo con la misma delicadeza que la rueda de un carro; aunque le pidais un favor con las lá- grimas en los ojos, lo encontrareis de la misma ma-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"TALITHA QUAM SIBI"

1025 MONTERREY, MEXICO

nera de ser, brusca; tiene cierta cantidad no de tristeza sino de amargura, en su cuerpo, que le obliga á consumirla en mil pequeñas poesías gratuitas; si no pudiera desahogarse á cada momento, cometería algun gran despropósito á grandes intervalos; los amigos os preguntan de vez en cuando: "pero ¿cómo resistir á ese puerco espín?—Quién lo sabe?"—Vosotros sufrís su amistad, como un cristiano penitente llevaría un silicio.

Teneis un especial placer en ejercitar la paciencia y la satisfacción de pareceros vosotros mismos, comparándoos con él, los hombres más delicados del mundo; el gusto de hablar mal de él con los amigos, algo de esperanza de civilizarle con el tiempo y la costumbre de divertirlos con él como con un personaje de comedia.

Y no hay cuidado de que él se incomode: su grosería no llega jamás hasta la insolencia absolutamente intolerable; es una serie uniforme de gruñidos y de rústicas brutalidades en las cuales no hay la más lejana intencion de ofenderos.

No sirve tampoco que probeis á tratarlo con sus mismas formas porque ó no lo advierte ó no os consiente ese derecho; y por otra parte, vosotros os deteneis de repente reconociendo que vuestra grosería voluntaria resulta muy por bajo de la suya

inconsciente, que parece procede de sus entrañas y que le sale por todos los poros.

Habéis probado tambien alguna vez, en sus mejores días, darle familiares golpecitos en el hombro como se hace con un perro altanero y le preguntais con vuestro más dulce acento:

—Pero, dime, en confianza, ¿no podías ser un poco menos rústico con quien tiene la debilidad de quererte bien?

Pero sería tiempo perdido: por un momento aparecería en su rostro una vaga sonrisa, echándoos una mirada pasajera de fiera amansada, y despues se volvería peor que al principio, diciéndoos entre dos encogidas de hombros que "él es así y quien lo quiera, lo ha de aceptar tal cual es."

Viéndoos afligidos, os dirá alguna tosca palabra de consuelo con la voz conmovida y mirándoos de soslayo.

En medio de la tribulacion, os prestará quizá groseramente algun gran servicio; pero no pedirle otro.

Su amistad puede tener monedas de oro que gastar en los días solemnes; pero no os dará un céntimo por gusto en toda su vida.

Encontrareis en él, una sola vez, algo semejante á una vaga intencion, al parecer, agradable, y será

el día que venga á visitaros cuando esteis en extrema gravedad.

Aquel día os dará de beber, os arreglará el embozo de vuestra cama, hablándoos con la voz más dulce.

Peró podéis estar seguros de que, al primer síntoma de convalecencia, volveréis á sentir más áspera, despues de las caricias de la gratitud, su antigua corteza grosera.

\* \* \*

Hé aquí el amigo mefistofélico. Este, ocupa uno de los primeros puestos en nuestro pensamiento.

Somos el reverso el uno del otro en punto á la índole y llevamos dos mundos del todo diversos en nuestro cerebro.

El no cree en nada de lo que nosotros creemos, y profesa un burlon é infinito desprecio hácia todo lo que es objeto de nuestra admiración y entusiasmo.

Nos trata y es benévolo para ciertas facultades intelectuales nuestras ó cualidades agradables exteriores; pero no puede sufrir toda aquella parte de nosotros que tiene vida y carácter en los sentimientos de nuestro corazón.

Por este lado le somos superlativamente antipáticos, y no tiene para nosotros si no dureza y sarcasmo.

No es amigo más que de la mitad de nuestro yo: detesta y castiga á la otra mitad con toda la fuerza de su espíritu.

No es violento en sus maneras ni sempiterno hablador; pero combate terriblemente con envenenados alfilerazos.

Poco á poco ha conseguido imperar sobre nosotros.

La manifestacion de cualquier sentimiento ó idea que se eleve por encima de su naturaleza fría y positiva, acaba por ponernos, cuando estamos delante de él, tan inconveniente ó pueril como á él le parece.

Tenemos miedo de su sonrisa y de su burla. Delante de él nos hallamos turbados, achicados, obligados á callar mil cosas y á ocultar en nuestro pecho los sentimientos más afectuosos y poéticos.

Despues, lejos de él ya, el corazon se alza indignado y la conciencia nos acusa de cobardes, y entonces juramos sacudir aquel yugo indigno á la primera ocasion, y manifestar libremente, nuestra naturaleza con provocadora audacia.

Pero de nuevo nos hallamos á su lado, y de nuevo nos sentimos con los brazos abiertos: todos los propósitos caen ante su primera sonrisa.

El tiene la ventaja de combatirnos con la burla, mientras que nosotros nos vemos obligados á razonar seriamente; tenemos poca firmeza aun en nues-

tros más fervorosos sentimientos: él en su excepcionalismo está inmóvil y tranquilo.

Y temblamos de nuestra impotencia, y á veces creemos odiarlo, y muchos le odian, en efecto. Pero aquel mismo trabajo íntimo á que él nos obliga, una cierta admiracion que nos inspira su orgullosa igualdad de ánimo, su inteligencia clara y profunda, su terrible palabra, y el valor grande que adquiere, por venir de su naturaleza seca é indiferente, cualquier demostracion de afecto que nos concede, nos encadena á él á despecho nuestro. Nos ponemos á observarle á menudo con mezcla inexplicable de curiosidad, simpatía y aversion, á la cual sabríamos dar el nombre que le cuadrase; y varias veces, sorprendemos en el fondo de nuestro corazon con una especie de rencor, algun sentimiento de sumision casi servil hácia él, y una vaga condescendencia á contenernos y desnaturalizarnos ante su talento, para ganar en su concepto y hacerle arrojar el aguijon con que atenaza nuestra carne.

Pero, en suma, la mayor parte de su fuerza consiste en nuestra flaqueza; por eso analizamos lo menos posible nuestra conducta moral con él; y para justificar delante de los demás la deferencia con que le tratamos, ensalzámosle con alaban-

zas nada sinceras, y preferimos no tener testigos cuando estamos en su compañía.

Y aunque obtengamos de su amistad más amargura que placer, aunque en el fondo del corazón no le amemos, sin embargo, cuando se ve precisado á pedirnos una gran prueba de afecto se la damos mejor á él que á otros muchos amigos á quienes queremos y nos quieren, tan grande es la necesidad que siente nuestro atormentado orgullo, de tomar el desquite y derribar el careclero.

\*  
\* \*

Ahora, el amigo al que podemos llamar el amigo *bonorario*, el cual presenta un hecho psicológico de los más curiosos.

Tiene corazón, ingenio, cultura, gentileza, finura, todas las buenas cualidades que forman un excelente amigo, y además la principalísima de sernos leal.

Sin embargo no le queremos, no es santo de nuestra devoción.

Le falta una cierta centella que es tan necesaria para producir la amistad, como para encender el amor. No tiene nuestras debilidades, no rie de las cosas que nos hacen reir, no dice tonterías, es siempre dueño de sí, tiene una bondad demasiado lisonjera y una cortesía demasiado delicada: un amigo debe ser algo brutal, algo bufon y algo caprichoso. En su trato no hallamos nada imprevisto: no nos produce ni curiosidad ni temor. Es un amigo en el estado de "equilibrio estable;" de cualquier mane-

ra que nos conduzcamos con él, estamos seguros de que no tratará de hacernos daño y que permanecerá siempre fiel; mientras que para querer bien á un amigo, y vernos precisados á demostrárselo es necesario ver detrás de él el fantasma de un enemigo y tener algo que temer de su resentimiento.

Hacemos con él lo que con otras personas que nos quieren: le olvidamos porque estamos seguros de ellos.

No le negamos ciertamente el nombre y la consideracion de amigo, le demostramos delante, una constante deferencia y hacemos de él las más grandes alabanzas en todas ocasiones. Pero le tratamos con frialdad, le herimos, si es posible, y le posponemos claramente á otros cargados de defectos ó desagradables, que nos hacen rabiarse, luchar y vivir en una vecindad continua de enojos y recriminaciones.

Nos llamamos sus amigos, pero no tenemos más que el título.

En el fondo del corazón nos avergonzamos de ello, porque la conciencia nos dice que nuestra conducta es efecto de nuestra inferioridad y que si fuésemos más nobles de ánimo, de costumbres y gustos preferiríamos este amigo á los otros.

Pero este sentimiento, precisamente, nos aleja de él: es para nosotros un vituperio constante: su

rostro sereno y simpático nos dice continuamente un *excelsior*, al cual asiente nuestro corazón y nuestras fuerzas no responden; por lo que nos enojamos en secreto contra nosotros mismos y contra él. Sin embargo, en los días de desaliento le buscamos y acude afectuoso olvidando nuestra frialdad y nuestras injusticias; y en aquellos días y por algún tiempo despues, le apreciamos en todo lo que vale, le queremos bien, nos arrepentimos de haberle olvidado, no sabemos darnos la razón de haberlo pospuesto á tantos otros, y hacemos votos de serle lealmente afectuosos en el porvenir.

Pero vuelta la fuerza y la alegría, renacen nuestras pasiones y nuestros vicios y tornan á separarnos de él como al principio.

Y algunas veces, de noche, al hallarnos en un círculo de amigos que no lo son, excitados por una charla y una alegría vulgares, nos dá rabia verlo pasar á nuestro lado, solo, absorto en sus pensamientos, y saludarnos sin detenerse, con la sonrisa digna y benévola que refleja la nobleza de su carácter y de su vida.

Le arrojaríamos al rostro un sarcasmo brutal si no nos detuviese el temor del remordimiento, y nos esforzamos en ahuyentar su imágen, como la de una pesadilla, permitiéndonos repetidas veces.

el burlarnos amargamente de él con nuestros amigos.... Pero no sin sentir una íntima voz que nos acusa de viles é ingratos.

En lo íntimo de nuestra conciencia le hacemos amplia justicia y nos alentamos siempre con un propósito vago de tributársela de hecho más tarde.

No estamos maduros aun para su amistad; pero seguramente que él llegará á ser, un día, el amigo más deseado y más querido, y la memoria de la anterior ingratitud será el alimento más vivo de nuestro nuevo afecto.



Otro de los más dignos de estudio es el amigo camaleon.

Este es un original de cuño único.

Nos es por muchas razones simpático, y le estimamos, pero no conseguimos formarnos un concepto claro y firme de su ánimo cuando le vemos.

Parece que se agita perpétuamente en la duda de si nos debe amar ó detestar.

Por cierto tiempo es afectuoso y asiduo en nuestro trato, no sólo por espontáneo impulso, sino por evidente propósito de hacerse querer, como si tuviese faltas desconocidas que hacerse perdonar.

De repente desaparece. Ya no le vemos en muchos meses; escapa al vernos de lejos, y no se detiene más que un momento; si nos le encontramos frente á frente, se muestra frío, ceñudo, casi contrariado, huyendo nuestra mirada, como si quisiera retractarse en aquel instante de toda la cortesía que con nosotros había usado, como si hubiésemos perdido su es-

timación como si le inspirásemos casi aversión. ¿Por qué? ¿Quién lo sabe? Interrogamos nuestra conciencia y no nos acusa ni sombra alguna de remordimiento.

El no se explica. Nada nos ha dicho. De nosotros no ha escuchado una palabra dura; no ha habido y no hay entre nosotros dos, motivos, ni tácitos ni expresos de algun resentimiento.

Su rencor nace á manera de tumor interno en lo íntimo de su alma, crece, madura, revienta, producto no se sabe de qué, curado sin saber cómo: tenemos satisfacción en estudiar sobre ello y no hallamos razon, ni aún lejanamente razonable en que apoye su conducta.

Cuando la enemistad renace en su corazón, se aleja espontáneamente de nosotros, como el perro del amo á los primeros síntomas de la hidrofobia.

Y cuando ha entrado en este triste período sentimos placer en interrogarlo con la mirada benévola y crecer en noble franqueza con él; no cambia, tiene su espina, es tiempo perdido.

Si despues le pedimos francamente, cara á cara, una explicación sincera, se confunde, muéstrase maravillado, asegura que nos engañamos, se esfuerza por reir de nuestra sospecha, y fija, para persuadirnos, sus ojos en los nuestros, pero con una tan mal segu-

ra mirada, que destruye el efecto de todas sus palabras.

Diríase que no se ha formado un juicio fijo sobre nosotros, que lo varía á cada instante.

Pero lo peor es que no lo altera de mes en mes, sino de hora en hora. También en sus días de amistosa expansión, despues de una hora de alegre y confidencial conversacion, de repente, sin saber por qué, parece que una nube cubre su rostro. Se ha acabado. Su palabra se enfria, su semblante se altera, la conversacion languidece, nos enojamos mutuamente, no llega la hora de separarnos y nos separamos con presteza, prívio un apretón de manos de soslayo y una mirada de traidor. Sin embargo ¡válgame Dios! tiene algunas veces arranques de corazón tan nobles y una manera de pensar tan suya que nos agrada tanto!

Es imposible que nos decidamos á separarnos de él para siempre.

Nos resta siempre también un poco de esperanza sobre que su próxima mutación en nuestro favor será la última, que en esta se fijará para toda la vida, y nos proponemos para la primera vez en que volvamos á verle, ser con él tan sinceros, tan amables, tan afectuosos que nos haremos dueños de su amistad para siempre.

Pero es inútil.

Nuestro mismo propósito lo estorba, la expresión del rostro no corresponde al sentido de la palabra preparada, queremos acomodarla, la agriamos; y las cosas quedan peor que al principio. Y muchas veces preséntase la idea, y puede ser que á los dos á un tiempo, de romper para siempre.

¿Pero cómo? ¿Por qué?

Falta el pretexto, no tenemos una razón justificable; no nos hemos mortificado ni aún con una burla; sería por parte de los dos un acto de debilidad y de villanía que nos daría vergüenza; no queremos hacerlo, no quiere hacerlo él; y estamos profundamente convencidos de que no lo haremos ni el uno ni el otro.

Y así continuaremos tegiendo la tela blanca y negra de nuestra amistad; queriéndonos bien á cada momento, detestándonos alguna vez, los dos en el umbral de la puerta de la intimidad, sin hallar modo de entrar, ni tener deseo de salir, mirándonos con interrogativo aspecto, una mano tendida en señal amistosa y la otra cerrada, puesta á la espalda, en expectativa de algun imprevisto suceso que nos empuje dentro ó fuera para siempre.

\*  
\*  
\*

También el amigo "de la ejemplar lección" del matrimonio es un tipo curioso y amable.

De soltero era áspero, poco dócil en las discusiones y un poco olvidadizo de la amistad.

Pero desde que está bajo el yugo conyugal, se ha vuelto otro.

El ambiente de la casa ha reanimado la vena de su sentimiento, la mujer le ha suavizado, la paternidad le ha despertado el gusto por la amistad; pero un género de amistad nuevo, formado con sus retazos de padre y de casado.

En su amistad no hay nada joven ni brillante.

A los treinta años tiene ya el método y la filosofía egoísta y tranquila del cabeza de familia cargado de muchachos, satisfecho de los negocios, con su tranquilidad, para quien la familia es el mundo, y que querría ver feliz y tranquilo al universo únicamente porque no le molestasen. Se acerca á nosotros con su sonrisa de benevolencia plácida, y nos habla lar-

gamente de sus asuntos, refiriéndonos como ha allanado con el amor de la casa una cuestión sobre una ventana; á qué precio compró el vino el mes anterior, y los pequeños portentos que hacen sus hijos en la escuela.

Rodea de preferencias á los amigos casados, porque tienen más cosas que decirse entre sí, y los tiene en mayor consideración porque están más sólidamente establecidos en el mundo; pero con respecto al amigo soltero tiene un particular sentimiento de bondad teñido de una ligerísima tinta de piedad y de protección, que se trasparenta en su modo de darle palmaditas en la espalda, y de preguntarle cuándo tendrá juicio.

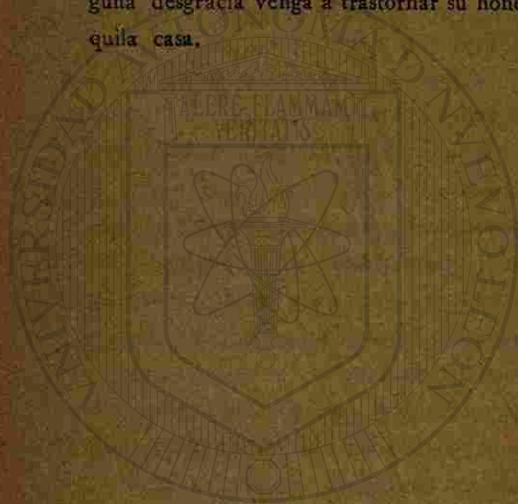
Los recuerdos de cuando éramos libres y despreocupados juntos, que tanto agrada recordar entre amigos, para él son como recuerdos del otro mundo, no siente ya ni el sabor, discurre sobre ellos descuidadamente, por complacencia, algunos instantes y después recae sin darse cuenta en los razonamientos caseros, entretejidos de máximas generales sobre la familia y la vida, que repite lentamente doblando y desdoblando la *Gaceta*, y adornando el discurso con alguna frase tomada en préstamo á su mujer, á quien él admira y de quien ha aprendido el inglés. Y ve á todos sus amigos

con regocijo; pero corriendo, porque la familia le espera, y anuncia á todos el deseo de hacer una gran calaverada con sus antiguos amigos en "uno de estos días."

Después desaparece y no se le vuelve á ver sino al cabo de quince días, en dirección de su casa con un cartucho de dulces bajo el brazo, ó parado delante de una tienda en que pretende comprar un quinqué de petróleo, ó corre detrás de nosotros precisamente para que le hagamos cuatro versos para el día del santo de su suegra.

Buena y bella índole en el fondo. Cierto que no es más que un pedazo de amigo y nos enoja el que no lo sea por completo y tenemos algo de amor hacia aquel negro velo que se ha extendido entre él y el mundo como una celosa cortina. Pero algunas veces en las noches de nuestros tempestuosos días vamos con mucho gusto á llamar á aquella puerta á que se asoma presurosamente, radiante de alegría, su semblante asombrado y jovial; cobramos dulce calor al lado de su chimenea, junto á sus chiquitines, que tienen en los ojos la bondad serena del simplon, en medio de los ovillos enredados y de los silabarios llenos de monigotes, alabamos con gusto la acuarela un tanto descolorida de la señora, sobre la cual nos pide el parecer, es-

piando con el rabillo del ojo la expresión de nuestra esperada maravilla, y salimos, le apretamos la mano con gratitud, deseándole sinceramente que ninguna desgracia venga á trastornar su honesta y tranquila casa.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

\*  
\* \*

Este es el amigo odioso y odiado.

Buscadle y le hallareis en seguida, si es que tenéis necesidad de buscarle.

Amigo de algunos íntimos nuestros de los cuales es imposible separarle, se encuentra dentro de nuestra tertulia, como una araña en un racimo de uvas, tan adherida y confundida entre los granos, que hay que comérsela.

No nos ha injuriado ni hecho daño alguno; nos trata con suma urbanidad, y sin embargo nos inspira una invencible aversión.

Su mirada nos parece falsa, la voz ingrata, equivoca la sonrisa, contrahechas las manecras, y bajo su pegajosa cortesía, parecénos ver enroscarse confusamente, cual un grupo de serpientes, toda clase de innobles y miserables sentimientos. ®

Esta aversión que no tiene pretexto ni modo alguno de desahogarse, se trasforma poco á poco en tormentos infernales.

Cada acto suyo y cada palabra nos causa una

sensacion desagradable; sus chanzas nos ponen la carne de gallina; sus alabanzas nos parecen rociadas de aceite que arroja á nuestro rostro; toda su persona desde la punta de los pelos hasta la de los piés y hasta su modo de andar es aborrecible.

Parécenos que deben haber transmigrado á él y confundidas en una sola, las almas de todas las criaturas humanas, que fueron contrarias ó enemigas de nuestros abuelos, partiendo de nuestro padre hasta la vigésima generacion.

Y un destino despiadado quiere que esté á nuestro lado ó enfrente, en todas partes, al comer, en el teatro, en el coche, entre la multitud; es para nosotros lo que aquel gato horrible de Edgard Poé, que martirizaba con su continua presencia y abominables caricias á los matadores de su amo.

Y ejerce sobre nosotros no sabemos que diabólica atraccion, por la cual nos vemos obligados á mirarle constantemente, á prestar atencion á cada una de sus frases, y no hay una palabra que diga, aunque está muy lejos de nosotros, en medio del vocerío de un corro de amigos que no venga á nuestros oidos derecha y dura, como conducida por un tubo acústico y tampoco hay una maldecida satisfaccion que tenga en su vida ó intolerable elogio que de él se haga, que no llegue á nuestra noticia.

La aversion llega á tal extremo que soñamos por la noche con él, que de él hablamos á cada instante, que sufrimos una sacudida nerviosa al verlo, que pasamos horas enteras notándole graves defectos en nuestra imaginacion, y que algunas veces, cuando vá delante de nosotros, nos dan grandes deseos de darle un formidable puntapié, brutalmente, sin un pretesto para la gente, como podría hacerlo un loco furioso.

No podríamos ni áun darnos razon de toda la feroz antipatia que nos inspira; querríamos asistir á su autopsia para ver que cosa diabólica tiene en el cuerpo, que nos le hace tan cruelmente indigesto.

Intentamos curarnos en mil ocasiones; intentamos alternar con él, hacérnosle agradable, buscar si tiene en el corazon alguna secreta vena de bondad ó nobleza que le hiciese más soportable, ó alguna facultad, alguna idea en la mente, alguna cosa original ó graciosa en la imaginacion ó en la vida que aligerase algun tanto nuestra tortura; y no logramos otra cosa que tomarle más inquina y sentir ira más feroz hácia él.

Nos falta hasta el mísero consuelo de ver que el hombre comprenda los sentimientos que hácia él abrigamos, todo lo contrario; el maldito se cree agradable, querido y unido á nosotros como pegado con

cola, nos persigue con el apretón insistente de su mano débil y fría, nos asesina con sus cariñosas sonrisas, nos destroza al obligarnos á que nos apoyemos en su brazo y decirle cumplimientos en su cara.

Y dice al hablar de nosotros: —Mis amigos, —y todos dicen hablando de él: —El amigo de ustedes —y estamos obligados á decir nosotros también:—  
Mi amigo.

Y algunas veces una idea tremenda cruza por nuestra mente; la idea de que es posible que en nuestros últimos instantes en el fondo de la habitación en que lancemos el último aliento detrás del grupo de amigos más queridos....

Pero no, la idea no es horrible, es agradable: el pensamiento de verlo allí por la última vez sería consuelo en nuestra agonía y le perdonaríamos en aquel momento todo lo que nos ha hecho sufrir sobre la tierra.

\*  
\* \*

Otro de los más curiosos es el amigo de los "días de fiesta."

Pertenece al mismo tiempo á nuestra tertulia y á las de otros; pero es uno de los ménos asíduos á la vuestra.

La diferencia en el modo de vivir es causa de que os encontreis rara vez; pero el tener muchos amigos comunes ciertos y especiales gustos, hace que os senteis juntos en todos los banquetes públicos y privados, políticos y artísticos, palaciegos y campestres, de recepción ó de despedida, que se suceden en el curso del año.

Sois el uno para el otro como las banderolas de bellos colores que se ven gualdrpear en todas las fiestas.

Os habeis conocido entre las copas, y la historia de vuestra amistad lleva unida á cada página la lista de un almuerzo.

Este amigo, naturalmente, es muy simpático. No

le habeis visto sino en momentos felices, en los cuales todos tienen el rostro sereno, abierto el corazón y cariñosa la palabra: al tercer banquete, al levantaros de la mesa, habeis hecho escursion feliz alrededor de vuestra vida; no os habeis dicho sino cosas nobilísimas, no os habeis hecho más que agradables confidencias, os habeis separado con el disgusto de no haber estado juntos más tiempo: no hubo en vuestra amistad un momento de enojo ó mal humor.

Es una amistad virgen aun, abriantada por una cierta luz de poesía.

El corazón os dice que este señor es posible que sea un saco de defectos como todos los demás; pero estos defectos, en suma, no se han visto ni tocado. Y aunque se esté cierto de que él también debe tener sus días de lucha, sus dolores y miserias, sin embargo, no se os presenta al pensamiento sino con su encarnado y sonriente semblante, flanqueado por los brillantes recuerdos de dos banquetes, como la imagen de la amistad festiva y de la vida dichosa.

Y á él le causais la mismísima impresion.

Por eso las pocas veces que os encontrais en la calle, os saludais con grandes demostraciones de alegría, como sucede siempre entre dos personas que al verse únicamente despiertan recuerdos agradables;

y el sincero regocijo de estos encuentros, aumenta más y más tan viva simpatía!

¡Qué desgracia no poderse ver con más frecuencia! ¡Debe ser una dicha incomparable el vivir en comunidad con un amigo tan jovial y cariñoso! Pero en realidad nada se hace para unirse á él, porque se sabe que la ilusion se perdería muy pronto: preférese dejar intacta y á distancia conveniente esa bella apariencia de amigo, en la cual os vigorizais con la imaginacion cada vez que os disgustan los amigos que se ven todos los días.

Éstos forman como el edificio de la amistad; los otros son el hermoso panorama que se admira desde las ventanas.

Por eso el amigo que vemos en los festines es siempre el mismo y tal como le conocimos, y podeis continuar durante muchos años pronunciando sinceros y afectuosos brándis, frente el uno del otro en la brillante mesa, y bajar la escalera de la fonda, estrechamente unidos del brazo, lamentándoos con calurosas demostraciones de no poderos ver todos los días.

Sucede muy á menudo que, á los diez años de constante amistad, no se sepa de este amigo el nombre de pila ni cuál es, sobre poco más ó ménos, su profesion. Pero por eso no será ménos agradable el

recordarle en nuestros últimos años, no sólo porque su risueña imágen se unirá en nuestra mente al recuerdo de todas las comedias aplaudidas, de todas las inauguraciones de estatuas, de todas las Exposiciones regionales, de todos los nuevos mercados, que habrán aumentado lustre y riqueza á nuestra provincia natal; sino porque á más nos animará la certeza de que si debemos abandonar este mundo antes que él, pronunciará un honroso brindis á nuestra memoria, al ménos en aquel lírico momento de los banquetes, en el cual la abundantísima ternura del corazón rompe todos los diques é invade el reino de los muertos.

\*  
\* \*

Este es otro amigo que para nosotros representa la continua risa, negligente é irracional—una risa física—con la cual todas las fuerzas del espíritu descansan y se vigorizan como las del cuerpo con el sueño. Tiene un gracejo propio suyo, tosco, pero fecundo y sincero, que al principio nos excitó los nervios y nos molestó y acabó por sernos agradable y hacerle simpático á él. Como á ciertos licores, se acostumbra la gente á ciertos chistes.

Cierto es, que más que agudezas son tonterías las que dice, pero tan grandes, tan macizas, de tal tamaño, que hacen el mismo efecto que los donaires más exquisitos. Y de aquí nace este amensísimo juego que él, juzgando por el efecto, créelos de buenísima ley y de ello se posee; y que en su ilusión hallemos nuevo pábulo para mucha risa, de la cual el origen por él supuesto es tan distinto del que tiene en realidad. El obedece á la necesidad que todos tenemos en ocasiones, de abandonarnos en los momentos de ocio

á una conversacion tanto más indolente y desordenada cuanto son más elevadas las fatigas de la inteligencia de las cuales debemos descansar.

Para él, todo lo que está fuera de la direccion que ha tomado su espíritu es letra muerta. Con quien no se acostumbra á sus chanzas es hombre perdido. Es un instrumento que dá únicamente una sola nota. Pero nosotros percibimos en aquella sola millares de sonidos.

Sus donaires, cien veces repetidos, adquieren sin igual valor con la repetición, el cual nos hace perder el concepto exacto de su verdadero mérito, tanto que en adelante le basta indicarnos con una palabra, con un gesto, con una voz, para hacernos espantar con una sonora carcajada el mal humor de una semana.

La más sosa de sus tonterías nos dá pié para una conversacion de dos horas. Hasta haríamos un viaje con el único objeto de oírle repetir por la milésima vez aquellos cuatro chascarrillos que hace años sabemos de memoria. Y les damos vueltas en nuestra mente, los exprimimos, los masticamos, y siempre los hallamos más sabrosos, sin comprender en qué consiste su verdadero sabor.

Preciso es que dentro de nosotros haya la esencia de alguna filosofía recóndita y seductora de la cual no logramos atrapar la fórmula capital.

En verdad que ocupa lugar importante en nuestra vida; de ninguna manera es un simple recreo para nosotros: en momentos tristísimos una de sus chanzas sin nombre es la que nos devuelve mágicamente la serenidad y el valor, haciéndonos ver poco á poco bajo un aspecto soberanamente ridículo un suceso grave, que ántes la estudiada lástima de otros amigos nos hizo imaginar más grave aun.

Ejerce tal influencia sobre nosotros que en aquellas tristes ocasiones en las cuales procurarle al dolor el alivio de la risa es profanarle, nos vemos precisados á huir de él como de un enemigo, porque su aspecto bastaría para hacernos prorumpir en sonora carcajada.

Sin embargo, bajo aquella risa inagotable, se esconde un corazón bueno, capaz de los sentimientos más delicados. En una desgracia es de los primeros en acudir á nuestro consuelo, y espera impacientemente á vernos más serenos para decirnos, aprovechando aquel clarito, la última chanza de su colección, y si no nos expresa con palabras su afecto es porque su espíritu está tan profundamente dominado y viciado por la manía de la burla que no pudiendo expresar en serio ni aun el cariño, prefiere callarlo.

Para él, rencores, enojos, odios, son cosas del todo

UNIVERSIDAD DE QUÉZOTLÁN

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO S. ESCOBAR"

1625 NORWICH, MEXICO

desconocidas. Fuera del trabajo con que gana la vida, no tiene más pensamiento que uno: hacer reír. No se desanima por la glacial acogida hecha á sus dudosos chistes por la gente no iniciada en la especial naturaleza de su gracejo: insiste y persiste en la prueba con una constancia impertérrita, lleno de fé en sus fuerzas, hasta que logra provocar una de aquellas estrepitosas y anfibológicas risas en las que no escucha sino el sentido favorable; y entonces se dá por satisfecho.

Para acabar: es uno de los amigos con quienes tenemos mayor comunidad de ideas y sentimientos, porque la risa entre nosotros es como una música al son de la cual nos decimos, sin expresarlas, mil cosas íntimas y gratas, que con la palabra no lograría que nosotros le entendiésemos ni nosotros ser comprendidos por él.

Y es uno de quienes nos separamos con íntima pena, puesto que es el adiós dado al amigo que nos llega al corazón en la última broma que nos dice con trémula voz y puesto en marcha el tren: así como al llegar, tras larga ausencia, no hay risueño semblante entre los amigos que esperan que nos alegre tanto como el suyo, bajo el cual adivinamos, léjos aun, la enorme y grotesca broma que acompañará al primer saludo.

\*  
\* \*

Casi todos tenemos, ó hemos tenido, un amigo que es para nosotros un caso de conciencia singularísimo: el amigo bribon.

Su reputacion es de las peores entre las más desastrosas: debe haber hecho alguna vez una picardía merecedora de cárcel, y si bien no sabemos con certeza cuál, no tenemos duda si meditamos sobre las pequeñas bribonadas.

Es uno de los que, segun se dice, debe huir un hombre de bien en público.

¿Por qué le tratamos como amigo? Sobre este punto podríamos escribir un libro: "de la amistad de los hombres de bien con los bribones."

El siempre se ha conducido con nosotros como la flor de la caballerosidad: no hemos descubierto sus condiciones morales sino al cabo de muchos meses de intimidad. Además, es un tuno lleno de ingenio, alegre y amable hasta más no poder; y en su compañía hallamos infinita satisfaccion. Sin em-

bargo, nuestro deber sería negarle desdeñosamente el saludo. Así dicen todos. Y está bien. Pero es gana de decir: ninguno de nosotros podría decidirse á hacer cara á cara tan atroz ofensa, al hombre que únicamente nos ha proporcionado alegrías.

En todo caso debíamos haberlo hecho en seguida, á raíz de saber sus hazañas: ahora es ya demasiado tarde: no se le escaparía que lo hacíamos más por temor al mundo, que por impulso de nuestra conciencia, y le parecería cobarde acción. Seguimos adelante, procurando salvar las apariencias: le tratamos friamente delante de los demás, hablamos de él con desprecio, no le franqueamos la puerta de casa, intentamos evitar un encuentro en los sitios frecuentados; y después, á solas, en punto seguro, nos entregamos á la más íntima familiaridad y gozamos en su compañía á toda satisfacción.

La estratajema, ciertamente que no es noble, y cuando reflexionamos sobre ella nos repugna, tanto, que hacemos á menudo el propósito de terminar para siempre en ocasión propicia. Pero al ver aquel rostro, sentimos que la simpatía es más fuerte que la conciencia.

La simpatía, una cierta curiosidad psicológica que inspiran los bribones á los hombres de honor, como las mujeres perdidas á las honradas; cierta repugnan-

cia á lanzar la piedra que viene de la conciencia de nuestra vileza y de nuestra secreta picardía, un vago temor de cualquier extrema represalia, por parte de un hombre que creemos capaz de todo, nos une atados á él como con vínculos de sobreentendida complicidad. Y lo más extraño es que nos divierte.

Por un solo placer perdonamos cien tunantadas que no nos atañen. Para disculparnos de esta amistad ante nosotros mismos, para podernos divertir sin remordimientos en su compañía, nos hacemos de una conciencia postiza y una moral de guardarropía que desechamos apenas vuelve la espalda: y de esta manera levantándole algo á él y bajándonos un poco, logramos, si no sofocar, apagar al menos, la íntima voz que nos recrimina y avergüenza.

Pero nuestro placer no está privado por esto de inquietudes: y á veces, nos ocurre que, estando en su compañía, nos rehacemos de improviso y dejamos escapar una mirada en la cual adivina él un sentimiento de aversión ó de desprecio; y entonces su verdadero natural relampaguea por instantes en sus ojos, unido á la siniestra complacencia de tenernos cogidos en el lazo de su amistad, del cual ya no podemos escapar por falta de fuerzas.

Son reacciones instantáneas, de las cuales fingimos los dos que nada hemos advertido.

El persiste en conservar nuestra amistad como un título de honra á la faz del mundo; nosotros conservamos la suya algo por gusto y algo por debilidad; y así continuaremos por muchos años, hasta que, rehabilitando su reputacion, se convierta en un amigo como los demás, ó bien que nos haga alguna picardía muy grande, por la cual él mismo se condene á perpétuo destierro.

Entretanto, representa entre nuestros amigos lo que en las relaciones de sexos opuestos se llama "un devaneo," y su amistad pertenece al número de los placeres ilícitos y costumbres vergonzosas.

\*  
\* \* \*

Otro de los más queridos es el amigo superior á nosotros en cultura ó inteligencia y que á la vez tiene alma noble y generosa: este halla en todas las discusiones la idea vencedora, la palabra exacta que nos persuade y tranquiliza, y cada noche nos dá que llevar á casa algo, como tener que desarrollar un pequeño tesoro de juicios y conocimientos que á lo gran señor, ha derrochado descuidadamente en una hora de jovial conversacion. Cuando á esta superioridad de la mente une la noble modestia en sus maneras, es verdaderamente un amigo adorable. Con él calla nuestro orgullo, no porque le aniquile, sino porque se adormece en un sueño dulce y profundo bajo su mano potente y delicada, contra la cual le falta el valor, la fuerza y el pretexto para la lucha. Le escuchamos horas enteras, llenos de curiosidad, con la mente toda dispuesta á aprender, precisamente porque rechaza toda clase de orgullo: y esta sumision del espíritu sentimos que nos hace bien, que

nos purifica de todas las vanidades que nos hacen desagradables para los demás, y ennoblece nuestro ánimo. Ninguna manera de aprender es tan amable y tan útil como esta. Nada es más hermoso que la amistad de este joven, igual á nosotros en edad ó menor, consumido por las vigiliás y fatigas gloriosas de la inteligencia: el cual á cada instante nos ha envuelto en una frase cortés ó en una chanza discreta, como un regalo hecho á escondidas para no ofender el amor propio, un profundo pensamiento que dará fruto en nuestra mente.

Ocupa lugar aparte en nuestro corazón, en medio de la multitud de los demás amigos.

Tenemos por él un sentimiento de reverencia algo tímida, que nos recuerda aquel que experimentábamos cuando jóvenes por ciertos profesores con no muchos años más que nosotros, pero ya doctos é ilustres, los cuales nos trataban familiarmente por simpatía.

Somos ansiosos por su amistad y quisiéramos estar siempre á solas con él, para beneficiar tranquilamente aquel venero sin importunos.

Y así como apreciamos que las ventajas no son iguales en el comercio de nuestra amistad, puesto que él da mucho más que recibe, así aguzamos todas nuestras mejores facultades para pagarle en nobleza,

atenciones y alegría la consideración que para la inteligencia y el saber hizo brotar en nosotros.

Todas sus manifestaciones de amistad llevan el marchamo de lo elevado de su espíritu.

Tenemos la mente llena de sentencias suyas, de consejos, de ingeniosas palabras, que después de habernos consolado en una tristeza, y esclarecido una duda, se han incrustado en la memoria, entre los elementos de nuestra cultura y los aforismos de nuestra filosofía.

Importunados y aun algo degradados, algunas veces, por ciertas amistades revoltosas y vulgares, tornamos á él, siempre superior, que nos levanta otra vez á las regiones puras y fortificantes del pensamiento. A cada trabajo de nuestra inteligencia se sigue la temerosa expectación del juicio que sobre él ha de formar, expectación que nos hace picar muy alto, y el deseo de su aprobación, el que nos dá impulso vigoroso para realizarlo. Y escuchamos su censura franca y profunda, que nos revela un defecto oculto é irreparable del mecanismo de nuestra mente, como el enfermo escucha el diagnóstico de su enfermedad asombrado de no experimentar la más ligera manifestación; aunque con algo de lástima y de piedad para nosotros.

A él, en el campo intelectual, le hacemos las mis-

mas confiancias que hacemos á otros amigos en el de los afectos: está tan por encima de nosotros, que no solo no sentimos vergüenza alguna sino que experimentamos cierto consuelo confesándole nuestra culpable ignorancia y nuestros despropósitos desconocidos.

No nos punza ningun sentimiento de envidia hácia él; ningun honor que se le conceda nos parece supérfluo; estamos ligados á él por una especie de afecto escolar, que no razona, y que continuamente desea la ocasion de ponerse á prueba; gozamos en sacrificarle, si aun la tenemos, los últimos restos de soberbia: todo acto de desconsiderada familiaridad de camaradas con él, nos repugna; en su compañía nuestra voz está más contenida, nuestro lenguaje más atildado, el gesto más correcto; y sentimos al decirle en su cara un tú sonoro y cordial un placer siempre nuevo, mezcla de varios sentimientos delicadísimos que no es posible expresar sin marchitarlos.

\*  
\*  
\*

Este otro vive en un mundo á cien mil leguas del nuestro.

Estudiamos juntos el latin; despues nos perdimos de vista; más tarde le encontramos agente de negocios de poca monta, grueso, barbas de chivo, vestido descuidadamente, alegrísimo, ignoranton, un pobre hombre y hemos reanudado nuestra antigua amistad.

Nos vemos de vez en cuando, pero siempre con satisfacción.

Nos llama con su simpático vozarron desde la otra acera de la calle, apretando el paso, é indicándonos por señas que no puede detenerse, y algunas veces nos llama desde la ventana de un café de cuarto órden, donde le hallamos tratando de negocios con labriegos ó mercachifles, bebiendo una botella de vino tinto.

Cuando estamos juntos con algo mas de espacio, nos habla estensamente sobre su hacienda, exaltándo-

se, y nos hace ver en la palma abierta de la mano sus ensayos sobre semillas, queriendo á toda costa conocer nuestra opinion.

El oficio no le ha ennoblecido, está fuera de duda; pero su buen corazon le obliga á ser atento y cortés.

A menudo nos interroga sobre nuestras cosas, con cierta curiosidad cuidadosa y sonriente, como podría pedirle á un astrónomo noticias sobre Marte ó Mercurio.

Tambien, algunas veces, reuniendo antiguas reminiscencias de la escuela, exhumando ciertas anticuadas palabras y ayudándose de un tosco pero buen sentido, se ingenia para espetarnos algunos de aquellos discursos que le parecen á él más apropiados para nosotros, con el intento de hacernos ver que ni está tan ageno de toda instruccion, ni tan avergonzado de su oficio, como muy bien pudiéramos imaginar. Y es curioso, con efecto, el ver deslizarse algunas veces en su lenguaje inculto y pedestre de comisionista, trozos de un verso de Virgilio, ó el retazo informe de un sentencia de Machiávelo.

Pero nos apresuramos á encauzarle en sus naturales discursos, en los que aprendemos una fraseología eficazísima y desconocida, nuevos chistes, satisfaccion, dificultades y dolores vecinos de una manera de vivir de la cual no teníamos idea.

Y él nos agradece de todo corazon la amistad que le demostramos; despues de chocar su vaso de Vermont con el nuestro, nos empuja con el codo contra la banquetta del licorista, mientras repasa con el dedo las hojas de su cartera de comerciante, obstinado en no dejarnos pagar.

Algunas veces, por casualidad, le ha ocurrido el encontrarse en un círculo de otros amigos nuestros; pero nos confiesa ingénuamente, sin la más pequeña intencion de ofendernos, que aquellos señores abogados, doctores ó empleados, no simpatizaron con su génio, que los ha hallado demasiado finos para él y que le parecen gentes con algunas de las cuales no podría tratar: sus curiosas miradas y sus secas maneras le excitan los nervios.

Y desde entonces ha encarecido mucho más nuestra amistad cordial y á la buena de Dios. La cual no es pura del todo.

Tiene parte en nosotros el vanidoso propósito de parecerle digno y afable y el placer de estimarnos superior á nuestro amigo, fuera de toda fatigosa rivalidad de amor propio, y el vernos acariciados por una mano respetuosa que no nos pide como correspondencia nada que nos cueste esfuerzo ó sacrificio alguno.

Pero no importa: hay momentos en que sentimos

un impulso de profunda benevolencia y de dulce gratitud hacia este buen muchacho: cuando le vemos alegrarse sinceramente, riendo y frotándose las manos por una satisfacción nuestra, cuya naturaleza él no puede comprender; cuando trata de consolarnos con palabras sencillas, toscas, impropias de la ocasión, de dolores y tristezas que tampoco puede comprender, pero que le afligen y cuando recurriendo á él, desesperados, fatigados de otras amistades difíciles, torturado y cansado el cerebro, hastiado de los libros, de nuestros cartapacios, de la perpétua y forzada carrera en pos de la idea, de nuestra maldita vida de galeotes de la inteligencia, hallamos en sus tranquilos razonamientos sobre las semillas, en los cueros, azúcares, aceites, vinos, maderas, y en el fuerte olor de *fero boario* que nos dá en la cara, el sentimiento sano y tranquilo de la vida.

\*  
\* \*

Este es uno de aquellos, que, puesto á prueba, tal vez nos demostrara que era un amigo verdadero; pero es un amigo de una casta singular; el cual, en el curso ordinario de la vida, está tan profundamente absorto en su ciencia ó en su arte, que apenas cae en la cuenta de nuestra existencia.

El egoismo suyo es aquel que recibió el nombre, con muchísima razón, de "egoismo férreo del ingenio."

Para él no hay cosa en este mundo que le importe, si no se roza de alguna manera, aunque sea ligerísimamente, con el único y perpétuo objeto de su vida: con su profesión.

Todo lo encamina á este objeto, hasta los amigos, los cuales, quién más, quién ménos, acaban por convertirse en su mano, sin saberlo, en otros tantos instrumentos de su trabajo. No hay más que resignarse.

Cuando nos hace una pregunta sobre nuestros

asuntos y nos escucha atentamente, no debemos ilusionarnos: las respuestas van directamente á compartimiento determinado de su cabeza de sábio de artista, sin pasar, en efecto, por su corazón de amigo; y cuando hemos llegado á un punto del discurso, más allá del cual no hay interés para él, aunque para nosotros haya muchísimo, se ha acabado; presta atento oído, se acerca más á nosotros, y dá las más vivas señales de asentimiento, pero su mente se halla á mil leguas de distancia.

Viene por la noche á la cita convenida, ó mejor, nos trae su cuerpo: pero deja en casa el pensamiento sobre el libro, el microscopio, el boceto ó el cuadro, y aquel que en la tertulia afirma, ríe, aprieta la mano y habla del tiempo, no es sino otro él encargado de hacer su parte, lo mejor que puede, en medio de sus amigos.

Algunas veces nos habla y está todo él presente ante sí mismo; pero no hace más que continuar en alta voz el trabajo del pensamiento que habíamos interrumpido al encontrarle, y se extiende en interminables particulares en un lenguaje rigurosamente técnico, exaltándose por grados, sin mirarnos á a cara, como si hablase con otros, y sin manifestar a más ligera sospecha de que nos podamos fastidiar. No intentemos reanudar una conversacion agena á

sus estudios, que la noche anterior se hubiese suspendido: se pondrá á mirar á las nubes, durante un cuarto de hora, sin acordarse de ella.

En aquellos momentos, no somos sus amigos de carne y hueso, no somos más que fantasmas que pasamos á su vista, balbuceando palabras en un lenguaje sobrehumano, del cual no percibe más que el sonido.

Sin embargo, gracias al cielo, tiene días de lúcido intervalo.

Un día vuelve en sí, se frota los ojos, tiene como una confusa idea de sus agravios para con nosotros, y una hora despues le vemos llegar, con gran maravilla, á nuestra casa, donde no había puesto los piés hacía un año. Evidentemente ha venido con el propósito de reparar sus faltas.

Esta vez es el mismo, todo él; su mirada se fija en la nuestra, sin traslucir su lejano pensamiento nos habla de nuestros negocios, se hace poner al corriente de lo que ha acaecido de varios meses; hasta aquel día; escucha, comprende, sonríe aparte, busca impaciente entre nuestros libros, nos dice que nuestra amistad es el consuelo de su vida, y nos deja apretándonos la mano diez veces con la más cordial expansion. Y entonces adios para otros seis meses.

Torna á encerrarse en su pensamiento fijo, como un anacoreta en su cueva, y lo que veremos de él de ahora en adelante, nos será más que su reincidencia hasta el día en que vuelva nuevamente *el arrepentimiento de sus pecados*.

Pues bien, le queremos á él y á su trato como nos le dá. Hallamos un placer singular. Nos unimos en la calle, por casualidad, como dos gotas de agua al fin de un plano inclinado: él conserva su libertad de espíritu y nosotros la nuestra; dejamos de vernos sin explicaciones; pasamos muy cerca el uno del otro, sin saludarnos, nos vemos todos los días, estamos sin vernos un año: todo está bien; siempre estamos de acuerdo; es verdaderamente una amistad libre y elástica como el aire, que puede tener parangon con el amor de los nihilistas, acompañada, sin embargo, por nuestra parte, de un sincero respeto hácia la pasión fortísima y nobilísima que le posee, la cual es posible que un día haga ilustre su nombre y famosas sus distracciones.

\*  
\* \*

En fin, este es el amigo que por la pendiente de los vicios ha caído en una miseria ociosa, contaminada por innobles amigos y embrutecida por los desórdenes, en los cuales trata de sofocar los últimos gritos de la conciencia.

Nuestra amistad, mantenida viva por recuerdos de la infancia y de la primera juventud, variable para los dos, es el último lazo que le liga á aquel mundo noble y honrado en el cual vivió en otro tiempo, y vuelve todavía alguna vez á nosotros en sus mejores momentos, enflaquecida, avergonzada de sus ropas de mendigo, con el aliento impregnado del fuerte olor de los ajenjos, para aspirar un poco de aire sano, por el cual nos demuestra una triste gratitud.

La primera vez nos inspira una repugnancia más grande que la piedad; y á pesar de todos nuestros esfuerzos, la conversacion resulta fría y parada, y se separa de nosotros con una amarga sonrisa que nos aflige.

Pero poco á poco, soplando las cenizas de nuestros recuerdos, logramos despertar el sentimiento de la antigua amistad.

Pacientemente, sin dejar traslucir nuestra intencion, aficionándonos á lo poco bueno que queda en él intentamos salvarle.

Algunas veces en un largo paseo por solitarios lugares, poco á poco hablando de nuestra familia, de los estudios que hicimos juntos, de personas amadas en otros tiempos, aclárase su mente y su corazon recobra la conciencia viva y dolorosa de su estado, vuelve en sí, entrevé una débil luz de esperanza, y nos deja con una promesa que nos produce íntima alegría.

Pero es inútil: el resorte de la voluntad se ha roto: aquellos que él cree propósitos no son más que relámpagos de descos que apenas brillan se apagan. Otro día vuelve excitado por los licores, con burlesca sonrisa bajo la cual se lee un propósito hostil. Entonces hace pasar por delante de nuestros ojos, con maligna complacencia, todas las deformidades del miserable mundo en que vive, nos descubre uno por uno, imprudentemente, todos los girones de su dignidad y de su corazon y se esfuerza en rebajar hasta el nivel de la suya la sociedad en que vivimos nosotros y nuestra vida misma anatomizando brutal-

mente los efectos más nobles, calumniando personas mostrando el vergonzoso derrumbamiento de todas las más humanas conveniencias, con un ardor tan impetuoso y una potencia tal en palabras crudas y sangrientas, que asombrados y humillados, no sabemos qué responderle, y le dejamos que se vaya rabiamente contento por su victoria, y entonces le odiamos. Pero á los pocos días aparece pálido y consternado y nos dice:

—Déjame estar contigo; háblame de cosas nobles y hermosas; sácame un poco del fango en que me ahogo.

Y entonces desaparece nuestro odio, y cobramos algo de esperanza. Y en esta continua lucha, vamos tomándole poco á poco una especie de colérico afecto que algunas veces nos impele á suplicarle, á abrazarle, á ofrecerle nuestra casa, á dar nuestra sangre por redimirlo, y otras á desear su muerte ántes que asistir de este modo á la lenta putrefaccion de su espíritu y de su cuerpo.

Y cuando hemos conseguido rehabilitarle por algunas horas en una conversacion que le serena y conforta, experimentamos una satisfaccion tan viva que nos parece tener una gran deuda con él, y estamos por agradecerle tanto bien como nos hace.

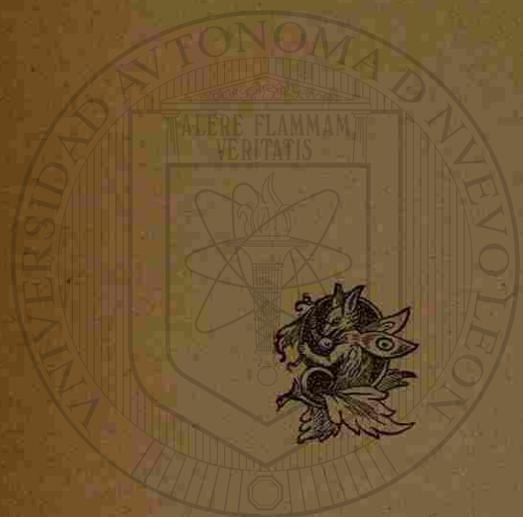
Y en efecto, nos hace bien mostrándonos toda la abyección en que ha caído; porque así reconocemos más claramente, á través de la piedad y el disgusto que nos inspira, cuán insensatas son aquellas reacciones violentas contra las grandes aspiraciones del pensamiento y del corazón, á los cuales nos empuja en varias ocasiones la rabia de nuestra impotencia, y que por algun tiempo nos precipitan en una vida negligente y ruda; y apreciamos más profundamente y con más amor, después de haber estado con él, el valor de nuestros amigos honrados, de nuestros trabajosos días, del aire puro y sano que respiramos.

Y en algunos momentos sentimos espanto pensando que muy á menudo en nuestra vida, nos hemos hallado en la pendiente por la cual nuestro amigo se ha precipitado, en condiciones morales poco distintas de las suyas, y que si no hemos ido hasta el fondo como él, no ha sido por virtud, sino por afortunada casualidad y por una combinación de circunstancias y casos que le hubieran salvado si las hubiera encontrado en su camino.

Y entónces sentimos que aquel desprecio que se despertaba en algunos momentos hácia él, es injusto, porque en el fondo no valemos más, á juzgarnos con lealtad, y este sentimiento nos lleva una mañana á

su guardilla más afectuosos que de costumbre, para proponerle un paseo por el campo, durante el cual intentaremos otra vez la prueba, con palabras inspiradas por una amistad más modesta y más sincera.





EL ORGULLO

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## EL ORGULLO



AY un terrible enemigo en todas estas pobres amistades que es el orgullo.

Probemos á tenerle echado bajo el escalpelo anatómico, y á diseccionar con paciencia este monstruo de mil formas y colores, que está enroscado al alma en infinitas y confusas vueltas, que nos sofoca, ahoga y atormenta desde la infancia hasta la muerte.

¡Cuán ilógicos é hipócritas nos hace!

Por la diferencia que existe entre nuestro modo de juzgar y tratar á los amigos, comprendemos perfectamente que tambien ellos nos estiman un grado ménos de lo que demuestran; y sin embargo, si por azar nos dejan entrever alguna vez su verdadero sentimiento nos resentimos de ello como de una injuria.

Nos refieren un juicio formado entre nosotros; juicio que nosotros mismos habíamos hecho mil veces en el fondo de nuestro corazón; y nos sentimos ofendidos como por una intolerable injusticia; y en el acto mismo en que por ofendidos nos tenemos, nos decimos:

—Eres injusto, y mientras nos lo decimos odiamos al amigo al cual le damos la razón.

Si se nos hace una observación que nos hiera en el orgullo, pero que tenemos por justa, el rostro dá á entender que nuestra conciencia la aprueba, y el de aquel que nos hirió manifiesta que ha adivinado nuestro secreto asentimiento; y sin embargo, el orgullo nos hace fingir el no poder aceptar aquella observación, y persistimos en la ficción, á pesar de la sonrisa del amigo, la cual dice claramente:—Tú finjes—y nos produce así una humillación peor que la primera.

Hemos dicho á un amigo una palabra grosera é injusta; nos arrepentimos al instante de haberla pronunciado, opinaríamos retirarla inmediatamente, vemos que él adivina nuestro arrepentimiento y nuestro deseo, que lee en nuestra cara la vergüenza que sentimos por no tener valor para ser francos, que bastaría una palabra para librarnos de aquella tortura, y la palabra nos retrasa en los labios; y el

hinchado y estúpido orgullo nos impide pronunciarla.

Tratamos duramente á un amigo para vengarnos de una antigua herida, y en el momento mismo nos lo afeamos; nos llamamos soberbios y mal nacidos y experimentamos por el amigo un sentimiento de piedad y benevolencia; y en el preciso instante en que este sentimiento es más vivo nos esforzamos por sofocarle, para no cercenar el placer de que goza nuestro orgullo con la venganza.

No hay más que recorrer quince días de nuestra vida, para recordar cien hechos pequeñísimos, palabras, gestos ó expresiones del rostro, que deben haber revelado malignidad, vanidad, pobreza de ánimo; ó haber parecido importunos, pueriles y ridículos, y si llegamos á saber que uno solo de estos actos ha sido notado y comentado nos dolemos y alborotamos como de una perfidia sin ejemplo.

La conciencia dice:—Reflexiona, razona:—el orgullo responde:—No reflexiono ni razono:—la conciencia dice:—Bestia—y el orgullo responde:—Es verdad, soy bestia:—pero continúa exaltándose y gritando: venganza!

¡Con qué variedad de refinados y terribles suplicios somos castigados continuamente por causa de esta desenfadada idolatría hacia nosotros mismos!

Mortifican nuestro orgullo ofensas pequeñísimas, que nos hacen el efecto del anuncio de una gran desventura: nos alcanzan en medio del pecho que de sus resultas quedamos como sin sangre, ó hacen correr fuego por nuestras venas de los piés á la cabeza; pesadumbres de nada que nos causan como el tétanos del alma; palabras insignificantes para quien las dijo y para los demás que las oyeron, que nos dejan como acribillados por dentro, y hacen en el alma el trabajo de la *trichina spiralis* en el cuerpo: se multiplican en una miriada de dolorosos pensamientos que nos comen vivos; monosílabos que cuanto más se mastican más amargan el alma, y cuando se cree haber apurado hasta la última gota de esta amargura, arrójanos de improviso nuevas heces que nos hacen comenzar á sufrir: ligerísimas sonrisas, que producen odios salvajes, fantasías locas de venganzas sangrientas, imprecaciones de desventura y de muerte que nos hacen prorumpir á solas en torrentes de feroces injurias.

¡Y como nos ayuda en esto la memoria!

Se olvidan desdichas, profundos dolores, gentes que nos causaron graves daños, de los cuales aun

palpamos las consecuencias, pero todas las más ligeras heridas hechas en el orgullo, los rostros, las palabras de todos aquellos que las abrieron, quedan impresos para toda la vida con maravillosa firmeza: vuelven á la mente al cabo de muchos años, de noche, confundidos entre multitud de serenos y benévolo pensamientos y todo lo turban, hierva nuestra sangre, y llegamos á concebir algunas veces el deseo, el propósito, de buscar á aquella gente y hierirla de lejos, mortificarla, hacerla sufrir de algun modo.

Al ser heridos, más que la misma herida, nos espanta y hace penar el presentimiento del larguísimo tiempo que llevaremos la cicatriz, la prevision de las infinitas veces que se abrirá espontáneamente, de los mil pesares é inútiles esfuerzos que hacemos para libertarnos de semejante idea.

Quedamos aterrados ante la vergüenza de que se llegue á saber qué parte ocupa en nuestra vida el recuerdo de una insignificante mirada á la que dió importancia una injusta pretension de nuestro orgullo; y que tal cual ofensa clara é inmerecida nos pareciese tal vez ménos dura que la involuntaria y compasiva sonrisa con que fué escuchado un chiste nuestro desgraciado.

Entre mil rostros que nos expresen estimacion ó

respeto, vemos tan sólo, aquel que por un momento exprese sentimiento diverso: aquel sobresale entre todos, se hace enorme, proyecta su sombra sobre mil placeres, y nuestro orgullo se irrita y retuerce bajo su vista como serpiente tronchada.

¿Quién podrá decir todas las tonterías y todas las niñadas que nos hace cometer el orgullo?

La mayor parte son tan extrañas y mezquinas, que no las creemos posibles hasta que nosotros mismos las hemos cometido.

Un amigo vuestro vive hace un mes encerrado en su casa; lo creeríais absorto en estudios profundos, ó sumergido por entero en un amor misterioso y olvidado del mundo. Ni por idea. Está allí, solo, como un perro, comido por el enojo, rabioso de la soledad que él mismo se impone: ha sido herido en su orgullo, en el círculo de sus amigos y quiere vengarse de ellos, privándoles de su presencia; cuenta los días que pasan é imagina con complacencia los comentarios que harán acerca de su salvajismo, que al fin será interpretado como desprecio.

Después de lo cual volverá entre sus amigos satisfecho y reconciliado.

Otro, por un poco de tiempo no abre la boca más que raramente para decir alguna palabra fría y desdeñosa, y escucha las conversaciones de los ami-

gos con continua sonrisa sardónica que finge querer disimular.

Creeréis que esta actitud suya, sea motivada por algun gran desengaño que ha cambiado su alma, disgustándole de todo y de todos: ni por sueño. Todavía hará aquella cara por algunos días, hasta que se canse de fingir, para vengar su orgullo de la poca cuenta en que le parece que sus amigos tuvieron un juicio suyo emitido en una discusión del mes anterior.

Otro, de poco tiempo á esta parte, se ha hecho descortés, irascible, maldiciente, imposible de reconocerle dada su conducta anterior. ¿Qué le ha pasado? Nada. Ha entrado en la edad crítica del orgullo, en ese período intermedio entre la juventud y la edad madura, largo ó breve según los temperamentos y caracteres, en el cual, el hombre, sintiendo que le falta alrededor la benevolencia indulgente que el mundo concede á los jóvenes y viendo alejarse la meta de su ambición, despechado, levanta las propias pretensiones para sostener su orgullo.

Nuestra mente no puede concebir la inmensa variedad de las venganzas públicas ó secretas en que se apasiona el orgullo.

Por una pequeña lesión en él que se recibe en el círculo de los amigos, algunos emprenden largos via-

jes, de los que vuelven afectando desprecio ó indiferencia profunda por la propia ciudad ó por su misma patria.

Muchos se enfadan también con quien no les ofende; se separan bruscamente, con doloroso sacrificio, de una sociedad que aman, para hacer caer sobre los ofensores el resentimiento de los demás.

Hombres laboriosos y útiles, permanecen por mucho tiempo voluntariamente, mano sobre mano, con grave perjuicio propio fingiendo un abatimiento que no sienten para hacer avergonzar á quien le eche en cara el ocio á que ellos mismos se condenan.

Otros llevan á término obras fatigosas y gloriosas, movidos, sostenidos solo por el propósito de humillar con su triunfo á determinada persona; algunas veces á un amigo, que ha herido un día su orgullo con una palabra desconsiderada, y al que en tanto se muestra la más cordial amistad.

Mil sacrificios nobles, mil actos generosos se acometen continuamente, que todos admiramos y en que nadie sospecha un segundo fin; y se acometen para vengar el propio orgullo, herido por una sonrisa, por una broma, por una ilusión, por una bagatela, de que la ofensa misma no se atrevería á mostrarse ofendida abiertamente.

\*  
\*  
\*

Una vasta guerra astuta é intrincadísima se traba por el orgullo, continúa encarnizada, sin rumor y sin escándalo, con sátiras embozadas, con veladas impertinencias, con saludos amanerados y fríos, con expresiones mudas de desprecio y de burla; una guerra sin tregua y sin piedad, que permanece oculta bajo la necesaria cortesía exterior del comercio social.

Cada noche, en la ciudad en que vivimos, millares y millares de personas entran en casa heridos en el orgullo por la punta finísima de una palabra ó de una mirada que ellos solos han comprendido.

Millares de cabezas inquietas se revuelven sobre la almohada, meditando una revancha para el día siguiente; combinando palabras, preparando actitudes del rostro, buscando pacientemente el lado más sensible del orgullo de los que le han ofendido, para vibrar sobre ellos el golpe vengador.

Hombres fuertes y valientes, tocados en aquel lado

se quejan como niños; mujeres tímidas y flacas, tiemblan de ira viril; viejos ya cansados de la vida, descienden todavía á venganzas de niños; gente de naturaleza voluble y ligera, encuentran en el orgullo herido la fuerza de perseverar en crédula frialdad ó en largos silencios soberbios de los cuales no serían capaces cuando tuvieran que vengarse de un delito.

Ligeros resentimientos, se convierten poco á poco en odios profundos que estallan despues en actos violentos y terribles; fórmanse vastas conjuraciones tácitas de pequeños orgullos contra un orgullo grande, que caerá acribillado por cien mil alfilerazos; hombres de ingenio torturados tambien delicadamente por la gente oscura que les circunda, se envilecen y pierden; caracteres buenos y generosos, se desnaturalizan lentamente; gente que podría ser feliz, se tortura el cerebro y se daña el alma en contiínuas peripecias de ofensas y defensas, de pequeñas victorias y pequeñas desconfianzas, en las cuales acaba siempre por llevar la peor parte.

La batalla se dá en todas partes y en todas las formas; en los ángulos de la calle, en las pocas palabras que se dicen dos amigos al detenerse; en los saludos que se dirigen los vecinos de casa por la escalera; entre frase y frase de graves discursos en la Academia; bajo el velo de los cumplidos, en los saludos;

de palco á palco en el teatro; entre amigos íntimos, entre próximos parientes, entre personajes altísimos y gente humildísima, entre personas que no se conocen, que se encuentran juntas por casualidad en un sitio público, que saben que no han de volver á verse quizás nunca, despues de aquel pequeño y rapidísimo duelo á ojos, trabado entre los dos orgullos, al encontrarse por un momento frente á frente.

Cada cual lleva su orgullo como una armadura de sutilísimo cristal, y está contiínuamente atento á evitar los golpes y á pasar la mano por su aparato; y contiínuamente las armaduras chocan, suenan, se despedazan, dejando en la carne infinidad de pedacitos clavados, que hacen sangrar hácia dentro, obligándonos á cuidados incesantes, á una fatiga afanosa é ingrata, de la cual se acorta la vida mucho más que de los grandes dolores.

Cada cual tiene una manera propia de defender su orgullo y de proporcionarle el alimento que necesita de continuo. La variedad de los orgullosos es infinita.

Los hay austeros é inflexibles que no se paran ante ningún sacrificio, aun los más duros: que no piden ni conceden nada y no están satisfechos más que de sí mismos.

Los hay que lo conceden todo á todos, para gozar la libertad de alabarse á sí mismos, que para ellos es una necesidad imperiosa como necesidad física; y son como dos personas en una sola, de las cuales la una obra y habla, la otra aprueba, encomia, aplaude y admira, sin reticencias y sin reservas.

Hay orgullosos modestos que convierten la modestia en una armadura que hace invulnerable su orgullo, y pueden tratarse años y años antes de descubrirse un resquicio por donde aparezca su verdadera naturaleza.

Otros hacen como aquellos insectos que se esconden en el polvo para no ser devorados; afectan una cierta grosería de índole ó una especie de indiferencia que parece desprecio hácia sí mismos, para preservar su orgullo de las provocaciones y golpes de los orgullosos de otros.

Hay también orgullosos ciegos, tan llenos de sí, tan persuadidos de ser superiores á los demás, tan seguros de ser admirados y tan satisfechos de los actos propios, que no sienten ninguna de las mil pequeñas ofensas del mundo, porque no creen posible que nadie se atreva á ofenderlos. Y á menudo respetan el orgullo de los demás, no por prudencia, sino por mera gratitud.

Hay orgullosos brutales y petulantes á un tiempo, que no sienten ninguna humillación; que, derrotados mil veces, se levantan más imprudentes que antes, y destrozados y cubiertos de salivazos, continúan siendo soberbios con aquellos mismos de que han recibido la afrenta y llevan toda su vida la máscara del orgullo manchada con la huella de mil manos.

Los hay espasmódicos, los cuales sufren tales tormentos al menor choque, que pierden la cabeza y no están en situación de reflexionar, dejando aparecer tan claramente su sufrimiento, que mueven á compasión y hacen caer las armas de la mano de los ofen-

sores, de manera que es el exceso mismo de su orgullo lo que en muchos casos le preserva de toda humillacion.

Hay orgullosos astutos que jamás ponen en peligro su propio orgullo; que cuando se presenta un peligro se retiran diestramente evitando prudentemente los choques.

Hay orgullosos rastreros que se humillan para recoger la limosna de una caricia que compran, una satisfaccion con cien vergüenzas, no cuidándose siquiera de ocultar su manejo, contentándose con recibir en cambio de su adulacion, una apariencia siquiera de obsequio, tras la cual se adivina el desprecio.

Y con cada manera diferente de orgullo tenemos un modo particular de conducirnos para dejar á salvo los intereses del nuestro. Hay orgullosos ridículos á que no se toca y á los cuales concedemos todo cuanto quieren, porque dan un espectáculo de sí mismos; orgullosos quiméricos que atacamos de vez en cuando, regularmente y de propósito para hacerlos entrar de nuevo en los confines de lo tolerable en los cuales permanezcan tranquilos por un poco de tiempo cada vez que se creen satisfechos; orgullosos que pretenden mucho, á los cuales acordamos alguna cosa de buen grado, porque sus pretensiones se detienen delante de nuestros derechos y estamos seguros de que todo lo que concedemos nos será restituido.

\*  
\*  
\*

Tambien las amistades más íntimas tienen en cuenta un pacto tácito que el orgullo de uno ha hecho con el orgullo de otro. Ya se sobreentiende que cada uno de los dos debe sacrificar al orgullo del amigo una parte de su sinceridad, de su libertad de juicio y de su amor propio, y que los sacrificios deben ser paralelos. La atencion de ambos está continuamente fija en tener en el fiel la balanza.

Es un trabajo que se hace en todas las conversaciones entre dos amigos y que se revela en brevísimas frases, durante las cuales hace cada uno rápidamente la cuenta si está en débito ó en crédito, en furtivas miradas con que procura leer en el rostro del otro si está satisfecho de la compensacion que ha recibido ó si pretende todavía alguna cosa por medio de cambios repentinos de entonacion con los cuales se dá á entender que se espera un resarcimiento.

Es un sucederse no interrumpido de ligerísimas ofensas involuntarias de reparaciones prontas, de agi-

lísimas paradas, de resentimientos y reconciliaciones instantáneas, un juego de esgrima del orgullo, tan rápido y hecho con armas tan sutiles y golpes tan ligeros, que se escapa la mayoría de las veces á la penetración de un tercero, por más agudo observador que sea.

El amigo que un día está por encima, se baja un poco al día siguiente, espontáneamente, para ajustar la partida; aquel que alcanza una pequeñísima ventaja la demuestra casi siempre con anticipación, con un refinamiento de cortesía. Es un arte delicado y difícil que se aprende lentamente.

Aquel período de incertidumbre que precede á la amistad íntima entre dos personas, no es más que una serie de pruebas y experimentos con los cuales uno procura averiguar con qué condiciones podrá obtener del orgullo del otro, aquello que el orgullo propio reclama.

Se hacen contratos singularísimos. Existen amistades fundadas sobre un convenio, según el cual, uno de los dos, que es hombre preclaro debe fingir una indiferencia absoluta por su fama y no decir jamás una palabra del arte, de la ciencia ó de los hechos á los cuales la debe, y no colocar jamás la conversación sobre un camino en que pueda valerse de la superioridad de su estado ó de su ingenio; amistades en las

cuales se ha establecido que cada cual muestre reconocer y admirar en el otro un precio particular de que los dos se burlan secretamente, sabiendo que los dos se burlan; amistades entre personas orgullosísimas que se mantienen sobre el pacto de que sea rechazada toda discusión sobre un objeto dado, ó interrumpida desde el principio; habiendo sido reconocido por los dos que su orgullo no lo puede resistir, ni siquiera con la cautela de la más fina cortesía.

Sin embargo, también entre amigos experimentados, chocamos de continuo; ciertos artículos del tratado se olvidan ó se interpretan mal, ó se quieren falsear con subterfugios; por esto vigilamos siempre; y del trabajo fatigoso de la imaginación y del ánimo que nos cuesta esa vigilancia nos resentimos especialmente cuando cesa; y cuando nos ocurre entretenernos con una persona extraña á los intereses y á la vanidad del mundo en que vivimos, entonces nos sentimos más libres con ella que con el más íntimo de nuestros amigos, porque podemos deponer por un momento la máscara y las armas del orgullo y hablar sin combatir.

Todas las demás pasiones nos dan alguna tréguar: esta es la única que no nos abandona jamás. Si en algún momento nos parece estar libres, porque confesamos espontáneamente defectos y errores que pueden enajenarnos la amistad de los demás, nos engañamos; los confesamos para presentarlos bajo un aspecto favorable ó porque el placer que damos á nuestro orgullo hablando de nosotros mismos, es más vivo que el temor de bajar un poco en la estimación de quien nos oye.

Si alguna vez creemos estar libres del orgullo, porque perdonamos fácilmente ciertas ofensas, nos engañamos también, porque nos las hace perdonar el orgullo mismo, que encuentra en esa apariencia de grandeza de ánimo una satisfacción más fuerte y ménos peligrosa que la de la venganza.

Si en ciertos períodos de tiempo creemos no ser más orgullosos porque vivimos retenidos y no buscamos satisfacciones del orgullo, y las desprecia-

mos realmente, buscamos deslumbrar también en esto: nuestro orgullo es más vivo que nunca, pero ha echado sus cuentas, ha reconocido que la satisfacción que buscaba y obtenía, no bastaba á compensarle de las amarguras inevitables, y ha renunciado á la una para librarse de la otra.

Algunas veces creemos muerto el orgullo en un amigo nuestro que de duro y soberbio se ha vuelto afable y sonrío á los alfilerazos que ántes le llegaban al alma; es otro enteramente; tiene por lo visto alguna gran satisfacción secreta, en la cual su orgullo encuentra todo el pasto que se necesita y en él se encierra y se sácia, sin necesidad de otra cosa: lo volvemos á encontrar duro y soberbio cuando se le acaban las provisiones.

Creemos privados de orgullo por cierto tiempo á algunos amigos sencillos y flexibles que gozan en todo y que nadie ha logrado irritar jamás; y un día, una broma repetida por milésima vez, es como una chispa que hace estallar en ellos un orgullo enorme y salvaje que se había acumulado en silencio, lentamente, y que reivindica en un momento sólo, gritando, todos sus derechos desconocidos.

En otros, que siempre habíamos encontrado humildes y descuidados de sí mismos, descúbrense,

después de mil años, una especie de orgullo parcial en que se refugia toda su soberbia, que no se revela como no se la hiera en aquel punto.

Amigos que son los últimos en nuestro círculo, privados de todas dotes, oscuros entre los oscuros, olvidados de todos, tímidos y prontos á bajarse delante de todos, descubrimos después de largo tiempo que ocupan un lugar en el mundo, un pequeño grupo de personas más oscuras que ellos; en medio de las cuales tienen pequeñas orgías secretas de orgullo, derrochando virtudes y mostrando pretensiones que ignorábamos, con una petulancia de que nadie se rebela.

Llegados á cierta edad creemos que se ha consumido nuestro orgullo; pero nos engañan las apariencias. El orgullo nos hace sufrir ménos porque la experiencia nos ha enseñado á defenderlo mejor, á contenerlo prudentemente; con hipocresía, con mil artes prodigiosamente ingeniosas, las cuales se nos hacen tan habituales, que acabamos por usarlas inconscientemente.

Poco á poco reducimos el círculo de nuestros amigos á aquellos pocos de los cuales no tenemos nada que temer. Con maravillosa finura de olfato evitamos todos aquellos encuentros en los cuales nuestro orgullo se puede despuntar los cuernos.

Nuestra parte de satisfacción no la publicamos á voces, como hacíamos en nuestra juventud: la arrancamos buenamente á la gente, sin darnos aires de desearla.

Cuando se experimenta alguna gran satisfacción de amor propio, no lo hacemos con propósito de ir á buscar alabanzas entre la gente; permanecemos ocultos esperando que el tiempo mitigue el resentimiento del orgullo de los amigos y los vuelva á hacer benévolos.

Al recibir ciertos alfilerazos no nos dejamos llevar del resentimiento; sabemos disimular perfectamente. Sabemos en ocasiones arrojar como pasto á los amigos la parte ménos vital de nuestro orgullo y ayudarnos á triturarla para salvar la parte más delicada.

Logramos prevenir las ofensas más graves, mostrando particular indiferencia para todas aquellas cosas en que á todos parece natural que debíamos ser más sensibles.

Así es el orgullo. Todos tenemos un rincón profundo en la conciencia, en el cual no reconocemos absolutamente la superioridad de otro; en el cual nos afanamos para amontonar argumentos para persuadirnos de que en ciertas ocasiones, dadas tales circunstancias favorables, seremos capaces de hacer las mayores y más admirables cosas, y que ayudados de un modo ú otro por la fortuna ó por los hombres, llegaremos á donde queramos: un rincón en el cual nos ingeniamos continuamente para roer y deformar de cualquier modo, no solo los amigos que nos son superiores por cualquier dote del alma ó del ingenio, sino también los colosos famosos de la virtud y del pensamiento que admira el mundo; un rincón en que, faltando toda otra cosa, alimentamos nuestro orgullo con la presunción fantástica de los tesoros que deben existir en nosotros, desconocidos de nosotros mismos, y que sin duda un día saldrán á la luz; un rincón en que bullen y espuman mil soberbias locas, desprecios temerarios y villanos rencores del orgullo, que presentarían al juicio de un extraño, el aspecto que ofrecen al microscopio, los infusorios de una gota de agua: un vertiginoso torbellino de mónstruos pequeñísimos de formas extrañas, ridículas, horribles, inexplicables, que se destruyen, se reproducen, se enroscan, cambian, mo-

viendo furiosamente sus pequeños miembros en un diminuto mundo ignorado.

Este sentimiento del orgullo penetra y corrompe todos nuestros afectos y todos nuestros pensamientos. En el trabajo intelectual á cada nueva idea nos detenemos para juzgar la ventaja que nuestro orgullo podrá obtener; despues de toda expresion noble de afecto, hacemos una reflexion como para dar lugar á que se satisfaga el orgullo; antes de experimentar un sentimiento vivo de admiracion, antes de dar una alabanza que el corazon nos dicta, preguntamos al orgullo si tiene algo que oponer.

Encontramos á cada momento en nosotros, sentimientos de los cuales pudiéramos estar altaneros como de señales de grandeza de ánimo, y subiendo con el pensamiento á sus orígenes descubrimos que no son más que la trama de vasta tela urdida secretamente por nuestro orgullo.

No tenemos fuerza para meternos en ninguna empresa, si el orgullo no ha de ganar alguna cosa; á cien satisfacciones de la conciencia, antepone una de los placeres agudos y pasajeros que vienen del orgullo; preferimos despreciarnos, sirviéndole, que estimarnos rebelándonos á su señoría.

Llegan días en que aparece más claramente que de ordinario la vanidad ridícula de esta lucha universal, en la que somos semejantes á las personas de una muchedumbre, que se levantan todas sobre la punta de los piés, sin pensar que no ven así más que si permanecieran todas con los talones en tierra; días en que estamos imprevisiblemente disgustados del orgullo que nos hace esclavos de todos, condenándonos á mentir, á fingir, á adular sin tregua ni descanso; y entonces tomamos la resolución de curarnos de nuestra enfermedad con hierro y fuego y empezamos á combatir nuestro orgullo con todo el ardor con que antes le servíamos, le infligimos voluntariamente humillaciones, nos esforzamos en alabar á gente que denigrábamos, reconocemos los méritos de todos, nos despreciamos abiertamente á nosotros mismos, nos tenemos por lo que somos y experimentamos un placer desconocido, un sentimiento de tranquila independencia, que nos hace gozar una nueva vida.

Pero ¡ay de mí! mientras creemos triunfar en la lucha, secretamente, un nuevo orgullo que no reconocemos al primer aspecto, nace del antiguo orgullo destrozado.

Quisiéramos que la victoria que alcanzamos cada día sobre nosotros mismos fuera conocida y honrada;

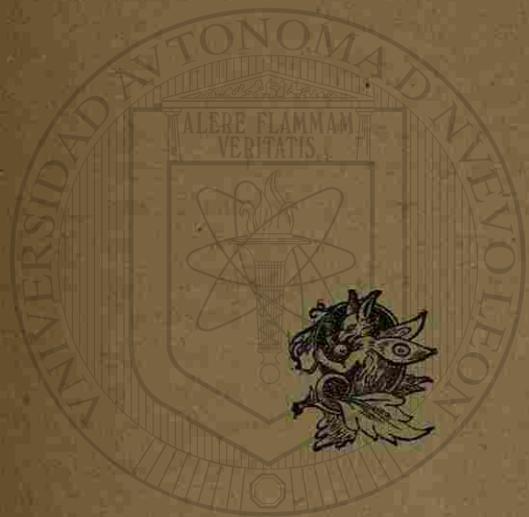
y viendo á lo mejor que nadie la comprende y que todos se afanan por colocar su orgullo sobre nuestro cuello, desanimados renunciamos á la prueba.

En verdad, no procuramos otra cosa que conducir el orgullo á su fin, con nueva astucia: obligándole á hacer el muerto.

Comprendemos cuál sería el medio único y seguro de librarnos: lo que pedimos al orgullo, buscarlo en la conciencia; elevarnos dentro de nosotros mismos, en vez de levantarnos sobre la cabeza de los demás, abrir en lo profundo del alma una fuente de placeres y consuelos que derive de nosotros y baste á nuestra vida.

Pero la magnitud de la empresa nos espanta, y acabamos siempre por recaer en el orgullo, al cual nos condena nuestra debilidad y nuestra villanía.





ALTAS Y BAJAS

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



®

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## ALTAS Y BAJAS



N amigo, aún siendo íntimo, jamás es, durante treinta días seguidos, el mismo hombre para nosotros.

Mil pequeñas causas que residen casi todas en nuestro orgullo, le cambian á cada momento á nuestros ojos, lo alejan, lo acercan, lo levantan en alto, lo hunden en la tierra, nos le hacen aparecer hoy un hermano adorable, mañana un amigo dudoso, al día siguiente enemigo odiado, obligándonos á perpétua disputa íntima, sobre su naturaleza y sus actos, de la que se deriva una série interminable de sentencias, continuamente negadas, modificadas, anotadas y corregidas.

Si nos lo representamos en la imaginacion al cabo de pocos años, en todos los aspectos bajo los cuales lo hemos visto y juzgado, veremos una anchísima

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

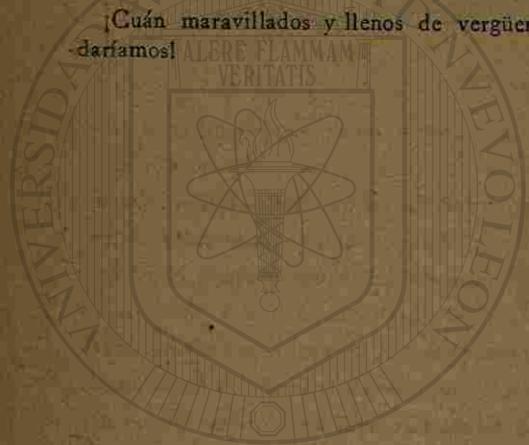
BIBLIOTECA DE LA FACULTAD DE CIENCIAS

"ALFONSO GARCÍA" 1961

No. 1628 MONTERREY, MÉXICO

fila de fantasmas semejantes á las figuras que dibujaría un pintor que reprodujese cien veces la misma persona, dándoles todas las formas posibles desde la belleza más noble á la más grotesca caricatura, sin cambiar jamás su verdadera fisonomía.

¡Cuán maravillados y llenos de vergüenza quedaríamos!



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

\*  
\* \*

Para persuadirnos, no tenemos sino consignar sinceramente, día por día todo cuanto pensamos y sentimos de cualquiera de nuestros amigos más íntimos, y repasar nuestro diario, después de trascurrido un período de tiempo suficiente para borrar de la memoria los detalles.

¡Ah, hombres sensatos y graves que habláis, con voz profunda y echando al aire el índice de la mano derecha, de "firmeza de carácter" y de la "lógica de la conducta" haciendo un esfuerzo al final del período, para no aduciros vosotros mismos como ejemplo! No lo neguéis: vosotros también, abriendo vuestro cartapacio, leeríais algo parecido á las páginas que siguen, escritas por un pobre diablo, ligero como una pluma y variable como el *Hibiscus mutabilis*.

Y si vuestro cuaderno fuese diferente, bien puede asegurarse que no será muy sincero.

## DIARIO

.....  
 .....  
 "Esta mañana le he encontrado: ya hacía tiempo que no lo veía. Jamás vi cara tan serena y simpática.

Se alegró de veras al encontrarme.

Su sonrisa estaba llena de bondad, la mirada limpia y dulce, la voz afectuosa; una de esas expresiones de cara, que, por más que se diga de la *máscara del semblante*, no pueden mentir y no se encuentran más que entre la gente buena y noble, cuando se halla animada por un afecto delicado.

Es un buen muchacho. Cuando tenga algun resentimiento con él, bastará para desvanecerlo, que recuerde su aspecto de esta mañana; necesito tenerlo siempre fijo en la mente porque es la expresion definitiva de su naturaleza.

Cada cual tiene cierto gesto en la cara, difícil de verse y siempre fugitivo, en el cual se revela uno por entero, y que es como grito involuntario que delata el secreto de una vida entera. Podríasele llamar "la última palabra de la fisonomía." El rostro de mi amigo me ha dicho esta mañana su última palabra.

Confío que habrá comprendido el placer y la gratitud que ha dejado en mi corazón.

Sin embargo, de vez en cuando, hasta él mismo tiene tambien en la punta de la lengua, alguna gotita de veneno.

Aquella ironía suya de ayer tarde, aunque al parecer no llevaba segunda intencion, se dirigía á mí sin duda.

A esto pudiera llamarse "los anónimos de la conversacion" pequeñas alusiones punzantes, bastante claras para que el amigo comprenda que son para él, pero no tanto que le den el derecho de contestarlas.

Esto me desagrada. Méenos me hubiera disgustado si me hubiera hecho la indicacion directamente. En toda alusion hay malignidad. Sin duda me la preparaba hacía tiempo. Esto no es noble.

Lo peor del caso es que de las muchas contestaciones con que hubiera podido pararle los piés, ninguna acudió de pronto á mi cabeza. Cuando me

acudieron era ya tarde: hubiera hecho la figura de esos muchachos que sueltan de repente una cox en medio de una conversacion amistosa, para vengarse de una afrenta de la semana anterior, de la que se acuerdan en aquel momento.

Mejor es olvidarlo.

Tambien las más nobles naturalezas se dejan llevar algunas veces á estas pequeñas bejezas de damisela...; pequeñas, pero irritantes.

Hace muchos dias que no lo veo. Cuando un amigo nos ha herido el amor propio debemos encontrarlo pronto para hacernos curar por él mismo. No viéndolo, insistimos mentalmente en la causa de la herida, que se ensancha, se inflama, se exagera y acaba por hacernos gritar como úlcera peligrosa.

Aquella alusion maligna me escuece hoy más que el primer dia. No es una cosa ligera como me parecía. Corresponde ciertamente á un órden de pensamientos secretos, á un nudo de sentimientos, si no

precisamente malvados, al ménos dudosos, que abraiga contra mí en el fondo de su alma.

Si conmigo deja escapar una alusion, con otros expresará abiertamente su pensamiento; tal vez lo ha expresado ya muchas veces. Es preciso que, al ménos, le haga comprender que he leído en su corazon.

Pero no me decido á incluirlo en el haz de los falsos amigos, si bien su último flechazo, me recuerda otros que he recibido de él, y se me representan ahora todos juntos.

Es singular cómo todos van dirigidos al mismo punto, lo que prueba que tiene alguna carcoma contra mí. Este pensamiento me revuelve la bilis.

¡Con que él tambien finge! Me parece que al volverle á ver, no podré contenerme y le diré, con el cuidado debido, una de esas frases que llegan al hueso.... La busco.

¡Qué cosa más extraña! Apenas lo he visto, desconfianza, rencor, propósitos malignos, todo se ha

desvanecido en un momento y estuve con él, más cortés y benévolo que de ordinario, sin ningún esfuerzo, como si sintiese necesidad de hacerme perdonar los malos pensamientos que bullían en mi mente hasta ahora. Por fuerza ha debido él leer en mis ojos un poco de vergüenza.

Me encontré libre de pronto, como si me hubieran quitado un lazo de la garganta: estaba contento. Sin duda él ya no se acordaba de las palabras con que me hirió, y ni siquiera debió sospechar mi resentimiento. Es delicado y sincero. También puede ser que yo me haya equivocado.

Seguramente existe, entre amigos íntimos, una especie de influencia benigna de la presencia que disipa los pensamientos hostiles á que nos dejamos llevar unos contra otros en los apasionados soliloquios del amor propio.

Otra vez, cuando sienta nacer un rencor, iré á buscarle y bastará su hermosa presencia para sofocarlo. En adelante procuraré ser ménos fácil en dar cuerpo á las sombras.

Tiene ingenio; la razón estaba de su parte en la disputa que sostuvo ayer con sus amigos. Pero dogmatiza demasiado y tiene un modo de arrellanarse sobre el respaldo de la silla, á cada fin de tirada y cierta entonación de voz que revelan una persuasión de sí mismo, un tanto impertinente para los demás.

Algun ligerísimo movimiento de hombros, con que acogió mis últimas observaciones, aunque poco pronunciado, no me agradó.

Nos equivocamos, y yo el primero, expresándole demasiado á menudo y con excesivo calor, el aprecio que hacemos de sus facultades intelectuales. Parece un poco hinchado.

Es preciso que busque medio de tenerlo á raya, ó acabará por tratarme como su ayuda de cámara.

Porque tiene ingenio, es hombre de buena pasta y un apreciable amigo; pero en el fondo, vamos, no puede decirse que sea un modelo de caballero; le falta la última mano. Es preciso que alguien se lo advierta para que llegue á corregirse.

Comprendo por qué á muchos no acaba de gustar. Aquel movimiento de hombros fué notado; esto me enfada; no lo consiento. Su padre era lo mismo, según se dice.

Hay verdaderamente encuentros afortunados entre amigos.

Esta mañana estábamos los dos de buen humor, hemos tenido una conversacion viva, rápida, alegre, animada, tocando cien registros, de acuerdo sobre todo desde la primer palabra, escuchándonos recíprocamente sin sombra de esfuerzo, cambiando ideas nuevas y conocimientos útiles, comprendiéndonos al vuelo en todo, diciéndonos naturalmente, como si escapara á pesar nuestro, palabras delicadas que jamás nos habíamos dicho, encontrando expresión fácil y aguda á todos nuestros pensamientos; y nos hemos separado contentos uno de otro, con vivísimos deseos de encontrarnos otra vez juntos, como dos cantantes que se han hecho aplaudir en un duo.

Estos son los días azules de la amistad, que recordamos despues por muchos años, como los artistas recuerdan ciertas horas de feliz inspiración que creen no recobrar jamás.

Esta mañana no se le reconocía; se había levanta-

do entónces; tenía las megillas pálidas, los ojos entrecabiertos, la lengua pesada, una verdadera cara de atontado y no lograba enjaretar cuatro palabras seguidas.

Durante media hora no ha hecho más que repetir la misma cosa, sus acostumbradas sentencias sobre partidos políticos, que, cambiados los términos, le oigo decir hace tres años.

Me fastidia. Hay pocas cosas que enojen tanto como hablar con una persona que se encuentra en un estado intelectual que os obliga á refrenar el curso del pensamiento y de la palabra para ir al paso con ella.

¡Cómo cambiamos de hora en hora, santo Dios! No quisiera que fuese cierto que me ha fastidiado.

Hace un poco de tiempo que no dá señales de su existencia. ¿Se habrá enojado por alguna de mis palabras la última vez que hablamos? No; lo más probable es que no se deje ver, porque ni siquiera se acuerda de mí. Irá con otros de sus amigos. Aun

cuando siempre me ha demostrado amistad, la simpatía natural le empujó más hácia ellos que hácia mí.

En mí encuentra algunas veces la resistencia de la sinceridad, y aquellos se lo pasan todo. Siempre ha sentido la necesidad de dejarse pasar la mano por la espalda.

Y son más aparentes que reales las semejanzas que creíamos encontrar entre nuestras naturalezas. Somos como dos copos de la misma forma que contienen líquidos del mismo color; pero uno es malvasía de Liparí y el otro aceite de Lucca.

Será él la malvasía, pero jamás nos podremos confundir. Ahora parece que haya encontrado naturalezas más afines. ¡Que haga lo que mejor le parezca!

Sabe que no estoy bien, y no le he visto la cara tampoco. ¡Qué villano!

Hé aquí, por ejemplo, un querido consuelo. Las palabras que dijo en mi defensa aquella tarde, disputando con un enemigo mio, y que me han contado hoy, despues de tres meses, son verdaderas palabras de un amigo de carácter y de corazón. Así se siente la bondad y la delicadeza del alma. ¡Amigo valiente!

Esta es una prueba de amistad que vale más que mil refinadas cortesías, una prueba que no olvidaré jamás y que me avergüenza de la versatilidad de mis juicios sobre él.

Cambio de opinion tambien acerca de ciertas cualidades tuyas, pero jamás la he cambiado sobre el fondo de su índole que es noble y honrada.

Es de todo punto preciso que busque ocasion de darle una prueba de mi gratitud, en vez de expresársela con palabras. Mientras tanto hoy he experimentado profunda satisfaccion hablando muy bien de él, y he sentido por vez primera cuán exquisito placer es alabar, cuando la alabanza sale del corazón impetuosa y limpia, como una vena de agua primaveral.

Sí, cuando más lo experimento más me persuado de que hemos nacido para entendernos y para querernos bien.

¡Con qué bondad y con qué agrado me hacía espaldas en la discusión ayer tarde! Cuando le parecía que estaba escaso de argumentos, venía en mi auxilio con una observación oportuna y sutil que me sacaba del atolladero; cuando soltaba una razón victoriosa, reparé que gozaba: lo comprendía por la sonrisa que brillaba en sus ojos y que no dejaba bajar á los labios, por no exasperar á mi adversario. Estuvo delicado, y con una delicadeza finísima, llena de golpes afortunados. Si hubiese estado en su lugar, tal vez no hubiese hecho otro tanto.

Me veo obligado á reconocer que vale más que yo y más que todos mis amigos: se lo diré ó le haré comprender que lo pienso así, porque lo merece y yo siento el deber de lavar mi conciencia de más de una mancha.

El me estima, tal vez más de lo que yo le estimo y es una injusticia de la cual estoy avergonzado y orgulloso.

Hoy ha sido otro buen día. Tenía un disgusto y su compañía me ha consolado. Mi padre no hubiera encontrado palabras más afectuosas y más eficaces que las suyas para devolverme la calma.

Es verdad que en casos semejantes, la elocuencia es fácil porque deriva en gran parte del placer que se experimenta de no estar en la condición dolorosa, de la que se quiere consolar al amigo.

Pero no; su voz estaba conmovida, sus palabras eran sinceras. Y yo sentía una gratitud tan viva mientras hablaba que le hubiera echado el brazo alrededor del cuello y le hubiera dado un beso, si no hubiese temido mostrarme, con aquella expresión de gratitud alegre, demasiado fácil para ser consolado de un dolor profundo.

Pero deberé tolerar muchas durezas y muchas injusticias tuyas ántes de tener el derecho de rebelarme. ¡Bueno y querido amigo! Creo que no me encontraría si tuviese que vivir mucho tiempo sin él!

Hay días en que, ni siquiera con el más querido amigo se consigue estar de acuerdo, por más

esfuerzos que se hagan. Son los días grises de la amistad.

Esta mañana había cierta mala voluntad por parte de los dos, no derivada de animadversión, ni de otra razón que turbase en uno á otro el sentimiento de la amistad; mala voluntad nacida no se de qué, pero invencible, que pesaba sobre los dos como plancha de plomo.

La conversación se cortaba á cada momento; no había medio de entendernos sobre ningún asunto; nuestras palabras frías y secas, chocaban en el aire y caían al suelo.

Ni uno ni otro teníamos el rostro abierto y franco; no conseguíamos dar á nuestra mirada ni á nuestra voz la expresión usual de benevolencia; no teníamos más que sonrisas forzadas, no tomábamos más que actitudes fingidas de gente preocupada. Y lo que nos preocupaba más era el temor que tenía cada uno de que el otro creyera que estaba en disposición malévolá respecto á él.

Nos hemos separado descontentos, pero dándonos cuenta los dos, de la verdadera naturaleza de nuestro desacuerdo.

Poco faltó para que al separarnos no nos dijéramos uno á otro:

—Otra vez irá mejor la cosa.

Como dos concertistas después de un fiasco. Estábamos en desacuerdo los dos; no es otra cosa.

Ayer tarde empezó un discurso como para confiarme un secreto; después lo cortó repentinamente. ¿Por qué? Esto me hizo reflexionar.

En resumen; yo no conozco á este hombre. Lo profundo de su corazón es todavía un misterio para mí, como para él, lo profundo del mío. No nos hemos visto ni uno ni otro en alguna de esas pruebas que ponen al descubierto el alma humana.

¿Sé yo, por ejemplo, si él tiene valor, abnegación, grandeza de ánimo, si colocado en terrible disyuntiva cometería un acto nobilísimo ó una villanía? Los dos nos encontramos en igual condición. La vida que hacemos, concentrada, uniforme, toda pequeñas emociones, ligeros choques, leves peligros, no hace saltar los grandes resortes del alma, no pone en movimiento más que las partes pequeñas del mecanismo. Nosotros no conocemos más que los extremos de nuestras cualidades morales.

¡Sabe Dios qué sorpresa nos daríamos uno á otro si nos pusiéramos recíprocamente á prueba!

Yo lo miraba ayer tarde, y despues de tanto tiempo como le conozco, experimentaba por él un sentimiento nuevo de curiosidad, y casi de desconfianza como si le viese por vez primera y me preguntaba á mí mismo:

—¿Qué habrá escondido ahí dentro? ¿Qué hombre aparecerá al exterior en un momento solemne?

Hé aquí por qué nuestra amistad es como arbolillo que peligra á todo soplo de viento, porque no tiene raíces en un conocimiento profundo de nosotros mismos, que no nos consiente la condicion ordinaria de nuestra vida; y por esto son poco ménos que imposibles entre nosotros las grandes amistades.

No tenemos sino medios amigos ó fracciones menores.

Hoy, mientras estábamos juntos, nos han anunciado la muerte de un amigo comun, no íntimo,

pero estimado de los dos. Hemos quedado un poco tristes y despues de haber ensalzado al muerto durante un cuarto de hora, hemos tomado de nuevo nuestra discusion sobre el origen de un proverbio francés.

Pero de repente, he sentido frio en el corazon pensando que tal vez la noticia de mi muerte no hubiera hecho á mi amigo impresion más fuerte de la que hoy hemos experimentado los dos.

—¿Pero qué te extraña?—me ha dicho de pronto—¿La noticia de la muerte de un amigo te hace llorar jamás? ¿Te hace interrumpir por una hora, un trabajo que te corra prisa acabar? ¿Ha turbado alguna vez tu sueño? Y si experimentaste sentimiento doloroso ¿no fué en gran parte el sentimiento de la fragilidad de la vida, avivado por la prueba próxima que aquella muerte te proporcionaba, tanto que te sentiste consolado á lo mejor, oyendo que el amigo había muerto por efecto de una enfermedad hereditaria, de la cual estás inmune?

Sin embargo, mirando á mi amigo, y representándomelo un cuarto de hora despues de mi fin, muy acalorado discutiendo acerca del origen de un proverbio francés, sentía huir de mi corazon todo efecto por él y me preguntaba si no es verdad

que no existen afectos fuera de los de la sangre, y la amistad no es más que puro ideal.

Y me he separado friamente de él.

Hace quince días que no lo veo, y sin embargo, no dasco su compañía.

Frecuento la amistad de otros, me encuentro bien, y algunas veces, mientras estoy con ellos, el pensamiento de que pudiera venir, me molesta.

Le he visto de lejos, por detrás, y no me ha dado intención de reunirme á él, y aun reprochándome mi indiferencia, no he hecho esfuerzo alguno para vencerla.

He buscado en mí, si tenía alguna razón de resentimiento y no he encontrado ninguna. No sé; pero mis pensamientos y mis sentimientos se han desviado de él naturalmente. Me parece que no tengo nada que decirle y que él no podrá decirme nada que me interese; su imagen se ha desvanecido ante mis ojos.

Es un caso psicológico frecuente, que pudiera lla-

marse síncope de la amistad. Sin duda tenemos los dos necesidad de reforzarnos de provisiones intelectuales y morales para el comercio de la conversacion: nos hemos vaciado recíprocamente y nos hemos detenido los dos á un tiempo.

Nuestra amistad duerme un buen sueño reparador. Esperemos que despierte.

Nos hemos tropezado, por fin, al doblar una esquina. No he sentido gran placer. Él me ha hecho grande agasajo, que me ha extrañado un poco en el primer momento. Despues me lo he explicado. Iba á un almuerzo de amigos... y de amigas. Tenía ante sí cinco horas de placer y de recreo. Sin duda había estado trabajando mucho hasta aquel momento. Y era ciertamente todo esto lo que le ponía tan afectuoso, lo que le hacía pedir perdon con palabras tan amables, por no haberme buscado en tanto tiempo, y lo que ponía en sus ojos una expresion tan afectuosa de inquietud, cuando me preguntaba si era siempre el mismo para con él.

Estaba contento, y ha aprovechado tan buena ocasión para traducir su alegría en demostraciones de amistad. Sin embargo, aquellas demostraciones no eran del todo falsas.

Pero su mayor parte estaba en otro lado. Si le hubiera dicho de repente:

—Ven á mi casa: me ha sucedido una desgracia, —le hubiera visto cambiar de color, por el disgusto de tener que renunciar á la fiesta; no por compasión de lo que me había pasado.

Pero seamos justos: yo haría lo mismo probablemente y aun creo que sobra el adverbio.

Le he echado encima una desgracia, ó mejor dicho, está suspendida sobre su cabeza. Está afligidísimo: he pasado el día en su casa. Es un gran castigo este de escudriñarse continuamente, uno á sí mismo, para no encontrar más que miserias y vergüenzas.

Él no cesaba de darme gracias por la amistad de que le daba pruebas, y yo, al mismo tiempo que

gozaba con sus palabras, tenía la conciencia atormentada por no merecerlas.

En mi interior no sentía ningun dolor por su desgracia; la asistencia que le prestaba, se la prestaba por vanidad, por deseo de parecerle, á él y á la gente que había alrededor, un hombre de corazón, un buen amigo con el cual se puede contar en circunstancias difíciles, y también con el deseo de ligarlo más estrechamente á mí con un servicio que no me costaba nada.

Mientras lo estaba oyendo con los ojos húmedos, moviendo la cabeza en señal de piedad y tristeza, miraba por la ventana abierta las colinas lejanas y pensaba con vivísimo placer en los paseos deliciosos que haría por aquella verdura, el próximo verano, en compañía de algunos amigos cargados de botellas y pollos asados y me separaba de vez en cuando de aquellos pensamientos para hacer cara de hipócrita.

Si mi amigo me pagase mis cuidados de hoy con una bribonada, debía darme por satisfecho. Sin embargo, á la primera descortesía que recibiré de él, diré con seguridad:

—¡Qué ingrato! No se acuerda ya de aquel día...

He tenido una grata emoci3n esta mañana. Me ha cabido la suerte de llevarle la noticia inesperada que le ha tenido lleno de afan y que ha devuelto la paz á su familia. El gozo de ser el primero en anunciarle la buena fortuna, de tener por algunos momentos su corazon en mis manos, de verlo serenarse y brillar sus ojos al sonido de mis palabras, era ciertamente más viva para mí que la que sentía por el hecho mismo que tenfa que anunciarle.

Pero las dos alegrías se han confundido en mi conciencia y cuando mi buen amigo se arrojó en mis brazos, bañándome el rostro con lágrimas, no hubiera sabido decir, cual de los dos era mayor.

Jamás he sentido tanto afecto por él, como este día, en que él no ha hecho nada por merecerlo; jamás he sentido por él deuda de gratitud tan grande, como en esta ocasion en que parece que sea él el deudor.

Tan verdad es que tambien la gratitud es ciega: se rehusa toda alguna vez por un gran beneficio, y se concede íntegra, aun cuando no se pida, por una pequeña satisfaccion.

¡Qué cosa más estraña! Perdonaré muchas ofensas á mi amigo, porque me acordaré de haberle llevado un día una noticia que le ha llenado de alegría.

¡Esto sí que es, de veras, curioso! ¿Por qué no me puedo quitar hace dos días de la cabeza que, hace cinco años, mi amigo, hablando de mí con otro, le dijo que le parecía un "hombre doble"? Lo sé hace cinco años; entonces él no tenia intimidad conmigo; desde entonces me ha dado mil pruebas de intimacion; sé que ha rectificado aquella palabra con la misma persona ante la que la dejó escapar de la boca; me acuerdo que aquella palabra volvió á mi imaginacion muchas veces sin despertar el menor resentimiento. ¿Pues por qué me molesta ahora y me hace el efecto de una espina en la garganta, que la siento un rato y otros no la siento y cuando creo que ya no la tengo, me acuerdo de repente que todavía me molesta?

—¡Un hombre doble!—Sin duda esto no me molesta; pero hay dentro de mí un imbécil, un niño, una mujercilla, algo que yo desprecio, pero que me obliga á escucharlo y me importuna y me incita, repitiéndome continuamente aquellas palabras.

—¡Un hombre doble!

¡Quién sabe! ¡Tal vez lo crée siempre y lo dice todavía!

No; no lo dice ni lo cree. Ayer tarde le miraba los ojos; se ve en su fondo una bondad clara é igual que parece no haberse fruncido nunca.

¡Estuvo fecundo y ocurrente! Durante toda la tarde permaneció alegre. Abusa demasiado de las anécdotas; pero es agudísimo y tiene buen gusto. ¡Cuánta gana reía de mis bromas!

Hé aquí otro día en que, sin quererlo, hémos estado los dos á compás, como dos artistas de la antigua escuela.

Pero cuando nos parece ser naturalísimos, ¿somos tales con efecto? Esto me lleva á pensar que por mucho olvido que entre nosotros haya, por más que creamos los dos tratarnos sin sugerencias y sin ficción, nuestro modo de ser, de mirarnos, de hablar, es todo puro artificio.

Cuando estamos juntos, no hago ciertos gestos que me son habituales, corrijo ciertas maneras, evito ciertas inflexiones de voz, callo la mitad de lo que pienso, no hago cien cosas de las mu-

chas que me viene en voluntad hacer. Y á él, sin duda, le pasa lo mismo. ¡Y somos amigos íntimos! No somos más que dos copias reducidas y correctas de nuestro verdadero yo. Nos presentamos uno á otro los restos.

Yo quisiera estar junto á él, invisible, en su casa, en su habitacion cerrada, para ver las muecas que hace y la expresion de cara que toma, para oír las tonterías que deja escapar de la boca en alta voz; las aprobaciones que se dá á sí mismo cuando trabaja, las palabras sin sentido que entona con música improvisada, ciertos ímpetus de bufa alegría en que prorumpe, ciertos desahogos de rabia á que se deja llevar, para estudiar en él las mil tonterías, las mil extravagancias sin nombre que se hacen en la soledad, por ese compuesto de niño, de loco y de bestia que suele ser el hombre cuando no tiene encima una mirada, ni un oído cerca.

Todo esto quisiera ver para saber verdaderamente quién es. Porque ¿qué me hago con este personaje compuesto, educado y sensato con el cual hablo todos los días? No se parece al hombre verdadero, más que una fotografía á su original.

Ha corrido un mes y en este tiempo ha pasado entre nosotros algo semejante al fenómeno químico que se produce, cuando, entre dos elementos combinados interviene la afinidad de un elemento nuevo, que se combina á su vez con uno de los primeros y elimina el otro.

He encontrado un nuevo amigo que mostraba tener todas las cualidades buenas del otro, pero ninguna más; mas tenía sobre aquel la ventaja de ser nuevo: mostraba las buenas cualidades y no dejaba ver los defectos; me trataba con el cuidado que impone una amistad reciente, no conocía aun mis defectos y me hablaba de un modo que no estaba acostumbrado á oír.

Por esto me uní á él y abandoné al otro, el cual, de la comparación, resultaba que nunca había estado bastante deferente y cortés conmigo.

Por algun tiempo, mientras el barniz del nuevo estuvo íntacto, la amistad corrió fácil y placentera que era una maravilla. Pero despues empezó á caer el barniz y los defectos aparecieron, y entonces, visto que el nuevo amigo no valía más que el primero, en igualdad de condiciones volví al primero, por la misma razon que lo había dejado: porque era más antiguo.

Viéndome volver á él con mayor afecto, ni si-

quiera ha sóspechado que lo debía á la interposicion de un rival.

Esta mañana me pareció que se había ofendido por una mirada que le eché y que él cogió al vuelo, volviéndose mientras estaba al espejo en su cuarto. Y efectivamente, aquella mirada expresaba una cosa bien diferente á la simpatía. ¿Cómo? ¿Existe, pues, una especie de antipatía física que puede ir unida á la simpatía moral?

Verdad que algunas veces, aún en los amigos á quienes profesamos profundo afecto, observamos ciertos gestos habituales, ligerísimos defectos físicos, actitudes que no sabríamos definir, que se nos hacen enojosas y repugnantes, sin que comprendamos la razon y atraen la atencion á despecho nuestro, como ciertas caras que no se pueden sufrir y que es preciso mirar por fuerza.

Un fisiólogo explicaría la cosa diciendo que nuestras formas y ciertos hábitos físicos nos son antipáticos porque corresponden á ciertos defectos morales,

que adivinamos confusamente. Puede ser: Yo sé que esta mañana, hablando tranquilamente con mi amigo, dejé escapar de pronto una palabra satírica y una mirada maligna, observando cierta curva desgraciada y odiosa de su pierna derecha que me dejó ver por primera vez, asomándose al espejo.

¡Qué pobre gente somos! ¡Quién sabe cuántas veces he atribuido á un viejo rencor, ó á disentimientos profundos de opiniones políticas, las palabras ásperas de mi amigo, que fueron provocadas tal vez por la curva de mi pierna!

Hace algunos días, siento una amistad más afectuosa y más delicada por él y por los otros. Soy más flexible, en las discusiones, más pronto á la alabanza, más fácil á la compasión; profundizo la benevolencia y la cortesía de cada uno, sin esfuerzo, sin pretender que sea reconocida y me sea devuelta; no hablo mal de nadie, estoy contento con todos, escucho á todos con placer, y hago á mis amigos cuantos servicios puedo. ¿Y cómo podría hacer otra cosa,

cuando los negocios me salen bien, mi familia está buena, yo sano y no tengo disgustos de ninguna clase?

Antes decía:—Esto es bondad.—Pero ahora reconozco que no es otra cosa sino la satisfacción y el buen olor que esparce la alegría. En tales casos, somos casi siempre corteses y benévolos, un poco intencionadamente. Nos aprovechamos de la buena fortuna que nos depara la bondad tan fácil para poner en acción nuestro antiguo propósito de perfeccionamiento moral. Puesto que nos encontramos en camino, nos proponemos ir hasta el fondo. Aprovechamos tan buena ocasión para ver de ajustar también un poco los asuntos de la conciencia. Y tenemos esperanza de salir sin grandes fatigas.

¡Qué ilusión! A la primera contrariedad, como el falso devoto fastidiado, que suelta una blasfemia á la mitad de una plegaria, damos un puntapié á nuestros santos propósitos y nos encontramos peor que antes.

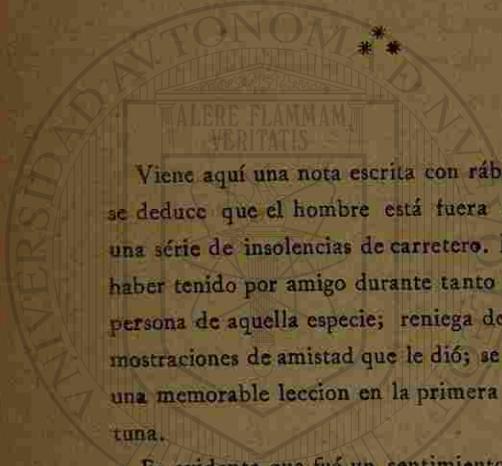
Han venido las contrariedades y he dado el puntapié.

Quien ha padecido más ha sido mi amigo, al cual, con la acostumbrada lógica, he obligado á cargar con las bribonadas de los otros. Así sucede siempre. Cuando estamos ofendidos en el amor propio, nuestro resentimiento es tan grande, tan desproporcionado á la ofensa, que no nos basta desahogarnos contra los que nos ofendieron, es preciso revolverse contra imaginarios cómplices y romper la guerra con medio mundo.

Algunos han tropezado conmigo y yo les he plantado á todos por un mes, á él inclusive, que no hay por donde cogerlos. Pero en estos casos, se vuelve siempre *sicut erat in principio*, por el mismo camino.

Cuando nos hemos dicho y repetido que la amistad es mercancía averiada, cuando nos hemos persuadido, pasando revista á todos nuestros amigos de que no hay uno siquiera que valga un apretón de manos, entonces nos parece la vida vacía y sentimos tan extraordinariamente la tristeza de la soledad, que volvemos á buscar los amigos, no para atar con ellos las mallas escapadas de la amistad antigua, sino para distraernos y consolarnos riendo de nuestros desengaños. Y entonces, poco á poco, los desengaños se borran y la fé en la amistad renace. Así me ha pasado á mí.

Mi amigo, buen muchacho, como siempre, ha acabado por no acordarse de mi breve enemistad secreta, de la cual le he pedido perdon con los ojos."



Viene aquí una nota escrita con rabia, de la cual se deduce que el hombre está fuera de quicio. Es una serie de insolencias de carretero. Maravíllase de haber tenido por amigo durante tanto tiempo á una persona de aquella especie; reniega de todas las demostraciones de amistad que le dió; se propone darle una memorable lección en la primera ocasion oportuna.

Es evidente que fué un sentimiento de vergüenza y el temor de parecer ridículo lo que le detuvo de escribir al amigo una de esas cartas que reclaman la pronta intervencion de cuatro padrinos; pero debía haber acariciado aquel pensamiento durante toda la noche.

Era negocio terminado. Saludará todavía al amigo, friamente, para no dar escándalo, pero las amistades han terminado y no hay forma de reanudarlas.

—¡Qué desengaño! Querido, servido, acariciado,

llevado en palmas por tanto tiempo con cariño tan sincero como nécio, acaba por pagar su deuda con una coz.

La nota termina diciendo: —Hagámoale una cruz. —La causa de todo esto fué una palabra mordaz que le dijo el amigo la tarde anterior, discutiendo con él en un círculo; una broma con la que no pensaba ofenderlo, pero que hizo reir á la tertulia á su costa y le puso por unos instantes en berlina, mudó y colorado, obligándole tambien á sonreír para no hacer peor figura.

\*  
\*  
\*  
"Esta mañana vino á buscarme. Al verlo se me revolvió la sangre. Después de algunas palabras á las que no contesté, me preguntó, como acordándose de pronto:

—¿No estarás enfadado por la broma de ayer tarde, verdad?

Y lo dijo de una manera tan espontánea, con acento tan amistoso, con sonrisa tan franca y buena, que toda mi cólera cayó como un trapo.

Repuse que no, en seguida, fingiendo una gran maravilla para ocultar la mentira, y me sentí arrastrado hácia él por imprevisto ímpetu de arrepentimiento y de afecto que hizo temblar mi voz.

¡Qué libre sentí mi respiración de repente! Tentado estuve por ponerle la mano en el hombro y decirle:

—Si, me he ofendido, te he cargado de reproches, te he odiado, he estado mezquino, irracional y pérfido; te lo confieso para vengarte.

Pero no me atreví. Le colmé de agasajos, le dije cuanto pude encontrar más agradable para su amor propio, con las palabras más suaves y el acento más dulce, tanto, que se marchó conmovido, mirándome cara á cara, como para buscar en mis ojos la causa de aquella extraordinaria efusión, que debe haberle maravillado.

Pero quiero acabar con estas vueltas continuas de la amistad que cansan el corazón y me hacen despreciable á mí mismo. Estoy hastiado. Porque tengo de mi amigo, en el fondo, un concepto inmutable con el que acabo siempre por apaciguarme: quiero agarrarme tan fuertemente que ninguna aruga del amor propio pueda hacerme caer.

De algun tiempo á esta parte parece que ha florecido una nueva amistad en el tronco de la antigua. Esto sucede á menudo entre amigos, al salir de un período de reproches y de altas y bajas secretas ó patentes que, fatigando á los dos, los han persuadido de la necesidad de preservar su amistad por medio de una cortesía más circunspecta.

Tácitamente hemos acordado tratarnos uno á otro con miramientos ligerísimamente más delicados; nos hemos echado un poco atrás los dos, muy poco, pero lo suficiente para no estar demasiado juntos. Nuestra amistad ha ganado en delicadeza, sin perder nada de su intimidad.

Hace tiempo que no se ha cambiado entre nosotros una palabra fuera de tono, no ha pasado la sombra de una nube. Ahora ya no hay peligro. Al fin hemos encontrado el buen camino.

Sin embargo... Cuando la cortesía falta, es malo; pero cuando sobra, es peor. Parece notar en mi amigo cierta excitación del momento, una frecuencia de miradas interrogantes que revelan un temor continuo de herir mi amor propio.

Hay en esta preocupación una parte de afecto y de respeto; pero hay también una parte de esfuerzo, es decir, frialdad. Su circunspección me obliga á usarla; nace como una emulación de delicadeza entre nosotros; nuestras maneras se alteran

poco á poco: nuestra amistad se ahoga en delicadeza. Esta es la desgracia. Me inclino á desear cualquier rudo choque de opiniones que nos haga levantar los bastones á los dos y nos rechacemos violentamente con la familiaridad estudiantescas de antes.

Pensaba en mi amigo esta noche, cansado y excitado por el trabajo, asomándome á la ventana. La noche era hermosa; sentía en mí la juventud, á mi alrededor la primavera, en el presente la fuerza, en el porvenir la paz; estaba contento y bebía la vida ávidamente en aquel aire lleno de perfumes del campo, que me recordaba los largos paseos hechos con él años anteriores, las conversaciones afectuosas y alegres, las fraternales confidencias, las hermosas horas que pasamos juntos.

En aquel momento no se me representaba más que lo bueno y lo bello de su naturaleza, veía las expresiones más simpáticas de su rostro, oía las notas más cordiales de su voz; me acuerdo de un día

que le ví llorar y de la triste actitud con que buscó mi hombro para apoyar su frente, volví á pensar en las muchas veces en que yendo á buscarle con el temor de encontrarle resentido por una desatención mía del día anterior, lo encontré, por el contrario, más amable y más indulgente que de ordinario, como si hubiese querido librarme del recuerdo molesto de mi sinrazón; y al pensar en todo esto, sentía en el corazón una ternura profunda por él, me parecía que le habría dado una parte de mi sangre, que hubiera puesto en peligro mi vida, en caso de necesidad por defender la suya, y que si hubiera perdido su amistad se habría hecho un vacío profundo en mi vida, y que si hubiera muerto le habría llorado como un hermano.

Y después quedé sorprendido, pensando que para quererlo de aquel modo tenía necesidad de encontrarme excitado por el trabajo, de contemplar la campaña de noche y de estar completamente satisfecho de mis negocios.

Ayer comprendí la verdad de la sentencia: "la

amistad de los hombres, llega sólo hasta las mujeres y el dinero."

Hablando con la Condesa, deseoso de hacer brecha á fuerza de agudezas, se las echó de hombre agudo á mi costa.

Se comprendía que mi presencia le molestaba como una piedra en el estómago. La ambición de aparecer amable, le hacía echar atrás todas las atenciones debidas á la amistad.

A cada broma que yo decía, se volvía á mirar ansiosamente á la bella dama, temblando de que encontrara en ellas un poco de sal, que para él hubiera sido una dosis de arsénico; y mientras hablaba, clavaba en mi cara una mirada dura y fría, cuya expresión no estaba á punto para disimular cuando se encontraban nuestras miradas.

Si le hubiera venido á la mente un equívoco impertinente para mí, pero de un efecto cómico seguro, no hubiera tenido reparo alguno en soltarlo.

Al salir, volvió á ser un pobre diablo como siempre y me dió un poco de jabón para hacerme olvidar la violenta escena. Pero yo salía con la boca muy amarga.

Es completamente inútil; por más que yo haga por embellecerlo con la imaginación, es solo un ami-

go como los otros; es decir, un enemigo que no me odia.

Es singular cómo á veces basta el recuerdo de una pequeña atencion, de una mirada, de un gesto que exprese intencion benévola, para sofocar en nosotros un rencor que resiste á toda otra consideracion.

Hoy, mientras discurría con rábía sobre la escena de ayer tarde y juzgaba á mi amigo, Dios sabe cómo, ha acudido de repente á mi imaginacion el recuerdo de una noche en que me hizo el nudo de la corbata con cierta amable gracia de hermano mayor, hace dos años, al tiempo de entrar en el teatro, y de otra tarde en que habiéndome sido dirigida una pregunta embarazosa, él cambió de repente el curso de la conversacion, preguntando á su vez al que me había interrogado.

¿Por qué le estoy más agradecido de estas dos cosas insignificantes que de las mayores pruebas de amistad que de él he recibido?

Tal vez porque la gratitud en estas es un deber

que vinculando mi libertad me provoca á la rebellion, mientras soy libre para dejar de agradecerle aquellas que él ha olvidado ya, ó por las cuales no pretende nada. O tal vez porque siendo ménos probable un segundo fin bajo las pequeñas atenciones que bajo los grandes servicios, creo más en la sinceridad de las unas que de las otras. Sea lo que sea, le perdono.

Hemos pasado una buena tarde juntos, dándonos uno á otro pruebas de sinceridad. Hemos confesado toda suerte de malignidades, injusticias, hipocresías, envidias, de que nos hemos reconocido culpables, no uno hácia otro—que á tanto no ha llegado nuestra sinceridad—sino hácia ciertos amigos comunes.

La confesion atrevida de uno provocaba la confesion atrevida de otro; se trabó un verdadero pugilato de valor y de franqueza; relamos de nuestras miserias como hubiéramos podido reir de un amigo ausente y lo que hubiera debido rebajarnos en la estimacion recíproca, nos realizaba más y más.

¿Por qué? Porque eran cosas que sospechamos uno de otro, de las cuales estábamos ciertísimos y en que no había otra cosa de nuevo que el valor de decir las, que es cualidad digna de apreciarse.

—Dejemos esto—me dijo á cierto punto—ó acabamos por ir á caer á manos del fiscal.

Y con esta broma nos separamos, serenos, con la conciencia aligerada, mejores en el fondo del corazón de lo que éramos al encontrarnos, como dos penitentes sinceros que salen del confesionario con la absolución.

Sin embargo, pensaba hoy mirándole de reojo y acordándome de las confesiones de ayer, yo debía persuadirme, de que en su interior no me trata muy diferentemente de como trata á sus demás amigos, y esta persuasión debía aquietar el remordimiento que algunas veces experimento maltratándolo, como hago, en el secreto de mi conciencia.

¡Quién sabe cuántas veces él me destrozó sin piedad en sus soliloquios, cuántas veces me juzgó po-

bre de ánimo, odioso, ridículo, malvado y describió para sí mismo mis defectos y mis acciones con las palabras más ultrajosamente brutales, y se propuso humillarme y me sacó de su corazón como arrojaría á un estafador de su casa!

E internándome en este pensamiento, determinando hasta los epítetos peores de que debía haberse servido en muchos casos para calificarme en su mente, sentía subir la sangre á mi cabeza y empezaba á mirarlo de reojo.

Pero despues me aquieté considerando que al fin de cuentas, no estaba absolutamente cierto de lo que pensaba. La razon, sin embargo, me decía y me dice todavía que puedo estar casi cierto, porque la cosa es lógica y naturalísima y que hay una probabilidad sola sobre ciento en mi favor. Pero no importa. Mi amor propio se aferraba y se aferra á aquella única parte, y agrandándola y no pensando en las otras, se sale mejor librado. Así hacemos todos con nuestros amigos.

Y ese mismo amor propio que nos hace romper tan á menudo las amistades, es tambien quien, engañándonos, las mantiene vivas.

Continúan "los fenómenos capilares" de la amistad. La de ayer ha sido una mala tarde para él. Quién por rencotes secretos, quién para hacer como los demás, los amigos le han abrumado todos á una, á golpes de epigramas y de censuras burlescas y venenosas que parecían meditadas de tiempo atrás.

El pobre hombre se defendía al principio con todas sus fuerzas; pero despues perdió terreno y se dejó clavar en la pared, mohino y humillado, balbuceando palabras incoherentes, con los labios contraidos por sonrisa de torturado, y me dirigía de vez en cuando una mirada como para llamarme en su auxilio.

Yo no tenía modo de ir en su ayuda con esperanza de fruto porque permanecía alejado de la conversación. Pero pensando en el abatimiento en que le dejaría aquella escena, en la tristeza con que volvería á su casa, de noche, por calles desiertas, experimentaba por él una piedad que me hacía sufrir y le deseaba que saliera con bien, desde el fondo del corazón.

Jamás le he hablado más afectuosamente que lo he hecho más tarde, acompañándolo y jamás lo he tratado con respeto más delicado y sincero.

Por esto creo que nos engañamos casi siempre al creer que ciertas humillaciones de las cuales somos

heridos de vez en cuando, nos enajenan la voluntad de los amigos, haciéndonos casi despreciables á sus ojos. Por el contrario: ellas reaniman su amistad librándole por algun tiempo del orgullo que se echa á un lado una vez satisfecho.

¡Ah! ¡Cuán difícil debe ser mantenerse amigo sincero de un hombre feliz! En pocos días han llovido sobre él cien fortunas.

Esta mañana ha llegado aquí: estaba brillante y ha llenado mi cuarto con su voz clara y sus amplios gestos de hombre satisfecho, dando vueltas como una ardilla y tocándolo todo, con mano inquieta.

Tenía yo disgusto y he probado hablarle; pero pronto he comprendido que retenía la respiración y lo que más me disgustaba era el esfuerzo que hacía para mostrarme cierta solicitud, arrugando la frente y apretando los labios mientras en sus ojos reía su alma.

Hé aquí la amistad de los hombres. No nos preocupamos de los dolores de los amigos sino cuando

tienen la oportunidad de servirnos para consuelo de los propios dolores.

Su indiferencia me ha lastimado y me he apercibido de que ha dado á mi despecho la interpretacion que parecía más natural en aquel caso: la ha tomado por envidia; porque ha dejado de hablar de su fortuna y se ha puesto á tratarme con fraternal bondad, un poco amanerada, bajo la cual se adivinaba una sonrisa compasiva; esto me ha disgustado doblemente.

La conclusion es que ahora me cree un envidioso y yo le creo un egoísta.

Estoy en vena de bondad para con él, bueno en el fondo, en las palabras y en la cara, en gran parte naturalmente, en otra muy pequeña, de propósito, por una curiosa razon: porque he visto una carta suya dirigida á un amigo indiscreto, en la que me cree inmensamente bueno.

Así sucede casi siempre.

No solamente mejoramos, sino que adquirimos al-

gunas veces, respecto á los amigos, aquellas virtudes de ánimo por las cuales logramos ser admirados por ellos.

No solamente nos mostramos, sino que somos realmente más francos con quien nos cree ingenuos; más delicados para quien nos tiene como modelos de delicadeza; más valientes para quien nos juzga incapaces de miedo.

El temor de perder una admiracion nos hace más firmes en mejorarnos á nosotros mismos que el deseo de ganar un aprecio.

Es para nosotros mucho más difícil desengañar á los que nos creen con ciertos defectos, porque el temor de parecer hipócritas haciendo algo porque salgan de su error, ó nos impide hacerlo, ó logra que nos salga mal el intento.

Haríamos mejores á nuestros amigos, si cada vez que descubrimos en ellos un defecto, mostrásemos creerlos dotados de la buena cualidad opuesta y tener gran estimacion por esta.

La bondad se ha ido por el aire.

Nos hemos enfrascado paseando, en una de esas desgraciadas discusiones, que bajo apariencia de ligereza, encienden profundamente el amor propio.

Somos viejos zorros, y no se nos ha escapado una palabra descortés; pero las llamas de ira se nos subían á la cabeza, temblaban los labios, cambiábamos miradas que parecían cuchilladas, no veíamos nada á nuestro alrededor, y nos hemos encontrado al término del paseo, casi inesperadamente, llenos de bilis hasta la garganta, é hinchados por impertinencias no dichas.

Hemos buscado despues manera de bromear, hablando de esto y de lo otro, como si nada hubiera sucedido. Pero ha sido inútil: teníamos el aire de dos enemigos que se tratan bien por conveniencia.

Al separarnos nos hemos saludado groseramente, con voz destemplada.

Tiene grandes cualidades, no lo dudo; pero en las discusiones es un animal irracional. De aquí en adelante le diré siempre que sí á todo, hasta que lo haya comprendido. ¡A veces se ponía blanco, como la camisa, el maldito orgulloso! Si ha encontrado á un amigo, volviendo á casa, creo que le habrá dicho pestes de mí.

¡Bah! Un desengaño más. Lo meteré en el saco como los otros.

Un desengaño. Pero ¿quién tiene la culpa, testarudo idealista, si te obstinas persiguiendo el fantasma de una amistad imposible, cuya estatua quieres labrar á toda costa en la mole de mármol rebelde?

Toma á tu amigo tal como es; deja de reformarlo y torturarlo en tu interior para hacerlo entrar en la forma que tu imaginacion ha soñado; no pretendas de él lo que no puede darte, y que tú tampoco te encuentras en el caso de devolverle; cuando te hable bien, goza; cuando no, siéntelo, esperando siempre lo peor; no hagas de él una necesidad de tu vida; conténtate con tener un compañero, si no puedes tener un amigo.

Sin embargo, nosotros preferimos correr tras el ideal de una amistad que no alcanzamos jamás, pero que algunas veces nos dá la gratísima ilusion de haberle alcanzado, mejor que resignarnos á una

media amistad que no nos dará más que desengaños, pero ni siquiera una alegría viva.

Adelante, pues; continuemos persiguiendo el fantasma. ¿Qué otra cosa hacemos todos en el mundo?

Esta mañana nos hemos encontrado, por casualidad, en las afueras, los dos solos. Ha sido un gran placer para uno y otro, como si no nos hubiéramos visto en un año, tanto, que después de las primeras palabras nos hemos apresurado á excusarnos recíprocamente de la sobrada vivacidad con que disputamos anteayer.

Hé aquí las grandes emociones de nuestra amistad. ¡Encontrarse, á lo mejor, en las afueras!

¡Y pensar que hay amigos que se encuentra desde dos buques que cambian el correo en la soledad formidable del Océano Pacífico, á mitad del camino entre California y el Japón; amigos que se reconocen de noche en una estación del desierto de nieve entre Tobolsk é Irkutsk, el uno viniendo de Pekin y el otro de San Petersburgo; amigos que

se encuentran, después de haberse llorado como muertos, en la oscuridad de un bosque inexplorado de Africa, á seis meses de viaje de su pátria!

Apénas podemos imaginar la inmensa alegría de aquellos abrazos, de aquellos gritos, de aquellas lágrimas. Al pensar que jamás experimentaré aquel gozo, me siento lleno de envidia, me dá rábia de esta nuestra amistad soñolienta de empleadillos, cobro ódio también á mis amigos, como compañeros de cadena.

Hoy le he expresado mi sentimiento acerca de aquellas grandes emociones que no experimentaré jamás. Tiene verdaderamente un alma noble, que comprende todo y vibra á toda idea grande y delicada.

He quedado maravillado de la elocuencia afectuosa con que expresa mis sentimientos mismos, ensanchando el campo y mostrándose contentísimo de nuestra íntima armonía.

Se lo hubiera dicho con franqueza si ciertos clo-

gios en la cara no parecieran pueril adulacion, aun cuando sean sinceros, imponiendo á quien los recibe la obligacion de poner la cara modesta; y si no me lo hubiera tambien impedido una ligera envidia que me atormentaba al oirle hablar tan noblemente. Estaba apasionado, hermoso; á cada palabra que decia me parecia verle caer de encima, como polvo sacudido, todos los pequeños defectos y todos los pensamientos maliciosos de que le he acusado mil veces.

Pero es singular su empeño: cuando paseamos juntos querer siempre ir por donde él quiera. Cuando se aferra en un capricho, no lo mueve un par de bueyes. Estas son pequeñas faltas de consideracion, con las que se transige una vez; á la larga atacan los nervios.

¡Cuán verdad es que la amistad es un sencillo comercio de buenos servicios, que cada cual interrumpe por su parte cuando no tiene nada que temer! Hoy me afligía un grave dolor físico que me parecía la amenaza de una enfermedad. Mi amigo ha venido á buscarme.

Pues bien; el pensamiento de que él no podía hacer nada en mi favor y el estado en que me encontraba, que me impedía gozar, aun en pequeña parte, de su conversacion, han suspendido en mí el sentimiento de la amistad.

Sus defectos, sus buenas cualidades, sus pruebas de afecto, sus injusticias respecto á mí, todo, al pensarlo me parecía indiferentísimo. El era para mí como el primer venido, y la amistad me parecía la cosa más inútil del mundo, un verdadero juego de aficionados de sentimiento, excelente para cuando se está bueno.

¿De qué me servía el tenerlo allí, si no me daba siquiera aquel miserable placer de egoista despechado que experimentamos al ver sufrir ó inquietarse á las personas de la familia, aun cuando no tengamos más que un mal pasajero? Temia parecerle infeliz, y hacerle sentir más dulcemente la propia salud con el espectáculo de mi sufrimiento. No le agradecí la visita y cuando se marchó le saludé friamente.

¡Y decir que hubiera llevado á mal si no hubiera venido!

A otra miseria estamos sujetos: á ser hipócritas, aun sin quererlo. Anoche le recompensé de la frialdad con que le acogí hace dos días.

Estaba solo en casa, aburrido de la lluvia, oprimido por el pensamiento de tener que pasar solo la velada, fastidiado de la lectura, impotente para el trabajo.

Un campanillazo me hizo poner en pié: era él. Toda mi tristeza se convirtió en un ímpetu de alegría y de gratitud como si hubiera caído sobre mi cabeza una bendición del cielo. Lo hice sentar delante de mí y allí le tuve por espacio de tres horas, dichoso, dejándole hablar á su placer, encaminándolo á sus conversaciones favoritas, aprobándolo en todo, meciéndolo con tanto gusto, que cuando me saludó para irse, estaba radiante y parecía decir para sí:

—¡Qué corazón de oro!

¡Pobre amigo! ¡Si hubiera sabido que anoche hubiera agasajado del mismo modo y con la misma voluntad á cualquiera que hubiese llegado!

Al alumbrarle por la escalera, experimenté un poco de remordimiento, como si le hubiese hecho hacer el papel de comodín, engañándolo y al mirarlo por la ventana, mientras se marchaba con la cabeza inclinada, bajo espesa lluvia, me pareció tan bueno,

tan digno de sincero afecto, que le envié un saludo del corazón.

¡Pero cómo se ha mostrado esta mañana en medio de los amigos! Con qué afán va á caza de elogios por todas partes; cómo hace la rosca al más indiferente cumplido, con qué mala fé fantasea en las discusiones, con qué suficiencia escupe las sentencias más vulgares del mundo, creyendo revelar un secreto maravilloso, con qué cara lavada se arriesga á bachelear de cosas que no entiende, con qué brutal expresión de enfermo del hígado vuelve la cabeza á la más ligera contradicción, cuán obtuso se muestra á ciertos sentimientos delicados que no entran en el círculo de sus ideas, con qué generosa acritud habla de un amigo de su padre que, á vista de todos, sacó de un grave apuro á su familia; cuán persuadido estoy ahora de que nuestra amistad no tuvo ni podrá tener jamás una base sólida; como quisiera arrancarle, si pudiera, todas las confidencias íntimas, todas las confesiones de errores y de debilidades, que le hice con el corazón abier-

to, con una ingenuidad de la cual tal vez se ríe secretamente, él, que, reflexionándolo bien, no me dió jamás la equivalencia; como me siento más generoso y más leal amigo que él... Con qué gusto bajo y maligno ha reído esta mañana, en medio del silencio de los demás, del despropósito que se ha escapado de mi boca, un poco cómico, si se quiere, pero que él debía haber fingido no oír si sabía lo que es amistad y educación...

\*  
\* \*

Un mes despues.

Le he acompañado á la estacion del ferro-carril. No nos veremos durante algunos meses. Estaba un poco conmovido; he vuelto á ver en su cara aquella expresion tan benévola y tan simpática que me impresionó algunos meses.

Nunca he comprendido tan bien como esta mañana que todos aquellos choques y aquellos enojos, de los cuales hacía tanto caso ordinariamente, es lo que ata y mantiene viva nuestra amistad, porque dan trabajo á nuestro corazon y nos hacen pensar y vivir uno en otro: el nudo se estrecha y se hace indisoluble á fuerza de sacudir los extremos de la cuerda.

Ahora echaré de ménos por mucho tiempo, tanto los malos como los buenos días que pasamos juntos; son inseparables en mi corazon y en mi memoria.

Tambien á mi amigo le agitaban estos pensamientos al marchar, y me lo ha hecho comprender con una mirada profunda y buena, cuando me ha dicho "adiós"; una mirada que quería decir:

—Te lo perdono todo; perdónamelo á mí: el amigo que parte es un hermano.

Sí, hermano mío; anda y que la fortuna te acompañe un buen recuerdo de mí: anda, querido y buen amigo, que me ayudaste á vivir, á serenarme y me toleraste y compadeciste y me diste ánimos con estas emociones delicadas; yo quedo aquí aguardándote, con un sentimiento que jamás cambiará, te lo prometo."

¡Sí que mudará todavía, pobre juguete de tu orgullo que eres! Como hicistes hasta ahora, así seguirás amando, aborreciendo, iluminándote, mintiendo hasta los últimos años; así continuaréis haciendo los dos, tiñéndoos uno á otro con los colores de la propia alma, cambiando por errores ajenos, los propios defectos, embelleciéndoos uno á otro *in mento* para avivar vuestros placeres, calumniándoos para justificar vuestros rencores, ofendiéndoos y perdonándoos continuamente, renegando hoy de la amistad para

derrocharla mañana, tan pronto hombres nobilísimos, como muchachos perversos y algunas veces locos de atar,

*pentiti sempre è non cangiati mai.*





BATALLAS ÍNTIMAS

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



®

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## BATALLAS ÍNTIMAS



Al menos una vez en la vida, todos hemos hecho la prueba de reformarnos a nosotros mismos.

Todos tenemos en la memoria una tarde en que, volviendo á casa con el remordimiento de habernos conducido innoblemente con un amigo, indignados con nuestra pobreza de espíritu y más que nunca fatigados de la perpétua discordia de nuestra razon con nuestro corazon, nos hemos dicho:

—No, de esta manera no se puede seguir; esta vida de bajas pasiones, de contradicciones é injusticias debe acabar: es preciso cambiar de rumbo.

Y, naturalmente, los primeros con los que nos hemos propuesto reformarnos fueron nuestros amigos, porque presentaban la empresa más difícil.

—Sí, es preciso cambiar —nos hemos dicho;— ser con todos nuestros amigos como queremos que cada uno de ellos sea con nosotros; hacer todo lo que es honradamente posible para hacernos querer de todos; portarse de manera que se prevengan las malquerencias de los más tristes, reanimar todos nuestros buenos sentimientos, resistir á los descompuestos movimientos del orgullo, sofocar en su nacimiento todos los pensamientos malévolos, perdonar todo lo perdonable; ser en el corazón, en la mente, en las palabras, en los actos y en las maneras, en presencia de los amigos y en su ausencia; justos, generosos, indulgentes, delicados; ser, en fin, como siempre hemos deseado ser, como buscamos aparecer en nuestros buenos momentos y como pretendemos ser juzgados; reformarnos hasta lo más profundo del alma, y comenzar una nueva vida.

Y encariñados con esta idea, nos hemos fijado cierta norma de conducta, nos hemos hecho juramento solemne y hemos exclamado vigorosamente:

—¡Desde mañana!

Y al día siguiente, recogidas todas nuestras fuerzas, nos hemos lanzado en medio del mundo con aquellos propósitos en el corazón. ¡Quién no se acuerda de aquellos días, de la novedad de aquel estado de ánimo, de aquella curiosa espectacion de

nosotros mismos en que estábamos, de los primeros amigos, abordados con inusitada delicadeza, los discursos deliberadamente benévolos y conciliadores, los primeros ímpetus de despecho reprimidos, las primeras burlas malignas contra los ausentes, detenidas en la punta de la lengua, las sensaciones desconocidas y confusas de aquella vida, contemplada casi fuera de nosotros mismos; y despues, los olvidos momentáneos de nuestro propósito en medio de los trabajos y cuidados cotidianos; y el sublevarse inconsciente de las pasiones habituales, sofocadas por repentino recuerdo, y la primera realizacion de aquella benevolencia forzada, que, no encontrando correspondencia, prorumpía en secretos reproches violentos, domados tambien por la fuerza, todavía fresca, de nuestra resolucion?

Vuelven aquellos días á la mente en medio de otros mil, como los pocos días serenos de una estación fría y lluviosa. Envalentonados por la primera victoria, abrimos nuestro corazón á desmesuradas esperanzas, teniendo casi como muerto el yo antiguo y como seguro el último triunfo.

Por cierto espacio de tiempo hemos hecho con nuestro corazón como hace el niño que se acerca el reloj al oído: experimentábamos un vivo placer en escudriñar nuestros sentimientos y en separarlos,

afanándonos por estirpar ó sofocar nuestras peores pasiones.

Era una preocupacion continua. A cada momento se nos presentaban mil dudas. ¿Este sentimiento se podrá conciliar con nuestro propósito? ¿Este juicio será una broma inofensiva ó una injuria? ¿Esta sonrisa será un simple acto de cortesía ó un vergonzoso consentimiento de una calumnia? Y á cada sentimiento malévolo que no lográbamos sofocar, nos consolábamos diciendo:

—Al ménos no lo manifestaré—y á cada esfuerzo fatigoso que nos costase una palabra ó un acto de justicia, pensábamos para darnos ánimo:—Estos son los principios; en adelante, todo vendrá más fácil;—y cada vez que nos veíamos á punto de caer, nos repetíamos nuestro propósito, con las mismas solemnes palabras del primer día, las cuales confortaban nuestra alma y nos hacían levantar la frente.

Solo que, de día en día, el problema se iba ensanchando y ahondando por todas partes, presentándonosnos continuamente bajo nuevos aspectos hasta hacerse inmenso y oscuro. ¿Aquella benevolencia de propósito, no degeneraba, demasiado á menudo, en fingimiento hipócrita? Porque muchas veces estaba en la voz y en la palabra; pero no en el corazón. ¿Toda aquella fuerza que empleábamos en reprimir

los sentimientos malévolos, no estaba sustraída al ímpetu espontáneo de los sentimientos opuestos, como sucede en las obras de arte, que el cuidado puesto en descartar los defectos, es ardor arrebatado á la admiracion de la belleza? ¿Aquella igualdad indulgente y delicada en la que procurábamos mantenernos, no nos hacía injustos por otro lado, refrenando las nobles indignaciones y evitándonos los desprecios que son un deber?

A cada momento, analizando nuestra bondad, nos veíamos obligados á reconocer, con maravilla llena de sentimiento, que estaba compuesta en su mayor parte de pereza, de ambicion, de villanía, de complacencia, y que, practicándola no hacíamos más que esconder nuestros intentos y nuestros gustos; descubríamos que nuestra virtud no era más que un egoismo refinado; encontrábamos, subiendo á las fuentes de todo sentimiento más generoso, algo de que hubiera sido imprudencia vanagloriarse; veíamos por todas partes las líneas finísimas é inextricables de una red inmensa de hipocresía que habíamos urdido nosotros mismos, sin conciencia; y á fuerza de fijar los ojos de la inteligencia en aquellos infinitos secretos microscópicos del alma, se nos oscurecía la vista y se nos turbaba la razon.

Y entonces nos hemos acobardado de la altivez

de nuestra primera aspiración y hemos decidido reformarnos sin escudriñar demasiado en lo profundo, siguiendo sencillamente los primeros impulsos del corazón y las advertencias inmediatas de la conciencia, dejando de meternos en pruebas peligrosas para conservar la ilusión, que hubiéramos sabido vencer, buscando con preferencia aquellos amigos con los cuales nos era más fácil mantenernos en nuestros propósitos, esforzándonos por conservarnos siempre en un estado en el que, la excitación de la mente pudiera mantenerse en la fuerza de nuestro ánimo.

De este modo hubiéramos continuado por algún tiempo, volviendo á casa, unas veces vencedores, otras vencidos, algunas inciertos, sobre si debíamos ensoberbecernos ó avergonzarnos de nuestros actos: pero poniendo siempre más baja, de día en día, la mira de nuestro propósito, hasta que nos dejara solo, unas tras otras, todas las trabas del primer entusiasmo.

Y entonces nos encontraríamos caminando en la oscuridad ¿A qué aferrarse? ¿Dónde tomar impulso? Habíamos probado á recoger los restos todavía ardiendo de nuestra fé juvenil, y soplar para encender la llama; pero apareció ante nosotros y nos detuvo, espantados, el enorme problema de una religión personal. Habíamos buscado alcanzar la fuerza en un

entusiasmo de poeta por la belleza ideal de la bondad y de la justicia; pero no era más que un fantasma que se aparecía espléndido ó gris: aparecía ó desaparecía de hora en hora, según el estado de nuestro cerebro, de nuestros nervios.

Habíamos procurado fundar sobre la moral del interés personal:—"reconocer en el instinto, todo derecho y todo deber—trabajar por la felicidad propia—ser bueno, porque la bondad encadena los corazones, ser dulce, porque la dulzura atrae el afecto"; más era una ley que bastaba á mantenernos en el camino de la honradez, pero no á darnos la fuerza y el ardor de la bondad generosa y práctica. Y entonces intentamos confundir todas estas cosas en nuestra conciencia, ayudándonos, ora con una, ora con otra, según el momento, lo suficiente para sostenernos de algún modo, y nos hemos sonreído también por un breve espacio de tiempo.

¡Pero con qué terrible pena! Todo nos era hostil; nos parecía estar en lucha con el universo entero; el aire mismo estaba lleno de insidias; la tristeza y la vulgaridad común nos envolvían como polvo impalpable de venenosos insectos imperceptibles que respirábamos sin advertirlo y nos inficionaba.

Aun en los mejores momentos sentíamos temblar y

rugir dentro de nosotros mismos, allá en lo profundo, todos nuestros instintos y pasiones comprimidos, como fieras que hicieran sonar las cadenas, y nos parecía á cada instante que debían prorumpir, todos á la vez, en ímpetu de furor sanguinario. Y nos preguntábamos desanimados hasta cuándo debíamos sostener semejante batalla.

Pensábamos que hubiéramos tenido fuerza para vencer una sola vez, en cualquier más terrible prueba que se hubiera presentado; pero durar así toda la vida, esclavos de una idea, obligados á luchar sin descanso, como el prisionero condenado á vaciar el tonel en que sube el agua de minuto en minuto, era imposible.

Nos parecía que hubiéramos logrado nuestro empeño, si todos nuestros amigos hubieran intentado la misma prueba, al mismo tiempo, ó si hubiésemos podido cambiar de amigos y de pueblos y empezar otra vez; nos parecía que hubiéramos conseguido fácilmente nuestro deseo, en otro campo de vida, en una vida llena de acción, ancha, apasionada y práctica, ó cuando nos hubiéramos encontrado en lo alto, contemplados por cien mil ojos, en una de aquellas condiciones, sin las cuales la bondad es gloria y poderío.

Pero en aquella vida pequeña y tranquila, en la que la bondad no es más que de pensamiento y de

palabra y se confunde con la apariencia de bondad y la atención, y no tiene inspiraciones ni esplendores, y no es reconocida ni creída y exige una lucha oscura, silenciosa, pequeña, ingrata... ¡bah! la nuestra era una empresa superior á la fuerza humana. No solo no nos conquistaba la tranquilidad de ánimo, sino que la tempestad oculta, pero á punto de estallar, se embriecía dentro con mayor pujanza, y sufríamos más agudamente, de no podernos mantener en lo alto, de lo que habíamos sufrido antes permaneciendo abajo.

Sin embargo... en aquel breve período de lucha, aunque flaca y desventurada, nos habíamos elevado á una altura de la cual nos acordábamos á menudo despues de haber bajado y habíamos experimentado satisfacciones intensas, que solamente apreciábamos despues de haber renunciado á ellas.

La idea de un porvenir lejano, en el cual, seremos mucho mejores de lo que ahora somos, está colocada casi por encima de la multitud humana, en una razón más pura, con una nueva conciencia y un nuevo horizonte al pensamiento; aquel fervor intelectual en el cual nos mantenía constantemente el análisis atento y sutil de nuestro corazón, la complacencia de notar en muchos de nuestros amigos las primeras señales, casi inconscientes de nuevo respeto y de nueva benevolencia para con nosotros; la alegría

de haber logrado domar con un esfuerzo poderoso ciertos deplorables ímpetus de nuestra naturaleza, ciertas horas de límpida serenidad de ánimo; ciertos estremecimientos de orgulloso gozo, que nacían del sentimiento de nuestra fuerza; todo esto era bello, noble, consolador. ¡Y nosotros lo habíamos arrojado todo!

Este pensamiento, después de habernos atormentado mucho, se nos hacía, al fin, un día insoportable, nos obligaba á dar un salto, indignados de nuestra abdicación, furiosos contra nuestra estupidez, resueltos á intentar la prueba, con todas las fuerzas del alma, á curarnos violentamente, sin remisión, sin piedad y sin tregua, á costa de dar diez años de nuestra vida; y aquella debía ser la última experiencia, fallida la cual nos hubiéramos despreciado hasta la muerte.

Pero ¡qué! Era el exceso mismo de nuestra presunción, esta vez, lo que nos perdía, porque á la más ligera trasgresión de nuestro propósito, nos abatíamos como por una gran caída y el más pequeño obstáculo nos hacía temblar de desdeñosa impaciencia y combatiendo, más por fuerza del orgullo que por virtud del corazón, no alcanzábamos más que alguna turbia y breve alegría en medio de cien esfuerzos inútiles.

Y nuestra resolución duraba lo que suele durar

un ímpetu de ira, y nos rebelábamos, con violencia tanto más brutal, cuanto era más dura la tiranía que habíamos intentado imponernos.

¡Pero cuán tristes eran siempre estas caídas! Era duro tener que reconocer que no teníamos la suficiente fuerza para seguir nuestra razón, y que aquella ideal que teníamos siempre delante, como esperanza y como promesa, no había sido nunca sino un fantasma de nuestro orgullo; y sentir que la bestia que creíamos haber destruido dentro de nosotros, levantaba la cabeza inmunda y triunfante, y volvía á decirnos:

— ¡Eres mío!

Y buscábamos consuelo á aquel disgusto en el placer de aferrarnos desesperadamente á nuestra libertad, á nuestras pasiones, á nuestra vida fácil y caprichosa, como un salvaje que volviese cansado á su bosque, después de rápida correría por país civilizado.

Y así continuamos por algún tiempo, con la conciencia adormecida, no muy descontentos de nosotros mismos, arrojando con los recreos y el trabajo, cualquier tentación importuna de empezar de nuevo; hasta que un día, excitados por la música, felices por una fortuna inesperada, salidos del peligro de una desgracia de familia, enternecidos por el acto

generoso de un amigo, sorprendidos por el remordimiento de una acción indigna, nos hemos dicho:

—¡Probemos otra vez! ¡Aprovechemos la buena ocasión! ¡Valor!

Y á nuestra voz se han unido otras cien voces que salían de la casa donde pasamos la infancia, de los retratos colgados en nuestro cuarto, de un cementerio lejano, de un amigo ofendido, de nuestros amigos predilectos, de una flor seca escondida, de un cuadro contemplado muchos años ántes; y todas á una, nos han repetido al oído, dulcemente:

—¡Valor! ¡Prueba otra vez!

Y nos hemos levantado al día siguiente con un nuevo propósito..... que tuvo el resultado de todos los demás.

¡Qué libro escribiría cada uno de nosotros haciendo la historia psicológica de todas las empresas de esta naturaleza, que ha intentado [durante su vida]! Primero las de la infancia, nacidas de la ternura y de los terrores religiosos; las de la adolescencia, concebidas en la exaltación del primer amor; las abrazadas por furor de grandeza, en la juventud, cuando se cree todo posible á la naturaleza humana; las de la edad madura, intentadas sin entusiasmo, solo por deseo de paz interior y con la esperanza de encontrar más satisfacción en el bien que en el mal....!

Pero convendría decirlo todo, aun la puerilidad y la extrañeza que la acompaña, las victorias y los reveses registrados día por día en un libro de memorias, los tipos ilustres tomados como modelos, los preceptos compuestos por nosotros y grabados en la memoria, el perfeccionamiento del alma conducida al paso con ciertas reformas austeras en la vida material, la ejecución de nuestros propósitos demorada por cierto tiempo, durante el que nos hubiera sido imposible renunciar á ciertos placeres del despecho ó de la venganza, ó fijada para ciertos días propicios, después de ciertos sucesos, que nos hubieran dado un empuje y allanado el camino.....

¡Pobres propósitos! Desde la primera juventud se han ido haciendo más modestos y más raros.

Queríamos al principio combatir de frente y al mismo tiempo todas nuestras malas pasiones; después nos contentamos con intentar domarlas una á una; luego nos limitamos á intentar extirpar una sola, corregir un defecto único: retocar el alma aquí y allá, en vez de rehacerla. Algunas veces persistimos durante varias semanas; otras, las resoluciones tomadas por la mañana, se han evaporado á medio día; en ciertos casos, hemos conseguido levantar el vuelo y describir un arco bastante alto, por encima de nues-

tras miserias, y en las últimas pruebas no hicimos más que alargar el cuello y sacudir las alas.

Y hemos llegado ahora á aquel período de la vida, en que, la mayor parte de los hombres, perdida toda fé en sus fuerzas, no hacen ya ninguna tentativa.

Pensando en el tiempo en que hacíamos aquellas pruebas, experimentamos cierta maravilla por nosotros mismos. ¡Qué lejano nos parece ya aquel tiempo! ¡Cuán ingenuos éramos y entusiastas! ¡Reformarnos! ¡Levantarse una mañana con el propósito de cambiar de alma y de vida! ¡Qué loca ilusión!

Casi no logramos trasladarnos con el pensamiento en medio del mundo moral en que entonces vivíamos y que nos hacía parecer posible semejante cosa. Ahora vivimos así, como vienen las cosas, asistiendo casi como espectadores inertes á la aparición y la muerte de nuestros sentimientos buenos y malos; no fiándonos mucho de los buenos, porque sabemos que los otros les sucederán bien pronto; consolándonos de estos con el pensamiento de que aquellos recobrarán la supremacía á su vez; procurando utilizar los unos para presentarnos al mundo, y de lograr con los otros algún picante placer; reducidos, en suma, á formarnos un concepto de nosotros mismos que se asemeja mucho al desprecio.

Sin embargo, á nuestro estado presente, allá en el fondo, ninguno se resigna. La idea de permanecer toda la vida tales como ahora somos, de no poder subir nunca en la estimación y en el afecto de nuestros amigos, nos es intolerable. Una vaga esperanza de mejorar, de elevarnos, de lograr vivir en mejor acuerdo con la propia conciencia, todos la acariciamos, todavía, secretamente.

No sabemos cómo ni cuándo sucederá esto; pero nos parece que debe suceder: el tiempo nos ayudará, ó la favorable fortuna, ó una desgracia, ó cualquier benéfica amistad, ó algún gran cambio espontáneo y misterioso de nuestro corazón....

Pero otro yo debe introducirse en nosotros, más lógico, más bueno, más respetable que el yo presente: es la última y la más noble de nuestras ilusiones.





EL PRIMER AMIGO

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



®

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## EL PRIMER AMIGO

**N**o pudiendo ser como queremos, con todos nuestros amigos, intentamos poner en acción nuestro propósito con un amigo solo: como sucede algunas veces en los estudios de la adolescencia, en que después de un mes de furor enciclopédico, asustados por la inmensidad de la empresa nos vengamos modestamente sobre una materia única.

Es un caso psicológico de la vida de todos: escoger un amigo entre los más simpáticos, ponerlo en candilero, é ir repitiendo con tanta insistencia á nosotros mismos y á nuestros amigos, que él es el primero y el más querido de estos, que se acaba por creerlo y por ser verdaderamente respecto á él, amigo perfecto.

Así se obtiene una especie de perfección unilateral de la cual procuramos enorgullecernos.

Pero ¡pobres de nosotros! Al propósito sincero de elevar el ánimo, cuántas bajas causas se mezclan secretamente en esta consagración que haremos de un amigo príncipe.

Entra en nosotros la ambición de parecer capaces de grandes afectos y de hacer entender al mundo que tenemos en el corazón tesoros misteriosos conocidos y apreciados por uno solo; también toma parte, aunque á escondidas, el interés de fabricarnos una amistad segura y útil en las necesidades, y se une asimismo cierto engaño voluntario de la conciencia, por el cual parece que, siendo perfecto con uno, podremos con menos remordimiento ejercitar nuestros defectos con todos los demás.

Os encontrareis también, buscando bien adentro, no sé qué amor intuitivo y pedantesco al orden que os hace asignar una gerarquía á todas las cosas, aun á los afectos. Debeis tener, por fin, oculto, el aleteo de una suerte de complacencia vanidosa que experimentamos al decir aquellas palabras:

—Mi más querido amigo, el primero de mis amigos;—las cuales expresan una seguridad de sentimiento honroso para nuestro carácter y encierran una imagen grandiosa que acaricia nuestra vanidad, porque:—Mi primer amigo,—quiere decir también vagamente con un roco de exageración retórica:

—Un hombre que en su corazón nos pone por encima de los otros setecientos millones de hombres que pueblan la tierra, y al cual en nuestro corazón rendimos los mismos honores: de potencia á potencia.

Mas pudiéramos ridiculizarlo mucho, si tomásemos la cosa por el lado cómico.

Quién no ha observado en cuántas formas extrañas y ridículas se manifiesta esta enfermedad del "amigo íntimo" cuando no nace del orgullo y de la vanidad, como sucede casi siempre?

Para muchos el amigo íntimo no es otro que aquel con el cual hemos llegado á constituir una sociedad bilateral de elogios mútuos y de desprecio universal. Para algunos era un amigo lejano, un "íntimo" de otros tiempos, del cual, verdaderamente, no se ocupan nada: pero hablan de él como del alma de su alma, y lo realzan, para rebajar á todos los demás, y os dicen en vuestra cara, delicadamente, mostrándoos el dedo pulgar de la mano derecha—que tienen un solo verdadero amigo en el mundo,—¡uno solo, sabedlo! y debéis comprender que os cuentan en el número de los amigos de tres al cuarto.

Para otros, este "amigo íntimo" es un muerto, y le

han guardado la fidelidad de la viudez, lo cual quiere decir, que ha habido un solo hombre en el mundo, que "los haya comprendido" y que para todos los demás amigos, ellos son y serán siempre un libro lleno de enigmas que ninguno es digno ni capaz de leer. Para algunos esta pasión del amigo íntimo pica muy alto: su amigo íntimo, es siempre un hombre ilustre y poderoso, que los quiere con un entrañable y oculto afecto, al que ellos corresponden, no por su fama y por su poder, que más bien son un obstáculo á la amistad, sino por ciertas cualidades de su alma, solo por ellas conocidos. Para otros, por el contrario, el amigo íntimo es siempre un protegido, uno más jóven que ellos, un tesoro escondido, sacado de su oscuridad, llevado en triunfo por ellos, un ingenio y un corazón de los cuales tienen en la mano todas las claves y lo van repitiendo en los oídos de todos y estos son una prueba de aquella gran verdad, que el entusiasmo con que se reciben á los que empiezan á desarrollar en el mundo, procede á menudo de la envidia que se tiene á los que ya figuran.

¿Y qué razones guían á la vanidad en la elección? ¿Habéis visto alguna vez á un vanidoso colocar en primer lugar entre sus amigos á aquel que se le parece ménos, bajo todos los aspectos, no por simpatía,

sino para formar con él una antítesis extraña, que despierte curiosidad y haga discurrir?

Un hombre de ingenio ¿escojerá un estúpido, para vanagloriarse públicamente de la diferencia? Y ciertos amigos de elevada estatura ¿irán siempre juntos como dos hermanos, sin otro lazo comun que la intención de presentar una simetría majestuosa y vistosa de grandeza?

\*  
\* \*

Pero cuando la preferencia viene del corazon, y está sostenida por un sólido propósito y acompañada de la observacion, esta pasion del "amigo íntimo" dá lugar á uno de los más bellos y de los más útiles experimentos que se pueden hacer con el corazon humano.

Lo hemos escogido; queremos que él llegue á ser como un hermano nuestro, y serlo nosotros para él; le demostramos una gran benevolencia, y nos esforzamos en despertársela de todo corazon; disimulamos ó corregimos, para él sólo, todos nuestros defectos, y cerramos los ojos á los suyos; lo tratamos sin adulacion, con la mayor galantería; no solo no manifestamos á otros, sino que ni á nosotros mismos, en nuestro fuero interno, ningun juicio que le sea desfavorable; lo antepoemos á todos, lo buscamos, lo acariciamos, nos ingeniamos por todos los medios, para serle agradables y hacernos querer, y mantenernos siempre respecto á él en un estado tal de ánimo, que

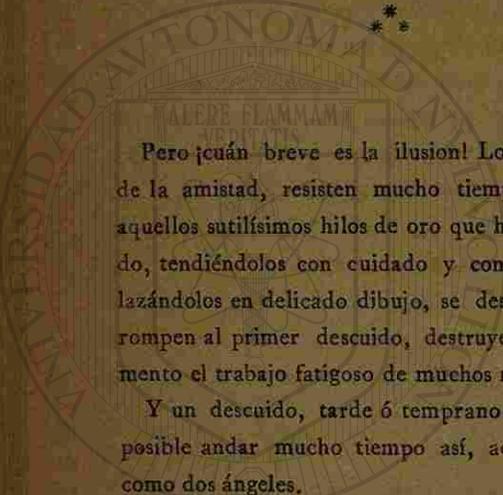
pueda leer dentro de nosotros en cualquier momento, sin encontrar nada que censurar ni de qué quejarse; querríamos ver, si nos fuera posible, á fuerza de voluntad, de bondad, de sacrificios del amor propio y de cortesía, llegar á ser nosotros para él un verdadero amigo al ménos para uno solo y procurarnos un amigo verdadero, siquiera uno.

Y bien, sí; nuestro esfuerzo consigue casi siempre y casi inmediatamente algun fruto. No hay naturaleza humana, por torpe y dura que sea, que no se ennoblezca y no corresponda en algun modo á aquella prueba.

Nuestro amigo, se nos une pronto, aunque no sospeche nuestro propósito. Alguno de sus defectos, desaparecen de raíz en poco tiempo, por la sola razon, de haber cesado en nosotros, los defectos correspondientes, y ciertas virtudes suyas ocultas, se revelan "porque la benevolencia, es como el sol que hace florecer en otros las buenas cualidades que estaban enfermas y las que estaban viciadas;" de donde puede deducirse que no tenemos derecho á juzgar sino á las personas á quienes amamos.

Y además de las que adquiere, se adorna poco á poco con las buenas cualidades que nuestro deseo nos hace ver en él confundidas con las que realmente tiene. Y fácilmente nos llegamos á creer, que el tra-

baja dentro de sí con el mismo sentimiento de amistad ideal, con el que nosotros trabajamos; y creemos ver mil sentimientos benévolos en todos sus actos y en todas sus palabras y llega un día en el cual sentimos verdaderamente aquella amistad ardiente, poética, pura, á la que aspirábamos, creemos firmemente que nos es correspondida, y decimos con conciencia y con altivez lo que decíamos al principio por vanagloria: "¡Sí! ¡El es el primero de mis amigos.....!"


 Pero ¡cuán breve es la ilusión! Los grandes lazos de la amistad, resisten mucho tiempo; pero todos aquellos sutilísimos hilos de oro que habíamos añadido, tendiéndolos con cuidado y con amor y entrelazándolos en delicado dibujo, se descomponen y se rompen al primer descuido, destruyendo en un momento el trabajo fatigoso de muchos meses.

Y un descuido, tarde ó temprano se tiene; no es posible andar mucho tiempo así, acordes y unidos como dos ángeles.

¡Dios mío! los defectos han disminuido, pero no se han extirpado; el orgullo, se ha disfrazado, pero no se ha domado. Trascurrido cierto tiempo, nos parece tener bastante crédito, y queremos empezar á descuidarnos; queremos tener derechos; pedimos y examinamos el que nos han dado; y encontramos fácilmente que la ganancia no nos compensa de las pérdidas.

Hemos alcanzado una buena amistad, pero soñá-

bamos otra cosa. ¿Qué cosa es esta? No lo sabremos decir.

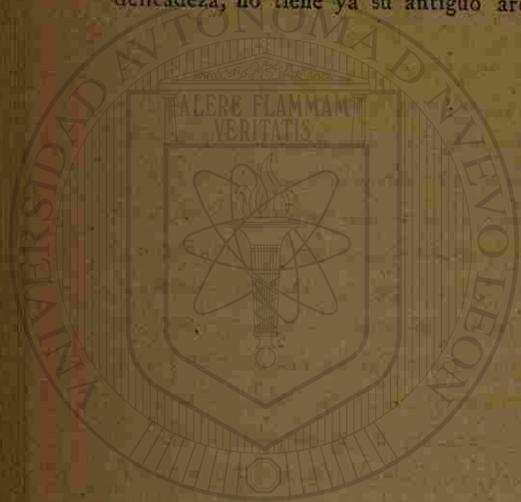
Habrá sido una palabra inadvertida, una entonación de voz, cualquier cosa: en aquella armonía perfecta y muy delicada, una ligerísima desafinación, hace el efecto de un ahullido grosero, desde aquel momento, mil tenaces dudas nos han entrado en el corazón. ¿Habremos escogido mal? ¿Merecía verdaderamente este amigo todo aquello de lo que lo hemos creído digno? ¿Ha comprendido nuestra idea? ¿Es capaz de comprenderla?

El entusiasmo se desvanece, el amigo vuelve á tomar su verdadero aspecto, el sentido crítico se despierta en nosotros, y entónces todo ha concluido.

Si aun persistimos en nuestro propósito, no persistiremos ya con ventaja nuestra ni con ventaja suya.

Continuamos tratándolo con la misma benevolencia y con la misma delicadeza que al principio; pero no le tenemos ya aquel afecto vivo, no experimentamos aquel placer, aquel ardor de artistas satisfechos de su propia obra, el cual nos brillaba primero en los ojos y se infundía en el amigo, y le obligaba á ayudarnos y á facilitarnos el trabajo.

Nuestras demostraciones afectuosas dejan revelar un pequeño esfuerzo, y nuestras miradas no expresan ya todo el sentido de las palabras, y nuestra delicadeza, no tiene ya su antiguo aroma.



\*  
\* \* \*

Y entonces, ¡en qué extrañas y difíciles condiciones nos encontramos el uno respecto del otro! A la espalda de nuestro amigo nos parece ver continuamente, como un fantasma, la figura ideal en que le habíamos transformado, la cual nos mira con aire burlón. Su aspecto, que nos recuerda nuestra pueril ilusión, tiene para nosotros algo de cómico y de triste, como la caricatura de una persona querida; nos es molesto y nos avergüenza. Lo miramos de piés á cabeza, sin él vernos, con un sentimiento de cólera y de piedad hácia él y hácia nosotros mismos, y nos parece oír una voz burlona que nos dice al oído:

—¡Hé ahí tu amigo predilecto, tu amigo íntimo, tu ideal, tu Pitia, á qué ha quedado reducido!

Nuestro antiguo propósito, considerado así friamente, separado de aquellas mil ideas que venían al corazón ardiente de afecto, y nos lo hacen aparecer tan bello y tan fácil de ejecutar, no nos parece ya que fuera sincero.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA DE INVESTIGACIÓN  
"ALEXIS DE MEXICO"  
2000, LIBROS MONTAÑA, N. L.

Y nos encontramos precisados á conservar delante de él y delante de los demás las apariencias de aquella primera amistad, entrañable y poética, porque no hay ninguna razon patente y clara por la cual deba haber mudado. Él debe todavía ocupar el lugar del amigo predilecto, como lo habíamos proclamado solemnemente, y debemos seguir rindiéndole los honores que le habíamos decretado.

¡Qué penoso deber! Porque con él no nos es permitido fastidiarnos, y nos fastidiamos. El mal humor que podemos desahogar con otros, con el tenemos que reprimirlo; las formas corteses que podemos descuidar alguna vez con los amigos de más confianza, con él debemos guardarlas severamente.

¿Qué desgraciada idea hemos tenido al echar aquella carga sobre nuestros hombros? La culpa toda es nuestra, y nos remuerde la conciencia por ello alguna vez, y con el remordimiento, experimentamos un sentimiento nuevo é instantáneo hácia aquel pobre amigo que cayó de su pedestal, y un deseo de volvérselo á levantar para que permanezca algun tiempo sobre él.... Pero sería inútil; se puede levantar de nuevo un amigo caído de nuestra estimacion; pero no se levanta el que de nuestra imaginacion ha caído.

\*  
\*\*

¡Ah! La historia de nuestros "amigos íntimos" que nos han engañado, ¡qué curioso capítulo sería en la autobiografía de cada uno de nosotros! Entre los demás, nos viene siempre á la memoria uno de los últimos, un estafador, alrededor del cual y por el cual "trabajamos" algun tiempo con un entusiasmo de poeta, y él manifestaba hacer otro tanto, por su parte, para animarnos á perseverar; pero hacía como el que finge ayudar á otro para llevar un gran peso; hincha los carrillos y nos deja hacer el esfuerzo; y despues de habernos estafado un año de cortesías, de sacrificios y de afecciones, puesto á prueba se nos manifestó de repente áspero, duro é intacto como el primer día.

Nos acordamos tambien de otro, que era nuestro émulo no sabemos en qué, y que habíamos ya casi llevado á la perfeccion; pero nuestro trabajo no adelantó sino hasta tanto que nuestras vanidades de émulo se equilibraron, y esto duró hasta que nos

encontramos ambos casi á la misma altura: despues, él se nos adelantó un poco, y entonces, dimos entrada á los celos, no envenenados, no tanto para impedirnos tenerlo por amigo como tantos otros, pero bastante vivos, sin embargo, para hacernos imposible conceptuarlo en primer lugar, y lo hicimos descender algunos escalones.

Nos acordamos ahora de otro.... Pero con éste nos hemos engañado uno á otro inconscientemente: fué un caso raro.

Imaginaos dos amigos, que por mucho tiempo creen admirarse y quererse con entusiasmo; que hacen el uno del otro, con los ojos humedecidos, los más hiperbólicos elogios; que se encontraban juntos todos los días, porque tenían la seguridad de que no podrían pasar un día sin verse; que se hacen por cartas las más ardientes y nobles protestas de afecto y de cariño que jamás han salido de la pluma de dos amigos, y que despues, el mejor día, sin que haya pasado nada, con gran sorpresa de los dos, se les ocurre que no es verdad nada de esto, que son indiferentes el uno para el otro, que no han nacido para entenderse, que su amistad no es sino una sustancia que se evapora rápidamente en una poca de agua, una efervescencia de sus fantasías, un castillo de fuego quemado por dos per-

seguidores del ideal que se han encontrado por casualidad....

Y aun esto lo habíamos ocultado en un ángulo del estudio,—en aquel ángulo que tienen todos los escultores de amigos,—detrás de la cortina verde, junto con otras obras maestras desechadas.

\*  
\*  
\*

Pero de los que tenemos ahora estamos seguros. Cuando haya nacido esta predileccion no lo sabemos bien. Quizás antes de que tuviéramos conciencia de ella, era ya el más íntimo de nuestros amigos en el fondo del corazón.

Un día, en un raptó de desesperación, le digimos una palabra inconveniente. No era grave; pero nos pareció enorme, porque era la primera que se nos escapaba con él.

La vergüenza y el dolor que nos hizo experimentar, fué para nosotros una revelación; comprendimos entonces el cariño que le teníamos. Y aquel día le habíamos llamado el más querido de nuestros amigos y nos habíamos dedicado á él. Pero no nos fué preciso hacer grandes esfuerzos, porque él es el más honrado, el más bueno y el hombre más noble que encontramos en la vida.

Tendrá sus defectos; no queremos conocerlos; qui-

siéramos tener hacia él una afección ciega, constante, de esclavo.

No lo conseguimos siempre; alguna vez experimentamos un sentimiento malévoló hasta para él; pero no hace más que cruzar por la mente, y á la primera vez que lo volvemos á ver con aquel aspecto franco y afectuoso, con aquel acento dulce é ingénuo, nos lanzamos á su encuentro con un estremecimiento de alegría y la primera palabra de saludo se queda ahogada en la garganta.

No quedamos contentos del todo, de nosotros mismos al dejarlo; nos parece siempre que no hemos estado bastante corteses, no haberlo dejado bastante satisfecho de nosotros, y preparamos palabras más delicadas para otra entrevista.

El estar solos con él muchas horas, alejados de todos, es para nosotros un placer siempre nuevo que nos prometemos como un premio en medio de todos nuestros trabajos y de todas nuestras amarguras; y no nos sucede nunca separarnos de él, sin remover en nuestro corazón, al volver á casa, las más afectuosas palabras como si él estuviera allí escuchándonos. Nuestra amistad, como el remate de una Pagoda, crecida ya hasta su mayor grandeza, solicita continuamente las miradas y echa en su derredor nuevas raíces.

Volviéndolo á pensar ahora, no llegamos ya á

comprender como habíamos podido decirle un día una palabra inconveniente; nos parece una cosa increíble.

Si en un momento de aberración decimos todavía contra él, interiormente, algunas palabras semejantes, nos falta tiempo para sentir remordimiento, tan pronto y tan impetuosa es la indignación con que renegamos de ella y la despreciamos, como de una cosa indigna.

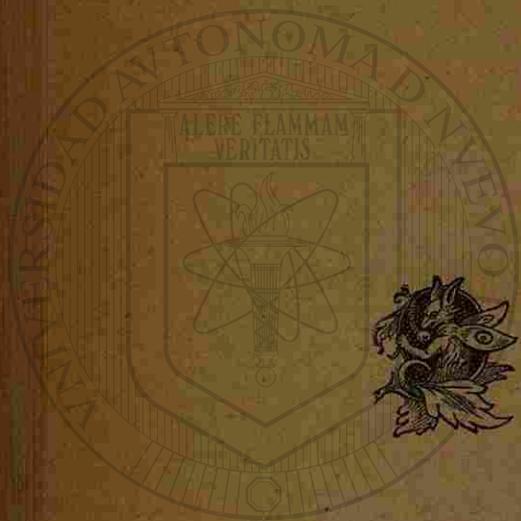
Gozamos en alabarlo, en enaltecerlo, por cima de nosotros, destruyendo nuestro orgullo en su presencia. Ninguna cosa que nos digese, nos podría ya ofender.

Nos parece que de una grave injuria suya no podremos resentirnos de otro modo que con una inmensa tristeza, y que si nos ofendiera y nos abandonase, continuaríamos queriéndolo bien, saludándolo furtivamente al encontrarlo, y al mirarlo de lejos carísimamente, como un hermano ingrato, pero sin culpa. Sí; él es nuestro íntimo y nuestro más querido amigo; lo hemos elegido, conquistado y consagrado; el día que le ofendiésemos ó lo abandonásemos, podría, el primero que llegara, echarnos en cara que no teníamos ni cabeza ni corazón, y que éramos indignos de pronunciar el santo nombre de amistad...

Una cosa nos preocupa, sin embargo, mientras de-

cimos estas palabras, las cuales salen de lo más profundo del alma, y sentimos un rumor por detrás de la cortina verde, donde están escondidas las obras maestras desechadas, un rumor semejante á un sonido confuso de golpes de tos y de risas ahogadas.





JÓVENES Y VIEJOS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## JOVENES Y VIEJOS



AY otra clase notable de amigos: los que son mucho más jóvenes que nosotros. Todos tenemos algunos.

A veces, cuando nos pasa por la imaginación un soplo de la primera juventud, como una bocanada de aire primaveral en el estío, nos encontramos un tanto alejados de nuestros contemporáneos marrulleros y excépticos, que ven el mundo por el lado negro, y hablan casi siempre de las mismas cosas, observándolas todas por el mismo lado; y entónces buscamos á nuestros amigos de diez y seis á veinte años, y con ellos refrescamos el corazón y la cabeza, y recobramos algo de los bríos juveniles.

A no hacerlo así, se chochea demasiado pronto; y por otra parte, no tratando á los jóvenes, se pierde

poco á poco el exacto conocimiento de su edad, que á todos es útil, y no hay manera de estudiar al natural la generacion que sigue á la nuestra, sin lo cual no se puede decir que se conoce bien el tiempo en que se vive.

Es preciso que haya jóvenes entre nuestros amigos para estar al corriente de lo que ocurre. Ellos, á su vez, para anticipar la experiencia de la vida, tienen necesidad de nosotros y buscan nuestra amistad. No la adquieren con los viejos, los cuales están ya, en todas las cosas, muy distantes de ellos, y, ó se rejuvenecen por vanidad y pierden su estimacion, ó les sermonean ó los aburren. Pero, con nosotros que tenemos todavía algo de jóvenes, y conservamos aún caliente el recuerdo de sus pasiones, están muy gustosos.

Ellos ponen en la amistad lo que tienen de más maduro, nosotros lo que nos queda de más juvenil, y así, dando los unos un paso hácia adelante y un paso hácia atrás los otros, nos preguntamos y nos escadriñamos mutuamente, ellos para prepararse al porvenir, nosotros para volver á ver el pasado.

Da gusto así, cuando han tomado confianza con nosotros y hablan libremente, con calor, encontrarnos en ellos tales como éramos hace veinte años; encontrar entusiasmos, órdenes de sentimien-

tos y de ideas, por los cuales hemos pasado y que habíamos olvidado por completo, despues de haber creído y jurado llevarlos en el alma hasta la muerte; volver á oír aquellas conversaciones que nos recuerdan ciertos procesos ingénnos y raros de la razon, de los cuales habíamos abusado como ellos y que habíamos dejado á un lado; volvernos á reir, por simpatía, de cosas de las que no nos reíamos desde hace veinte años; reconocer acentos, gestos, que nos eran habituales, y que habíamos perdido; expresiones del semblante, á las cuales nuestra cara severa no se presta ya; una parte de nosotros que ha muerto y que estaba también para morir en nuestra memoria. Es imposible no tomar afecto á estos amigos, en los cuales vemos reflejadas tantas imágenes de nuestra edad más hermosa.

No es, ciertamente, muy fácil esta amistad. Es menester vencer, entre otras cosas, la envidia que nos dan los largos cabellos negros, los ojos brillantes, las megillas sonrosadas, y aquella plácida sonrisa que es como el reflejo de una gran vision lejana de países maravillosos. Porque es muy fácil decir:— Todos hemos sido jóvenes.— Pero aquella hermosa juventud, llena de fuerzas y de esperanzas no produce despecho, como si fuese nuestra juven-

tud, caída en poder de otro, que nos hubiera sido robada á traicion. A veces, la contemplacion repentina de la frente fresquísima, y de la boca color de púrpura del amigo de diez y siete años nos detiene una expresion benévola, y trae á nuestros labios una palabra punzante.

Estos intrusos nos lo quitan todo—pensamos—hasta la ilusion de ser todavía jóvenes. ¿Cómo podemos ser amigos, sonriendo, de los que así nos socavan el terreno bajo los pies? Y despues, ¡qué petulancia! Aunque bajo las apariencias de la más humilde modestia, se comprende que están orgullosos de su juventud, como de una de sus dotes excepcionales é inmutables; experimentan un sentimiento de compasion hácia todos los que tienen diez años más que ellos, como si fueran objetos inútiles; á cualquier superioridad de los que tienen más años, oponen secretamente su fé de bautismo; comparándose con nosotros, no aparecen ellos mismos tales como son, sino los grandes hombres imaginarios que cada uno de ellos cree firmísimamente llegará á ser un día; creen todos llevar dentro de sí el gérmen de un nuevo mundo; comienzan la historia de la humanidad en el día de su nacimiento; nosotros, y los que nos han precedido, no hemos nacido para otra cosa que para prepararles el camino.

Y no os esforceis en persuadirlos de que el camino es tortuoso, oscuro, y terrible, sería machacar en hierro frío.

Parecerá que os creen y sacudirán la cabeza en ademán de resignacion y de tristeza; pero dejarán siempre trasparente en el centelleo de su ojos, la tranquila é imperturbable seguridad de que el mundo hará una excepcion en favor suyo, y que vosotros sois los profetas recelosos de la desgracia.

Es irritante.

Verdaderamente, es irritante; pero debemos avergonzarnos de que sea verdadero. Para acallar aquel resentimiento que no es sino un resentimiento de amor propio, basta reflexionar, cuánto deberán pasar aun los más afortunados; cómo el mundo les arrancará todas aquellas esperanzas, una á una, como plumas ensangrentadas de la carne viva, riendo de sus gritos desgarradores y en la innumerable é indescriptible série de pequeños y de grandes tormentos del alma y del cuerpo, por causa de los cuales, poco á poco aquellas cabelleras se erizarán, aquellos ojos se enturbiarán, aquellas voces perderán su sonoridad y su pujanza.

Es preciso no tener más que orgullo en el corazon para no sentir vencido el despecho por el afecto, encerrándose en estos pensamientos. Somos egoistas é

injustos. Eramos como ellos son. ¿Eramos? Lo somos todavía.

Cada uno llega á una nueva edad, en la inexperiencia de aquella edad, como dice un gran filósofo.

A los treinta y cinco años, no somos de ningun modo más prudentes de lo que ellos son á los veinte; y respecto á nuestros amigos de la generacion que nos precede, no tenemos ménos ilusiones ni ménos vanidad de la que tienen los adolescentes respecto á nosotros. ¡No creen en las lecciones de nuestra experiencia! Pero es porque dejamos trasparente en cada momento, que no somos sinceros, y porque adivinan muy frecuentemente que exageramos las líneas y recargamos las tintas del cuadro de la vida, en parte por vanagloria y en parte para turbar su esperanzas de las que estamos envidiosos en secreto.

¡Nos olvidan como trastos viejos! Pero somos bastantes más ingratos nosotros con la generacion que nos precede, y más furiosamente impacientes porque nos ceden el campo, nosotros que podemos esperar ménos tiempo y que estamos más fuertemente apegados á nuestros intereses que los jóvenes. ¡Alguna vez, sin embargo, advertimos que bajo su bigote naciente, se rien discretísimamente de nosotros! Y bien: no hay más que resignarse, porque es ley de la natura-

leza que todo hombre en el mundo tenga algo de inútil, de pedante, su lado ridículo, ó en el aspecto, ó en las maneras, ó en las ideas, porque nació quince años despues, y que en el curso de la vida, los que van detrás se rien á las espaldas de los que van delante, los cuales son castigados así, por las burlas que han hecho y que hacen á su vez de los otros que tienen delante.

Quién tiene buen juicio, nada le importa todo esto; con los amigos jóvenes no saben tratar sino las gentes de buen sentido.

No saben tratarlos aquellos que se aprovechan de su ingenuidad; para hacerse valer más de lo que son, y proceden como grandes actores; porque los jóvenes reciben impresiones puras é inmediatas, las cuales los engañan raramente sobre el valor verdadero de los hombres, y si se engañan alguna vez, llega siempre el día que descubren el engaño bajo aquella capa y desprecian grandemente al que ha estafado su estimacion con el arte de los charlatanes.

Es inútil fingir. No podemos hacernos amigos de ellos, sino ofreciéndonos tales como somos, y colocándonos con ellos de igual á igual: el aire de proteccion les cansa, la falsa dignidad les estomaga, la amistad que pretende la sumision les ofende. No se obtiene su cariño sino con la sinceridad y con la be-

nevolencia, olvidándose á sí mismos y ocupándose de ellos, de sus esperanzas, del "gran hombre misterioso" que sienten dentro de sí, al cual, porque es posible que surja verdaderamente, debemos desde ahora nuestra solicitud y un pequeño tributo de admiración. Y como se compensan de nuestra amistad, no es sino con muchísimo campo de observaciones que se ofrecen entre nosotros, y con las cuales tienen ocasión de concernos mucho.

La variedad es admirable. Colosos de diez y siete años, todavía ingénuos y juguetones como niños con su barba espesa; pequeños oradores imberbes, de frente de mármol, armados de piés á cabeza y dispuestos ya para todas las cosas de la vida, los cuales no habiendo visto el mundo sino por un agujero, no se comprende de qué modo hayan podido ver aquello que habíamos visto y comprendido nosotros, á cortina descorrida á los treinta años; impostores refibados que tienen los ojos bajos en nuestra presencia, quietos y recatados como clérigos, y en casa son de la piel del diablo, poderosos como genzaros, tercos como mulos y deslenguados como carreteros; ratones de Biblioteca, ajustados y metódicos como viejos empleados que se han fijado ya un programa minucioso para la vida, trabajos que hacer, fecha del matrimonio, capital que acumulan, lugar en que acabarán sus

días; muchachos nerviosos llenos de vida y de apetitos tenidos con poco dinero, escasos de ropa, ligeros de comida, sujetos en un colegio á toque de campana, que se escapan de sus camisas de fuerza de hijos de familia y se atormentan eternamente aquellos siete pelillos de barba, meditando revoluciones colosales y deseando que se hunda el mundo para romper la monotonía de su metódica existencia; bellos jovencillos, de sangre generosa y noble, buenos, abiertos, llenos de grandes entusiasmos y de honradas indignaciones, los cuales entran en la vida como en un torneo, con la bandera en la mano y una flor en el ojal; jovencitos humildes y delicados como sensitivas, que se avergüenzan por cualquier cosa y tiemblan por todo, y se asoman al mundo como el corderillo á la jaula del león, asombrados por no sé qué concepto gigantesco y oscuro de las dificultades de la vida; estudiantes temerarios llenos de una loca confianza en la grandeza de su propio destino, que hablan descaradamente de las revoluciones que llevarán á cabo en la ciencia, en las artes y en la política como de un nuevo arreglo que quieran hacer en los libros de su Biblioteca; saltimbanquis de bodegón, que van en busca de aventuras pendencieras, fumadores ambulantes de pipa, ligados á nosotros por un sentimiento de gratitud por un empréstito de dos pesetas que los salvó de

un compromiso; pequeños narcisos aderezados, enamorados y ocupados únicamente de su propia belleza; socialistas rabiosos, poetas vertiginosos misántropos precoces que hablan del mundo con el profundo desprecio de grandes hombres desconocidos. Hé aquí todos los tipos.

No acostumbrados aún á fingir, la mayor parte se os dan á conocer íntimamente en poco tiempo, y á cada momento os presentan un nuevo aspecto por el cual podeis estudiarlos. Algunas veces se os presentan con ojos hinchados y soñolientos, entorpecidos por una noche de orgía, á buscar una conversacion instructiva y seria, para salir de aquel envilecimiento melancólico en que caen los novatos despues de la primera escapada; otras veces, pálidos y macilentos por las fatigas extraordinarias de los exámenes, para librarse una hora del terror á las bolas negras, y tomar ánimos con la presencia de una criatura humana, vista despues de aquellos crueles suplicios; hoy, alegres y orgullosos por algun nuevo estudio emprendido, en el cual, ignorando todavía las dificultades y no dudando de su constancia, ven próxima una victoria, que se cansarán de esperar despues de un mes; mañana, simuladamente turbados por los peligros de una aventura amorosa, acerca de la cual nos

piden un consejo, del que no tienen necesidad, sólo por tener el pretexto de contaros con algun colorido poético su primera fortuna; un día, preocupados con un acto de rebelion en familia, agitados, por una ira más forzada que espontánea, que deja adivinar dentro del jóvencillo que se las echa de valiente al chiquillo que llora; otro día, descorazonados por un primer obstáculo, asustados por el primer insulto recibido, por el que creen perdido su porvenir, deshonrado su nombre, concluida su vida, hablan de arsénico y de pistola.

No hay satisfaccion más grata que la que se experimenta en casos semejantes, cuando á fuerza de buenas palabras, razonando pacientemente con el tono de un hermano mayor, un poco por lo serio, otro poco bromeando, se consigue serenarlos, disuadirlos de hacer un despropósito, llevarlos á su casa con una palabra de excusa en los labios, empujarlos, animados de nuevo valor, contra el obstáculo que creían insuperable, hacer que cambien una vida peligrosa por otra honrada; se bendice entonces aquella poca experiencia que se ha adquirido á gran precio; y se comprende más que nunca cómo, una vez perdidas las más bellas ilusiones de la vida, no se encuentra ya el bien propio sino trabajando por el bien de los demás.

Pero no hay que exigir de estos amigos una amistad en iguales condiciones. La amistad de ellos es mucho más voluble que la nuestra, que lo es ya bastante.

Ya no los consideramos como verdaderos amigos, porque la diferencia de edad hace imposible, con nosotros, una familiaridad sin restricciones; ciertas confidencias que no se hacen sino á los que tienen nuestra misma edad; nosotros tenemos siempre á sus ojos algo de preceptores. Por esto nos dan de lado, con gran desenvoltura.

A la más mínima sospecha de que nosotros queremos dominarlos, revindican su propia libertad con una escapada imprevista; y su orgullo turbulento los tiene en continua alarma.

Habíamos creído por algun tiempo, que participaban de ciertas ideas nuestras; y de pronto nos increpan con un ímpetu salvaje, nos combaten furiosamente, en el campo de las ideas, alguna vez, sin convicción, no por otra cosa que por alardear de independencia.

De una á otra entrevista, un nuevo libro leído, la sugestión de un amigo, un flaco que han descubierto en nosotros, el deseo de hacer ver que cambian porque piensan, trastorñan sus ideas.

Después de habernos mostrado por mucho tiempo,

una gran estimación, inesperadamente nos hacen comprender que no nos estiman nada; y que están arrepentidos y disgustados, por haber humillado su orgullo delante de nosotros.

A veces nos abandonan, no los vemos ya en meses y meses; nos han olvidado, les habíamos aburrido, se mueven en una esfera distinta, hemos envejecido cincuenta años para ellos; después vuelven, impulsados por un nuevo sentimiento de simpatía, haciéndonos comprender que ya piensan por completo como nosotros y que están avergonzados de habernos vuelto la espalda; después se nos escapan de la mano otra vez, desviados por una pasión, mientras dura la cual, estamos como muertos y enterrados para ellos, y cuando nos encuentran en la calle fingien no vernos por miedo de que querramos estorbarles sus negocios. Lo mejor es no darse por entendidos de nada, recibirlos benévolaente cuando vuelven; suavizar el calor de las discusiones cuando tratan de exacerbarlas; demostrar siempre, que posponemos el amor propio al afecto que tenemos por ellos. Llega siempre el día en que, compensando, comprenden ellos porqué nos hemos conducido de aquella manera y nos lo agradecen.

Por otra parte, nuestra amistad dura poco tiempo en aquellas condiciones. Aquellos que permanecen

cerca, al hacerse hombres, entran en la familia de nuestros amigos ordinarios, en las condiciones comunes, y aquellos que se van, ¡adiós!

Ocurren bajas constantemente. A este, lo volvemos á ver despues de algun tiempo, vestido de uniforme; otro, llega á casa, despues de varios años, muy satisfecho, á anunciarnos su primer triunfo en el mundo, y despues desaparecen de nuevo; alguno lo volvemos á ver despues de mucho tiempo, ya casado, establecido y encanecido.

Y raro será el caso en que no le volvamos á ver con placer, y que no nos recuerden con emocion aquel primer período de su vida en el cual les habíamos llevado de la mano, doblegándonos con cariñosa indulgencia á los caprichos y á las extravagancias de su amistad juvenil.

La mayor parte, aun cuando sean hombres como nosotros, y amigos ya experimentados, continuarán tratándonos con cierta deferencia delicada que tendrá algo de filial y que despertará un grato recuerdo en nuestro corazón.

\*  
\* \*

Una parte de nuestros amigos se compone de muchachos, la otra de viejos. Las buenas amistades de los viejos nos alivian un poco aquel sentimiento casi de soledad y de miedo, que se tiene á cierta edad, cuando reparamos que hemos perdido todos los afectos que estaban por cima de nosotros, y que tenían apariencia de protección: llegados á la mitad del camino de la vida no podemos ya encontrar una especie de amistad protectora é indulgente más que en aquellos que se acercan á su término.

Todos tenemos algunas cabezas blancas en el círculo de nuestros amigos y las deberíamos ir á buscar, si no las tuviésemos.

Es bueno conocer la vejez, antes de llegar á ella, ver que es lo que sufre y ver donde llega la fuerza de voluntad, como se ingenian para proporcionarse aquella felicidad de todos los días que es el aire del alma, cuáles son los recuerdos que

dan más consuelo, bajo que aspecto se les presenta el mundo, qué pretende de nosotros, qué es lo que nosotros pretendemos un día de los demás, qué cosa es, en suma, ó qué cosa seremos.

Si no otra cosa, nuestros viejos amigos, nos enseñan "el arte de envejecer" que es ciertamente una de las artes más útiles y ménos estudiadas de mundo.

Los orígenes de estas amistades son muy diversos.

Algunos de estos amigos encanecidos los hemos heredado de nuestro padre; eran amigos suyos, el recuerdo de su primer conocimiento se pierde entre los recuerdos más lejanos de nuestra infancia; su antigua imágen es inseparable para nosotros de la de un viejo sillón de nuestra casa, donde lo veíamos sentado en las noches de invierno y de una reminiscencia confusa de razonamientos graves é interminables que escuchábamos con los ojos soñolientos, sin alcanzar su significado.

Otros son padres de nuestros amigos muertos ó ausentes.

Hay algun viejo profesor al cual estamos agradecidos despues de 25 años, por la bondad con que nos alivió de ios primeros martirios cerebrales y los primeros dolores de la escuela.

A otro lo conocimos hombre más duro cuando éramos jovencillos y empezábamos á volar y llegamos á ser, y continuamos siendo amigos porque nos hizo un beneficio que no se olvida nunca, nos trató como hombres, en la edad en que nuestro principal pesar era ser tratados como niños; fué mucho tiempo para nosotros, el objeto de una gratitud apasionada que disminuyó pero no se extinguió toda con los años.

Tenemos tambien un amigo viejo, que es un artista, ó un sábio, ó un escritor, ó un hombre político, el cual nos tomó cariño, porque desde jóvenes recorrimos el mismo camino, dimos nuestros primeros pasos en su misma direccion y combatimos á su lado vanamente, pero con un ardor de adhesion que mereció su reconocimiento.

Hemos conocido otros en la sociedad de nuestros amigos de la misma edad, en medio de la cual descollaban por su vivacidad juvenil, la cual nos agradó y conquistó nuestra amistad porque no estaba acompañada de una severidad que nos impusiera respeto.

Hay amistades que se sienten más vivamente y que se cultivan con más esmero, cuando se ha perdido el padre desde jóven.

Ha y entnces en nuestro corazon un puesto vací

para un afecto grande y respetuoso y andamos buscando aquí y allí entre nuestros amigos encanecidos, si hay quien pueda ocuparlo en todo ó en parte. Y á veces creemos haberlo encontrado.

Ciertas vagas reminiscencias de carácter, de aspecto, de costumbres, que descubrimos poco á poco entre nuestro nuevo amigo y aquel íntimo é incomparable que nos ha abandonado, nos producen una ilusión muy grata; en la manera cariñosa con la cual nos golpea con su mano la espalda, sentimos una sacudida en el corazón y hace que corra desde el corazón á los labios el nombre que tantos años há no podemos ya dar á nadie; y no es raro mientras le observamos furtivamente, ver ciertos gestos repentinos que en la espontaneidad evocan mejor la semejanza, é instintivamente le apretamos la mano.

Pero son infinitamente distintos los efectos que producen en nosotros estos amigos, los cuales resultan entre sí más diferentes que los amigos jóvenes, porque no se prestan tanto á la imitación, ni encuentran necesario molestarse en disimular sus defectos morales que la edad ha agrandado y hecho incurables.

Hay viejos sonrosados y alegres, de una frescura admirable de cuerpo y de alma para los cuales las camas, que dan á su cabellera el aspecto de un tur-

bante de algodón blanquísimo, son una belleza; benévolo con todos, contentos de sí como si de su edad no sintieran sino las ventajas, y avezados á expresar de cuando en cuando su filosofía con un restregón de manos; estos nos hacen un bien inestimable, mostrándonos la vejez despojada de cuanto tiene de desagradable y de triste y casi apetecible, como una edad de contemplación tranquila del mundo, no trastornada por las pasiones; el pensamiento de la cual parece que refleja ya una cierta luz serena sobre nuestros maduros años.

Hay otros testarudos y duros como piedras, con los cabellos espesos y erizados sobre su frente bronceada con bigotes atusados sobre gruesos labios, que descubren dos filas de dientes apretados y fuertes, con las manos gruesas y velludas, señaladas aquí y allí con recuerdos de duelos y caídas, marcados con todas las pasiones de la juventud, viriles en todos conceptos; arriesgados en todas las ideas, inmoderados en el estudio y en todos los ejercicios corporales, que aprenden el alemán á los 65 años, tiradores de armas despues de los 70, castigados por las desgracias y siempre animosos para vivir y violentos y tenaces en todas las cosas; estos nos infunden en la sangre el afán de la vida, el empeño de salir adelante en las empresas á pesar de todas las contrariedades,

haciendo frente á todas las desgracias y á todos los desengaños, trabajando y luchando hasta perder el último aliento, con los nervios crispados y con los dientes apretados.

Hay otros no ménos admirables por razones enteramente contrarias: viejecillos á los cuales desde los 30 años no les entra una idea en la cabeza; monumentos vivos é intactos de otra edad, que no consienten estar con nosotros degenerados, y no aceptan nuestra amistad, sino para contarnos aquellos hechos, recitarnos aquella poesía, solfearnos aquella música, encomiar aquellas costumbres, decantamos aquellos grandes hombres olvidados, á los cuales se unieron su admiración y su afecto, como la manecilla de un reloj enmohecido, y concluimos por encariñarnos con ellos y con su pequeño museo de recuerdos, en el cual descansamos la imaginación, ejercitándonos al propio tiempo en la tolerancia á la opinión contraria y en el respeto á las cosas muertas.

Otro viejo útil y agradable, porque nos hace ahuyentar nuestros pensamientos cuando nos dejamos abatir por presentimientos y abatimientos siniestros, y nos reaviva el espíritu cuando estamos próximos á ser viejos, es el jovencillo eterno, el cual cada dos lustros se para, deja pasar adelante sus compañeros caducos que desprecia, y se sumerge en la oleada humana que

viene despues, de modo que á los 70 años ha cambiado ya tres generaciones de amigos, viejo burlesco que oculta que ahuyenta sus disgustos como las moscas, privilegio de festivas benevolencias con todas las debilidades humanas, cerebro desocupado, corazón abierto, manos rotas, una cara expresiva de viejo truhan bajo una cabellera gris continuamente atusada por dedos amarillentos por el cigarro.

Hay otro, que buscamos cuando estamos melancólicos, como buscáramos una música que distrajera nuestra tristeza; un septuagenario que está sólo, que tiene para nosotros una amistad cariñosa, pero taciturna; y nosotros experimentamos una sacudida en el corazón y una sensación de ternura que nos produce bienestar, acompañándole algunas veces, de noche, tarde, hasta su pequeño retiro de viejo solitario, sencillo como la casa de un hombre que no se preocupa de sí mismo; lleno de retratos y de recuerdos de una familia muerta ó esparcida; delante de los cuales, pensando en nuestro porvenir, sentimos un ligero escalofrío por las venas.

Otras veces, una disposición particular de nuestro ánimo, nos hace buscar al amigo que representa con una cierta gracia severa la vejez elegante y galante, un viejo atildado, ligeramente perfumado y ceremonioso, de maneras vivas, de palabras

agudas y correctas, con una voz sonora y carifiosa, en la cual nos parece oír un eco lejano de risa argentina de bellas señoritas; y sus ojos claros y brillantes expresan mil recuerdos de aventuras envidiadas y muchos deseos sobrevivientes, pero al mismo tiempo el desden de la vejez relajada y no sé qué culto sensual, pero reverente, á la mujer, y un placer de vivir para recordar, y un estudio de parecer amable para hacer comprender que ha sido amado: un viejo, delante del cual, nos avergonzamos un poco, y algunas veces útilmente, del descuido que tenemos de nosotros mismos, degenerado casi en desaliño, y de nuestra libertad de maneras, ya muy cercanas á la grosería.

Hay también el viejo amigo de humor tranquilo y sosegado, que, con su cabeza blanca, se ha hecho un pequeño paraíso casero de voluptuosidad y de comodidad de convaleciente vicioso, en el cual se arrellana y se apoltrona, sonriendo con todas las cien arrugas de su cara bondadosa; y este nos comunica poco á poco su filosofía, un sentimiento reposado y templado de la vida, el amor á nuestras propias comodidades del rincón, del fuego, del café aromático, de la gota de licor añejo, de las conversaciones tranquilas y agradables, una espectación razonable hasta el fin de la vida.

Otro, es un viejo rígido, que no nos concede una entera familiaridad; un poco enigmático para nosotros, pero que en las pocas palabras y en las expansiones del alma, deja adivinar una naturaleza domada por la voluntad, una vejez severa que acecha de propósito, un pasado muy diverso del presente, una conciencia rehecha con esfuerzos y con sacrificios tremendos; y aquel misterio, aquella fina compostura, aquellas canas tristemente victoriosas en batallas íntimas y desconocidas, nos tienen en una sujeción reverente y casi temerosa, que nos hace ajustar nuestras cuentas en la vida y ser más severos con nosotros mismos.

Todas estas amistades, nos dan alguna cosa, que la amistad de los coetáneos no nos puede dar. Tenemos un buen conocimiento de la vida nosotros, y creemos suplir con el ingenio aquella poca experiencia que tenemos menos que los viejos; pero casi siempre, en las circunstancias difíciles, ellos ven más claro y más profundo que nosotros, y á fuerza de limpiar los anteojos y de palpar alrededor con las manos venosas, acaban por encontrar el hilo de salvación.

En las desgracias, más que las palabras abundantes y ardientes de los jóvenes, nos confortan á veces la exposición que ellos nos hacen de las desgracias

propias, y el ver en ellos como aún heridas peores que las nuestras pueden curarse y volver á tomar apego á la vida, despues de haberla arrastrado y maldecido como una cadena de galeote. A ellos solamente nos atrevemos á pedir ciertos consejos, confesar ciertas debilidades, revelar ciertos estados del ánimo que nuestro orgullo viril nos impide descubrir á los de nuestra edad.

Cierto es, que hace falta una gran delicadeza para conservar estos amigos. Algunas veces, la fuerza y la alegría de nuestra juventud les exaspera como una provocacion, y se vengan de ella con la contradicción punzante, con la censura, tanto más acervado cuanto ménos sincera, de las ideas y de los sentimientos de nuestra edad, abusando tambien algo del respeto que nos refrena la lengua.

Y si rompemos aquel freno, nuestra más ligera ofensa resulta terrible á aquel orgullo ya irritado por mil cicatrices. Basta la experiencia de una sola vez para hacernos pacientes y circunspectos.

Cuando se ofende á uno de ellos y se le vé mudar de semblante, ¡en qué mal lugar se queda uno! La expresion de su resentimiento, tiene algo de tan triste, de tan severo, aún en los ménos severos, que lo hace intolerable á quien tenga una sombra de delicadeza.

Y cuando se ha roto la amistad, y se vuelve á ver al amigo envejecido, al cabo de varios años, pasar de léjos, solo, un poco más encorvado y un poco más despacio que la última vez, ¡cuánta pena dá! Nos parece que ha sido nuestra falta lo que le ha hecho bajar de aquella manera, y experimentamos remordimientos como de una vileza, como si hubiéramos golpeado á un enfermo.

El cuidado que ponemos desde entonces para en adelante á fin de apartar toda inconveniencia y toda discordia, aunque sea á precio de un esfuerzo trabajoso, nos está compensado con muchos placeres difíciles de expresar á quien no los siente.

Es un placer especial, por ejemplo, el oír á nuestro amigo cargado de años en el paseo de la población, en Otoño, aquellas largas historias cansadas de familia, de amores y de matrimonios, de fortunas y de ruinas, que parece nos levantan en derredor el polvo de medio siglo, y esparcen un olor de novelas domésticas, que resucitan delante de nosotros, abuelos de cien años, bellas esposas sepultadas, viejas casas destruidas, ideas muertas, costumbres desaparecidas, y tantas armonías y colores de otro tiempo que nos hacen soñar con los ojos abiertos.

Es una viva satisfaccion para el anciano padre de familia, á quien todo le sale mal en su casa, que está

amargado por hijos ingratos, que está oprimido por el trabajo y está hambriento de una hora de paz, venir á buscarnos, desahogar sus pasiones con nosotros y olvidarlas, volviendo con la conversacion y con la mente á sus buenos tiempos y recobrando á nuestro lado un poco de fuerza y de alegría, con la cual le vemos volver valerosamente á las duras pruebas de todos los días.

Pocos recuerdos hay tan gratos como los de ciertas bellas tardes de primavera que consagramos, con un poco de disgusto, á un amigo viejo y desgraciado acompañándole pausadamente y afectando prestar á sus palabras algo graves y monótonas una atención que le agrada, mientras nuestros amigos jóvenes, viéndonos á lo léjos nos hacen señas para que nos agreguemos á ellos con una expresion que ofrece algo de compasiva.

Aquella poca fuerza que nos hacemos para no abandonarnos á un sentimiento de complacencia, al confrontar nuestra sólida virilidad con la debilidad del viejo amigo que se lamenta á nuestro lado, nos infunde otra complacencia más noble que la primera que parece acumular vigor al ánimo y realzarlo.

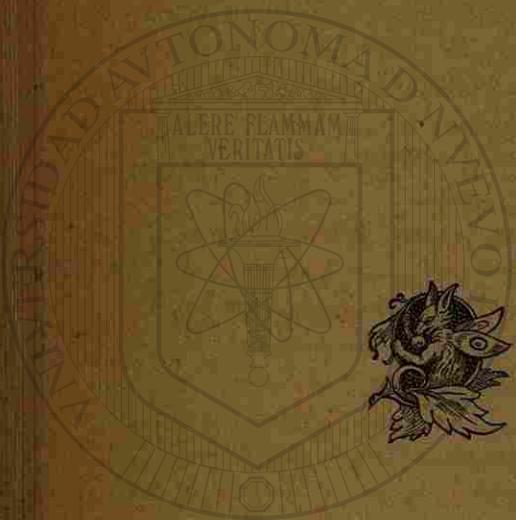
Y gozamos en dedicar á nuestros amigos mil pequeñas cortesanas de amigo oficioso, como si tu-

viésemos la seguridad de que un día nos serán devucitas, y en someterles, por deferencia, nuestra razon como si aquella disciplina que nos imponemos ante la ancianidad estuviese llamada á convertir en más rica y más ardiente la vena de nuestro pensamiento y de nuestra palabra, cuando volvemos entre los amigos de nuestra edad.

Y luego, cada sacrificio, por pequeño que sea, alcanzará su premio.

Pasarán años y años y todas las demostraciones de amistad que hayamos tributado á nuestros viejos amigos, los pacientes acompañamientos que les hayamos dedicado, las ágrías contestaciones reprimidas, los achaques fingidos, ostentados para consolarlos á ellos de achaques verdaderos, las bebidas preparadas junto á su cabecera, las horas eternas trascurridas en las estancias á media luz, perfumadas de manzanilla, las piadosas caricias hechas á sus últimas vanidades y las consoladoras palabras dejadas caer sobre sus últimos dolores, todas ellas volverán á nuestra memoria y todos estos recuerdos rociarán nuestro corazon, uno por uno, lentos, dulces, templados, haciendo quizá florecer algun buen sentimiento adormecido.





LOS PLACERES DE LA AMISTAD

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## LOS PLACERES DE LA AMISTAD



ABLEMOS un poco de ellos, aquí entre nosotros, amistosamente, sin hacer caso de esos seres, casi irracionales, que no los sienten, de los falsos escépticos que, burlándose de esos placeres, los disfrutan, y de esas gentes insulsas que gozan de ellos sin tener conciencia de que lo hacen. Hablando de ellos, avivaremos el deseo, refinaremos el sentimiento y nos adiestraremos en el arte de procurármolos y de gozarlos, que es una de las artes psicológicas más provechosas para la vida.

Celebremos, ante todo, esa libertad sin límites de la conversacion, de esa conversacion descabellada y loca, llena de enormes paradojas, de relaciones indecibles, de burlas sin propósito, de sar-

casmos nefandos, de chanzas monstruosas, la bacanal de la charlatanería y de las carcajadas homéricas, la carrera desenfrenada á través del campo infinito de la ridiculez humana, á la cual nos abandonamos entre amigos íntimos en las noches de clara luna.

Es la satisfacción de una necesidad indomable del cuerpo y del alma y el desenvolvimiento de toda la risa comprimida por los cuidados y hastios diarios de la vida, la protesta violenta de la naturaleza contra el falso pudor, la falsa gravedad y la falsa alegría de las cien conversaciones artificiosas á que de continuo nos vemos obligados, el desahogo necesario de la imaginación sofocada, la distension voluptuosa de los nervios contraídos por el trabajo, la excarcelación de todos los instintos encadenados y oprimidos por mil deberes de nuestra edad y de nuestro estado, el ímpetu rebelde de la sangre y del espíritu que nos hace lanzar por los aires la seriedad y la razón, como tira el muchacho por el alto el paquete de libros y cuadernos al salir de la escuela; una especie de "locura no duradera," como dice de la risa Leopardi, de embriaguez intelectual, de orgía de la palabra, de loca fuga del pensamiento de todas las vías regulares y obligadas, con la cual nos pa-

rece recobrar un tanto de juventud en las venas y de valor en el ánimo.

Todos sentimos esta necesidad.

Cada uno de nosotros lleva dentro de sí un pequeño bufon que á sus horas salta fuera y que, cueste lo que cueste, desbarra. Ora descienda de la cátedra, ora del banco del juez, ó del escaño del diputado, ó de los nimbos dorados del arte, cuando hay cinco amigos juntos, todos acaban por vaciar el saco de las tonterías.

Pensad en la inmensa cantidad de material cómico que se consume en el curso de pocos años en toda gran familia de amigos. Miles y millares de anécdotas de todo género, desde el *batabiano* más crudo al *manziniano* más castigado, desde el *pariniano* más fino al *aratinesco* más grosero, antiguos y recientes, tomados de todas las clases sociales, acumulados en los libros amenos de todas las literaturas, compuestos con palabras de todos los dialectos, pasados por millares de labios, aderezados de mil maneras, acomodados á mil circunstancias diversas; una colección interminable de despropósitos escolares, de versos macarrónicos, de caricaturas oratorias, de encadenamientos de palabras, de cacofonías bufas, de equívocos de farsa, de sandeces famosas y de fantasías de

manicomio; un capital sin fondo, de lengua extravagante y brutal, pescada en todas las aguas, teñida de todos los colores, plegada á todas las necesidades, improvisada, estropeada, desnaturalizada, según todos los caprichos; un monton innumerable de documentos de "locura razonadora y alegre," capaz de hacer perder la cabeza á un cataloguista benedictino.

Una parte de este material cómico pertenece á todos los grupos de amigos de todas las partes del país, fluctúa por el mundo y se halla en todos los lugares. Por el contrario, otra parte es completamente nuestra, de nuestro grupo. Todos trabajamos por aumentar y refrescar el patrimonio comun.

Cada uno aporta los bosquejos de los personajes ridículos que conoce, las propias aventuras burlescas, las particulares gracias de su profesion, el jugo de sus lecturas humorísticas, aguzando con sumo cuidado sus especiales facultades cómicas.

Allí están los inventores, los recopiladores, los trasformadores, los maestros de la narracion y los artistas de las salidas improvisadas, los apasionados que no tienen otra ocupacion en la vida, los eruditos portentosos de la ciencia infinita de la broma, los cultivadores especiales de ciertos campos del ridículo, cooperadores eficacísimos que no apor-

tan á la compañía más que la cara alegre y la risa contagiosa.

El material es perpétuamente móvil y cambiante; una parte solo sirve una vez y se desecha; otra parte permanece en el fondo del almacen, haciéndose uso de ella, como de ropa nueva al cabo de algun tiempo; los recién llegados de otros círculos ó de otras provincias añaden de cuando en cuando, un tesoro de documentos y de hallazgos inéditos; amigos, antes ineptos, se perfeccionan y pasan á ser primeros actores; los unos toman de los otros ciertas maneras y ciertos artificios de buen efecto; se forma una jerga, una escuela, una complicacion de reclamos, de cosas sobreentendidas y de señales, entre las cuales nosotros nos orientamos, bastándonos decir una palabra para hacer estallar de todas partes la hilaridad y las ocurrencias.

No son, á la verdad, todos los días propicios para ello; noches hay en que esta produccion de chanzas es forzada y provoca risas sin consecuencias, que acaban por producir hastío.

Lo cual solo quiere decir que aquella noche no hacían falta.

Pero ¿con qué pagar las noches afortunadas, cuando todos nos reñimos y nos encontramos to-

dos sin buscarnos, como si nos hubiese atraído unos á otros el prurito comun de hacer ruido?

Van gradualmente llegando las chanzas á los últimos confines de la bufonería; ignoramos nosotros mismos como diablos vienen las unas más extravagantes que las otras; los más graves son arrasados por el torrente; no se ven más que bocas abiertas y ojos húmedos, y parece como que debe hallarse desvanecida hasta la sombra de un pensamiento triste, hasta en lo más recóndito de la mente del menos alegre de nosotros; todavía hacemos resonar de carcajadas y de risas las calles solitarias, todavía hacemos un epígrama al meter la llave por la cerradura de nuestra casa y nos acostamos ya sin pulmones sonriéndonos todavía al dormirmos y sonriendo también al despertar mejor dispuestos para el trabajo y como rehechos con nuevas fuerzas procedentes de aquel carnaval de chistes, de aquella erudición tumultuosa de buen humor que nos ha sacudido la sangre y nos ha alegrado la cabeza.

\*  
\* \*

Otro de los placeres, pero más íntimo y tranquilo, hácia el fin del invierno, mientras la ciudad se embrutece en las últimas orgías del carnaval, es salir al campo de madrugada con un amigo simpático y caminar á la ventura. Todavía está uno un si es no es soñoliento, pasando entre los rumores confusos de la ciudad que despierta, entre la interminable fila de casas de la poblacion y la no ménos interminable fila de tapias de los arrabales, y los ojos, perezosos y todo levántanse á medir la altura de las chimeneas humeantes de las fábricas, erguidas entre neblina como troncos de enormes árboles.

Se camina en silencio, arrastrando la vaga mirada, sobre los huertos blanqueados por la escarcha y sobre los bodegones entreabiertos que tienen ya aspecto de aldea, con la imaginacion preñada todavía de brillantes imágenes de teatro y de cena.

Pero llegados ya á campo abierto, el aire vivo, la niebla que se dora y se desvanece y el olor de la

tierra nos sacuden. Se respira; la jornada es nuestra, somos libres: libres para hablar, para callar, para estar tristes, para estar alegres, para alzar la voz, para caminar y gesticular á nuestro capricho y para tendernos por el suelo si se nos autoja.

Se deja andar la conversacion por donde ella quiere, es día de descanso para el espíritu; la amistad celebra su domingo; queremos abstenernos de la fatiga de la contradiccion más mínima; hablamos plácidamente por períodos lentos y llenos de divagaciones, interrumpidos de cuando en cuando por el campanilleo de un rebaño, ó rotos bruscamente para mirar la piedra ó el hilo de hierba ó para recoger un trozo de periódico sobre el camino flanqueado por dos estrías de nieve.

¡Cuán charlatanescas y sórdidas parecen en aquella soledad austera del campo invernal las imágenes de las pompas y de los placeres urbanos! Gozamos en saturarnos con el alma y con el cuerpo en aquel aire rígido y puro, como gusta después de una mascarada nocturna sumergir y chapucear en una jofaina de agua helada, el embadurnado rostro.

A medida que marchamos hácia adelante, alargando el paso y desnublando la mente, nos alegramos más y más de haber huido durante algunas horas del tumulto de la ciudad súa y ébria.

Los campos suceden á los campos, las quintas á las quintas, los caseríos á los caseríos; el cielo se ha aclarado y la serenidad de la Naturaleza se refleja en nuestras palabras. Hemos hallado uno de aquellos argumentos, respecto de los cuales cuanto más discutimos, más concertamos íntimamente, y la conversacion se prolonga hasta el infinito en continuo y recíproco asentimiento, con un placer siempre vivo.

Los cercados de ambos lados del camino reanenan con nuestra alegre voz que hace levantar los ojos á los chicuelos acurrudados al sol, y las capillas solitarias nos devuelven por sus ventanas abiertas el ruido de nuestros pasos.

Todo está quieto y casi adormecido bajo aquel rayo de sol que es como la primera caricia de la primavera. Salimos del camino. Tras las masas de los desnudos árboles se levantan los techos graciosos de las quintas.

La conversacion cambia de asunto. Delante de las verjas de los jardines mirando las bellas casitas cercadas y mudas, supone nuestra fantasia que dentro existen mundos de riqueza y de vida espléndida; cambiamos nuestras impresiones el uno frente al otro con los ojos llenos de un deseo sin esperanza; y la vista de los verdes bancos bajo los cenadores nos traen otras bellas imágenes de tiempos lejanos,

que vierten un poco de tristeza en el ánimo, cuando al volver al camino, vemos en nuestra sombra claramente dibujada en la blanca carretera las formas graves y viriles de nuestra edad madura.

Pero las ideas cambian al bajar al valle entre las caras pobres y los campos. La conversacion se extiende sobre cien objetos, como la mirada, un poco trastornada y distraida por el cambio de decoracion: una historia de familia, el estilo de un paisagista, la muerte, el mar, la vida de los campesinos, la hormiga que escapa del agujero á cuyo lado cayó nuestro fósforo, una batalla imaginaria reñida en aquellos cerros y en aquellos valles, un asesinato recordado por una cruz plantada en un lado del camino.

Y la conversacion adquiere un tinte melancólico ó alegre, segun cambian los horizontes, ó segun que el sol se oculta ó aparece. Pero se van haciendo siempre más íntimas y al vigorizarse el cuerpo, sacudido por el no acostumbrado ejercicio, va propendiendo cada vez más á la alegría.

El vernos así solos, lejos de nuestros demás amigos, en aquellos lugares solitarios, nos inspira á ambos un nuevo sentimiento de benevolencia.

Pensamos en aquellas peregrinaciones románticas de amigos indivisibles que recorren juntos países inmensos, á pié, en busca de aventuras, afrontando pe-

ligros y resistiendo privaciones de todas clases sostenidos por el afecto y por la alegría, prontos á dar la vida el uno por el otro. Y excitados por esta fantasía, nos cogemos del brazo de cuando en cuando.

Desde aquella soledad vemos el mundo á través de un velo de poesia que lo aleja y embellece.

Hablamos con indulgencia de los amigos. Amamos la vida. Se nos presenta agradable al pensamiento el trabajo que nos espera al día siguiente en aquella estancia recogida, rodeados de todas nuestras comodidades. Y apretamos el paso, cantando y riendo. El campanario del paisage, allá en el fondo, nos atrae, como si fuese la meta de un largo viaje. Llegamos allí un poco cansados con el apetito y el buen humor de dos labradores, mirando alrededor con sonrisa curiosa, la plaza, la casa consistorial, la botica, aquella paz soñolienta que da ganas de tomar un cuarto en la aldea y quedarse á soñar allí quince días, con los brazos cruzados y la pipa entre los dientes. Y se apodera de nosotros una nueva alegría de escolar en vacaciones, en la habitacion de la posada que huele á húmeda y á cerrada entre las paredes pintadas con paisages infantiles entre los cuales destaca un rey de Italia monstruoso y una reina grotesca; y allí, apoyados los codos en la recia mesa y entre el humo de la olla de los campesinos nos contamos la historia de

nuestra amistad, nos revelamos los falsos juicios formados en nuestras primeras entrevistas, nos confesamos de antiguas injusticias, y nos tributamos cara á cara amantes alabanzas que nunca nos hubiéramos atrevido á proferir en la barahunda de la ciudad y nos apretamos las manos al llegar á los postres, tendiendo los brazos por encima de la aceitera de hierro.

Carísimo episodio rústico de nuestra amistad, que permanecerá intachable en la memoria con otros muchos, como un cuadrito flamenco, con aquel rayo de sol que caía sobre la alhacena y aquella fachada de ermita que se veía desde la ventana y aquella franca sonrisa de buenos compañeros que brillaba en nuestros ojos.



Pero todavía hay un placer mayor que estos: viajar juntos.

El aire del mar refuerza la amistad y el humo de las locomotoras le presta un buen color de antiguo, como el sol á los monumentos.

El ideal está en llevar á nuestro amigo por un país que ya conozcamos nosotros, gozando así el doble espectáculo de las cosas y del efecto que producen, saboreando una por una por simpatía todas las impresiones vivas de la primera vez.

Pero hay en esta clase de viajes un peligro continuo; una tendencia á violentar al compañero, á hacerle dócil instrumento del propio capricho y á protestar de todos aquellos juicios y deseos suyos que nos cuadren, como protestaríamos de una rebelión á nuestra autoridad de directores del viaje y administradores del placer.

Por eso es lo mejor viajar por tierras nuevas para ambos y que sean distantes. Y en esto también el

sábado es más alegre que el domingo; los preparativos dan más gusto que el viaje mismo. Es una especie de embriaguez todo aquel tiempo empleado en repetir cien veces las mismas cosas, trazando cien veces las mismas líneas sobre el mapa antes roto que aplicado á su destino, entre el desorden de maletas y valijas, cerca de la ventana entreabierta desde la cual buscamos ya en el horizonte los azulados contornos de ciudades y montes desconocidos y parece que el aire nos trae ya un vago olor de agua marina y de brea de puerto.

Nunca tuvo para nosotros más precio nuestro amigo; estamos celosos de su salud como un empresario de teatro de la voz de su tenor. Él es, por sí sólo, una gran parte del placer de nuestro viaje; es nuestro espejo, nuestra lente, nuestro eco, nuestro álbum vivo, nuestro espejo ustorio moral que refleja, concentra y anima todas nuestras emociones.

No hay ya peligro de melancolía.

En las inmensas calles de las ciudades extranjeras, en los grandes teatros atestados de gente desconocida, en los momentos en que nos comienza á entrar el mal humor negro, abrimos el registro de las tonterías y de las bagatelas familiares, evocamos los amigos burlones, recordamos lugares,

palabras, cuentos de nuestro rincocito en la lejana poblacion y el buen efecto es inmediato y maravilloso.

Es un placer que no puede describirse, el que se siente al despertar en el cuarto de una fonda, después de un sueño que nos ha trasportado á casa, al punto mismo en que vemos por la ventana, entre la neblina, la arquitectura exótica de la ciudad nueva, que nos reclama duramente á la conciencia de nuestra separacion del país soñado, sentir en el cuarto inmediato la voz festiva del amigo, como la voz misma y el saludo de la patria que nos acompaña.

¡Y en las grandes mesas redondas, en medio de aquella corona de caras nunca vistas que muestran el hastío y la tristeza de la soledad, en aquel silencio mudo de autómatas que comen, qué gusto se experimenta al engolfarnos nosotros dos en una conversacion calurosa y jovial que produce envidia alrededor nuestro y suena en nuestro oído y nos llega al fondo del alma como un trozo de música de nuestro país!

¡Y en los días de lluvia, cuán bellas son aquellas horas que pasamos juntos en un ángulo de nuestra estancia arreglando aquel bendito balance, que, estirado por una parte, pide socorro por la otra,

festejando sobrantes inesperados que á la segunda cuenta se desvanecen, y haciendo feroces propósitos de economía, suspirando y riendo, con los ojos fijos en aquellos pobres *marengbi* exparcidos por la mesa, como los restos de un naufragio sobre la orilla!

A la verdad, tambien en viaje son inevitables los resentimientos.

De poco sirve que el amigo represente la patria para nosotros; parécenos á veces que la patria podría estar mejor representada; nos parece que el diputado es perezoso, testarudo, incisivo, pedantescamente injusto para con el país extranjero ó ingratamente maligno para con el propio, y no pocas veces discutimos con una bñis que nos oscurece la vista ante los monumentos más ilustres, ó tambien ocurre á veces que nos volvemos la espalda por la mañana para no volvernos á ver hasta la noche.

Pero por la noche nos volvemos á ver, llenos de alegría, como si hiciera un mes que no nos veíamos. Es imposible conservar la dureza al volver á ver aquella cara que, entre las cien mil que habremos visto aquel día, es la única que conocemos, la única que puede hablar de aquel ángulo de lejana tierra, donde está recogido y donde nos espera todo aquello que tenemos en el mundo de más querido.

Es imposible no tender ambas manos al amigo cuando se vuelve con él al aposento en medio de aquellos baules abiertos, de aquellos pequeños objetos desparramados acá y allá, que nos recuerdan á ambos, las manos activas y cariñosas que nos han preparado todo para el viaje, y las voces trémulas que nos han hecho las últimas recomendaciones, cuando ya teníamos el pié en el estribo.

En aquella hora, en medio de aquellos objetos, despues de haber escrito nuestras cartas, nos hablamos con un cariño insólito entre nosotros, nos hacemos confidencias que nunca nos hablamos atrevido á hacernos, y hasta el amigo frio que jamás sintió la necesidad de una caricia fraternal, posa la mano sobre el hombro del amigo.

Y luego hay el placer febril del regreso, y más tarde el placer aun más vivo del recuerdo.

Y entonces, todo se embellece al pensamiento, hasta el hastío, hasta los desengaños y los sinsabores. Es aquel un pequeño mundo de memorias absolutamente nuestras, en el que nos place encerrarnos y revivir sólo los dos, á veces sin discurrir ni hablar, solfeando solamente aquellos dos ó tres motivos obstinados que nos acompañaron durante el viaje, y que ora nos recuerdan las cosas, ora los olores, ora el aire de los lugares, mejor aun que

las palabras; y de cuando en cuando tenemos necesidad de volver á empezar la conversacion del: *¿te acuerdas...?* y la volvemos á empezar siempre con el mismo placer, ayudándonos á porfia á recomponer y á iluminar aquel cuadro, delante del cual se desvanecen nuestros pequeños rencores, como se desvanecen los rencores de dos hermanos al eco de una sintonía lejana, que recuerda á entrambos una antigua fiesta del hogar.

\*  
\* \*

Otro de los grandes placeres consiste en discurrir íntimamente de las cosas propias, con un amigo de nuestra misma profesion.

Cuán verdadera es la máxima que dice: "podremos tener envidia unos de otros, desacreditarnos y hasta odiarnos; pero no se habla con completa satisfaccion sino entre gente que se ocupa como fundamento de la vida, de las mismas cosas que nosotros."

Se entiende bien que siempre que se hable de los negocios comunes en aquellos buenos momentos en los cuales el sentimiento de la envidia y de la competencia está sofocado en nosotros por un deseo prepotente de abrirnos y de comprendernos unos á otros y nos encontramos con el ánimo puro delante de la ciencia, del arte ó del oficio en que somos colegas.

Entonces la conversacion sube y se eleva rápidamente y nos procura á ambos la satisfaccion de un

desahogo del corazón y el placer nervioso de un trabajo de la inteligencia.

Estamos en nuestro campo, el pensamiento abunda, la palabra sale fácil y clara, poseemos una cantidad de formulas comunes que aligeran el discurso y nos entendemos hasta por señas.

Nos probamos sobre las dificultades generales, sobre las alternativas íntimas de la lucha de la voluntad contra la carne y sobre las satisfacciones secretas de la conciencia.

La respuesta de uno, es el eco del pensamiento del otro; no tenemos necesidad de interponernos; al escuchar al amigo que habla de sí mismo, experimentamos idéntico placer que al hablar de nosotros en persona.

Somos como dos enfermos de los nervios que experimentan una voluptuosidad acre, al saludarse y reconocerse los dos torturados por los mismos dolores y por las mismas angustiosas alucinaciones que ningún extraño comprende.

Poco á poco, tomando ánimo uno sobre otro, nos comunicamos los tormentos de un pensamiento único que llevamos escondido en la frente durante meses enteros, como un agujero ardiente.

Los cansancios rabiosos en que la mente se agita todavía como una mano mutilada, para aferrar la

idea que no puede retener más, y el ánimo se contrista á la sospecha de una decadencia lenta, irreparable de las facultades intelectuales; las noches agitadas por cien espantosos sueños, que acaban todos, después de una vertiginosa vuelta en aquel mismo asunto ó en aquella misma página maldita sobre la cual habíamos roto la pluma en el últimos momento; los largos días de precipitado trabajo y de asaltos infatigables y furiosos sobre una dificultad que nos detiene á un paso de la meta, y nos rechaza, con la desesperacion en el alma; y aquellas ansiedades mientras estamos allí encerrados en nuestro trabajo, aquel triste afán que nos acomete pensando en la vida que huye y en tanta gente como se agita, obra, es libre, goza del mundo y nos desprecia, y el suplicio de aquella horrible facultad crítica que rompe todos nuestros ímpetus, turba todas nuestras satisfacciones, agrava nuestras fatigas y se convierte en cómitre feroz contra nosotros mismos, y los tristísimos días de impotencia y decaimiento, en los cuales la envidia muerde nuestras entrañas y la piedad de nosotros mismos arranca el llanto á nuestro corazón.

A cada revelacion que nos hace el amigo, escapa una exclamacion de maravilla y placer.

Es un consuelo infinito el de contarse uno á otro

cosas y tocarse con la punta de los dedos las fibras más sensibles y oír que se contestan como las cuerdas de dos instrumentos.

Los celos del oficio renacerán mañana. Pero hoy no sentimos más que nuestra fraternidad de condenados.

Somos dos operarios que desahogan su alma, al rededor de la misma mole de granito en las entrañas de la misma montaña.

—¡Vaya!—nos decimos uno al otro en el corazón—¡Qué pobre mártir eres tú también!

Y excitado por aquellas palabras pasamos sobre la prudencia acostumbrada: nos confesamos las lagunas de la inteligencia, nos decimos al oído, cuáles son las ruedas inmóviles y los muelles rotos de nuestra máquina intelectual, con qué vergonzosos artificios nos paramos ante los pasos peligrosos y con qué imposturas procuramos engañar al mundo algunas veces; llegamos hasta cambiar consejos útiles y á cedernos uno á otro ideas preciosas; y en tanto nos preguntamos en secreto:

—¿Por qué no somos siempre así? ¿Por qué no usamos siempre entre nosotros esta sinceridad, que además de ser tan noble, es tan ventajosa para los dos?

Y cuando nos lo hemos dicho todo, exhalamos un

suspiro, nos sentimos vigorizados de nervios y de ideas; nos saludamos con un apretón de manos que expresa la alegría y la gratitud; y volvemos á meternos en el trabajo, preparados más gallardamente á luchar y á sufrir con la imagen de aquel otro condenado delante de los ojos.

\*  
\* \*

Pero el máspreciado de todos los placeres es el de la hospitalidad. El de recibir al amigo íntimo en nuestra casa, cuando es verdaderamente íntimo y tiene el raro sentimiento de la familiaridad suelta y delicada á un mismo tiempo.

Cuando está entre nosotros como en su casa y dá vueltas por las habitaciones como un hermano, y conoce hasta los más pequeños objetos, se extraña de todo cambio, discute sobre la colocacion de los muebles, pone siempre el sombrero en el sitio elegido de antemano, quiere ocupar su silla preferida, arranca la hoja atrasada del calendario, dá su juicio franco sobre el café y echa sus siestecitas de cinco minutos cuando está cansado.

Es un placer singular el de oír su voz alta en la sala de entrada y su paso habitual en el corredor; es otra voz, es otro ruido de pasos que el que sentimos por las calles.

Verdaderamente, ningun amigo nos parece bas-

tante íntimo hasta que no hemos visto su rostro en aquel ángulo, contorneado por aquellas flores de la tapicería y alumbrado por la luz de nuestra casa, en medio de aquellas nül cosas que tocamos cada día, dentro de aquel aire que sabe todos nuestros afectos y todos nuestros secretos, entre aquellas paredes que nos han oído muchas veces hablar mal de él.

El placer que experimentamos, es de una naturaleza que escapa á la potencia de la palabra, como ciertos tonos ligeros de los colores, escapan á la potencia del pincel.

La expresion de la amistad, entre nosotros, cambia de tono; son dos sentimientos armónicos: en él el respeto de la casa, en nosotros una respetuosa gratitud por aquel respeto. Dos sentimientos que, sin restringir la libertad, dan á nuestras palabras, á nuestras maneras, á la expresion de nuestra cara, no sé qué más distinguido y más mórbido, que es para nosotros lo que una ligera veladura para ciertas voces, la cual las hace más agradables al oído.

En aquellos momentos, él es más nuestro y nos sentimos más seguros de él.

Y aunque no sea uno de los más queridos entre nuestros amigos, todos los besos que estampa en la frente de nuestros hijos, nos resuenan en el fondo del

corazon, como vagas promesas de lejana proteccion y nos parecen otros tantos sellos que él pone con la boca á nuestra amistad.

Y cuando los suyos y los nuestros se saludan en nuestra casa haciendo una graciosa confusion de rizos, de bracitos desnudos y de trajecitos claros, nosotros con la imaginacion recorremos los años, soñamos en la herencia de la amistad, vemos, temblando secretamente de placer, jóvenes valientes que se turban al encontrarse y vienen á casa, tristes, á confesar sus secretos. Y mirándonos en aquel instante, nos leemos en los ojos el mismo pensamiento y sentimos que aquel pensamiento dá un apretón á los lazos que nos unen.

¡Cómo nos alegra cualquier señal de buen humor que dé en nuestra casa, aun el amigo cuyo buen humor no busquemos fuera de casa!

Es, en verdad, un amor propio de dueño del nido que no tiene nada que ver con la vanidad de amo de casa.

No entra la vanidad en la alegría que se siente esperando al amigo, cuando en la casa se hace el trabajo por él, y los muchachos saltan entre nubes de polvo levantado por el barrer afanoso de las grandes ocasiones, felices con aquella confusion y aquellos olores insólitos.

Es un sentimiento lleno de graciosa poesía el que nos hace poner de muestra en aquel día todo lo que en casa tenemos de más agradable á la vista y que suenan más agrodablemente á los golpecitos del índice ó que prometa una alegría más elocuente.

El amigo puede tener cuantos defectos se quiera y habernos dado en otras ocasiones mil disgustos; aquellas paredes pueden haberlo oído despedazar sin compasion cien veces; no importa.

En quel momento se escusan sus defectos, las maledicencias se olvidan, su presencia se desea sinceramente, su venida se espia con impaciencia desde la ventana, su campanillazo nos arranca una exclamacion du placer: la acogida que se le hace sale del corazon.

Y no hay sombra de adulacion en el estudio que se pone en no contradecirle siquiera en la más mínima cosa, en el cuidado con que se busca, que hasta sus más ligeros deseos sean prevenido; que los muchachos pronuncien su nombre, que toda la casa le sonría y le deje un buen recuerdo de nosotros.

Mañana volveremos á tomar nuestras asperezas y nuestros malos humores.

Pero hoy no; hoy es un día de fiesta en el que no se recuerda ni se prevé más que el bien: el amigo está

bajo nuestra tienda, sagrado é inviolable como el huésped del árabe.

¡Podrá no acordarse de estas horas en los días en que tendremos necesidad de poner á prueba su amistad!

Pero ¡qué! Las olvidamos también, porque hemos olvidado otras semejantes nosotros también; y, sin embargo, no por eso dejamos de estar conformados y tranquilos...

¡A tu salud hermano!

\*  
\* \*

¿Y el placer de encontrarse juntos en uno (es una palabra que nos falta) aburridos del salón lleno de gente compuesta y helada charlar un rato en un ángulo nosotros dos solos, hablando mal de todo el mundo, protegidos por los sombreros, sin que trascienda nada en la impasible cara?

¿Y el placer de encontrarse separados uno de otro en una sala de conferencias, llena, y buscarse con la mirada, comprendiéndose con una ligera contracción del rostro, nosotros dos solos, á cada lugar común, á cada pomposa majadería, á cada rimbombante tirada que enjarca un charlatan aplaudido?

¿Y el placer de descubrir inesperadamente al amigo la tarde de un domingo lluvioso, solo y aburrido en la platea de un teatrillo, donde nos hemos arrojado los dos por desesperación, después de haber buscado inútilmente por la ciudad entera un perro que nos hiciera compañía?

¿Y el placer de encontrarse, uno á derecha y otro

á izquierda de un grueso personaje, venerable y lleno de viento, del cual conocemos toda la infantil vanidad y que nos cree sus admiradores devotos y enjabonarlo con arte endiablado, hasta el punto de sacarle de la boca las expresiones de agradecimiento, alegres y modestas por las cuales es famoso, cambiando entre nosotros miradas de inteligencia por detrás de la espalda del inocente?

¿Y el placer de repetirse durante un día entero, y todas las veces que nos vemos por semanas y meses, una broma, un verso, una frase estúpida, una palabra extraña, una tontería indefinible que se nos ha metido en la cabeza, revolviéndola en todos sentidos, metiéndola en todas las conversaciones, arrojándola en los oídos á todos los que se encuentran, hasta que los amigos nos suplican con las manos juntas, que acabemos?

¿Y el placer de pasearse juntos por la ciudad, despues de muchos días de trabajo apresurado, por casualidad, sin dirección y sin pensamiento, tomando por las calles más desiertas, deteniéndose á todas las esquinas, formulando la biografía de todos los transeuntes, en medio de las nubes de humo de dos cigarros extraordinarios?

¿Y el placer de estar dos horas á la ventana, uno junto á otro, con la cabeza hundida en los hombros,

contemplando una lluvia fina de Otoño, repasando en falsete una ópera entera, desde la sinfonía al rondó final, con los ojos fijos en los húmedos techos de las casas de enfrente y la fantasía en el reino de los sueños?

¿Y el placer de tomar, dejar, reanudar continuamente, como hacemos, segun los días y los humores, ora uno, ora otro, de aquellos diez argumentos, sobre aquellos diez objetos distintos, que forman el fondo estable de nuestra conversacion, y alrededor de los cuales trabajamos con el pensamiento por costumbre, á través de los años y de los sucesos, cambiando y corrigiendo de tiempo en tiempo nuestras opiniones, y uno conoce todas las peripecias de las opiniones del otro, y cada objeto tiene su historia, á la cual se unen mil reminiscencias de discursos, de lugares, de personas, de lecturas, de casas que se levantan delante, á cada vez que se vuelve á emprender el discurso, como las escenas ilustradas de una comedia?

No son más que pequeños placeres, sin duda, ¿pero qué hacemos nosotros para tenerlos grandes?

Avanzando en los años, acabamos por contentarnos con los pequeños placeres frecuentes, porque nos hemos persuadido de que las grandes alegrías, ó no existen, ó no sabemos procurárnoslas, ó son demasia-

do raras; al mismo tiempo que, llegados á cierta edad, se vuelve á apreciar lo sencillo y lo ingénuo, por desesperacion de lo perfecto y de lo sublime.

¡Desventurados aquellos que no sienten estos pequeños placeres! Porque si en rigor no son hilos de oro, al ménos son los hilos dorados que hacen lucir aquí y allá la trama oscura de la existencia; son una leve sonrisa de todos los días, que nos compensa, no de los fuertes dolores, pero de una infinidad de pequeños disgustos, de que nadie puede consolarnos, porque no osamos confesarlos á nadie.

Y aun cuando la amistad no nos diera otra cosa, bastaría esto á hacerla necesaria y hacérsola bendecir como la luz del sol.

FIN DEL TOMO PRIMERO.



## ÍNDICE

	<u>Páginas</u>
La amistad. . . . .	3
Los amigos. . . . .	31
El orgullo. . . . .	125
Altas y bajas. . . . .	153
Batallas íntimas. . . . .	217
El primer amigo. . . . .	249
Jóvenes y viejos. . . . .	259
Los placeres de la amistad. . . . .	289

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOS



do raras; al mismo tiempo que, llegados á cierta edad, se vuelve á apreciar lo sencillo y lo ingénuo, por desesperacion de lo perfecto y de lo sublime.

¡Desventurados aquellos que no sienten estos pequeños placeres! Porque si en rigor no son hilos de oro, al ménos son los hilos dorados que hacen lucir aquí y allá la trama oscura de la existencia; son una leve sonrisa de todos los días, que nos compensa, no de los fuertes dolores, pero de una infinidad de pequeños disgustos, de que nadie puede consolarnos, porque no osamos confesarlos á nadie.

Y aun cuando la amistad no nos diera otra cosa, bastaría esto á hacerla necesaria y hacérsola bendecir como la luz del sol.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

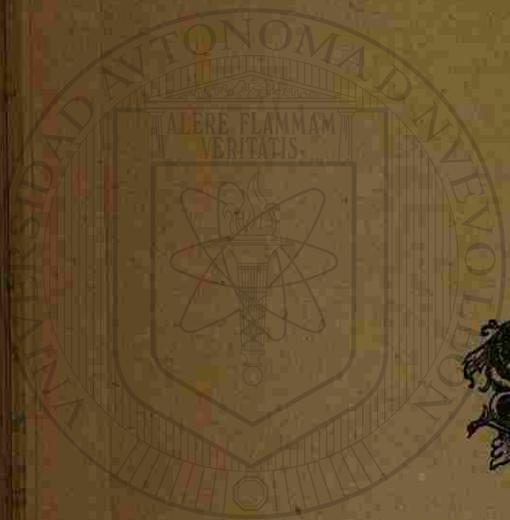


## ÍNDICE

	<u>Páginas</u>
La amistad. . . . .	3
Los amigos. . . . .	31
El orgullo. . . . .	125
Altas y bajas. . . . .	153
Batallas íntimas. . . . .	217
El primer amigo. . . . .	249
Jóvenes y viejos. . . . .	259
Los placeres de la amistad. . . . .	289

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA





UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

